ARTURO CAPDEVILA

LA INFANTA MENDOCINA



Biblioteca Billiken

LA INFANTA MENDOCINA

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION AZUL

(TEMAS DE AMERICA)

ESTE LIBRO. — Era cosa sabida que el más grande de nuestros próceres, José de San Martín, fué padre de una niña y que para educarla escribió una serie de máximas y consejos que han pasado a ser guía moral de los escolares argentinos. Y sabíamos también que Mercedes San Martín y Escalada endulzó con su ternura las últimas horas del Libertador. Pero muy poco más acerca de su vida.

Hoy, al ofrecer a nuestros lectores tan ejemplar y encantadora biografía, debemos ante todo felicitarnos de que haya sido Arturo Capdevila el que haya tenido la plausible iniciativa de escribirla, pues ¿quién más indicado para abordar el tema de esta obra que el laureado autor de "La dulce Patria"?

Con ferviente unción de patriota y cuidadoso empeño de artífice de la palabra lo ha hecho. Y es así como queda incorporada a la cultura argentina una verdadera joya literaria.



ARTURO CAPDEVILA

Miembro de Número de las Academias
Nacional de la Historia y
Argentina de Letras.

LA INFANTA MENDOCINA

Ilustraciones de Carlos Vigo

TERCERA EDICION

EDITORIAL
ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIO
DE MAESTROS

Derechos reservados.
Hecho el depósito que marca la ley.
PRINTED IN ARGENTINA

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Se acabó de imprimir el día 20 de febrero de 1945 en los Talleres de la Editorial Atlántida, Azopardo 579, Buenos Aires.

ALGUNAS OTRAS OBRAS DE ARTURO CAPDEVILA

Poéticas

LOS ROMANCES ARGENTINOS (Editoriales Reunidas).

CORDOBA AZUL (Editorial Kraft).

De Carácter Histórico

EN LA CORTE DEL VIRREY (Evocación del país en vísperas de nacer la Patria). (Ed. Club del Libro).

LAS INVASIONES INGLESAS (Viva descripción de la epopeya, día por día). (Editorial Espasa-Calpe).

LA SANTA FURIA DEL PADRE CASTAÑEDA (Las increíbles andanzas y valentías de un fraile de pelo en pecho). (Editorial Espasa-Calpe).

LAS VISPERAS DE CASEROS (Evocación de la Buenos Aires de Rosas al tiempo de la campaña de Urquiza). Editoriales Reunidas).

¿QUIEN VIVE? ¡LA LIBERTAD! (El país después de la caída de Rosas. El 11 de septiembre. La Constitución). (Editorial Losada).

De Interés Nacional

CORDOBA DEL RECUERDO (Semblanza de la más característica ciudad argentina). (Editorial Espasa-Calpe).

BABEL Y EL CASTELLANO (La obra en que se aprende a amar nuestra lengua y a enorgullecernos de ella). (Editorial Losada).

Labor Pedagógica

(En colaboración con el Prof. Julián García Velloso)

PATRIA GRANDE (Editorial Kapelusz).

NUEVA JORNADA „ „

FLORECIMIENTO „ „

NOTICIA PREVIA

HACE años ya, meditando en cosas de la patria, me resolví a escribir este libro, que diversas circunstancias fueron interrumpiendo. Pero hubo una influencia que siempre me alentó a proseguirlo: la del historiador D. Julio César Raffo de la Reta, que, como Director General de Escuelas por ese tiempo, en Mendoza, y sanmartiniano de primera fila, juzgaba la idea digna de llevar adelante.

Conocía tan insigne educador el porqué de la obra, y compartía mi pensamiento. Merceditas, como niña, como hija, como alumna de su egregio padre, fué un dechado; un dechado de esos que deben proponerse constantemente a las nuevas generaciones. ¿Por qué, empero, no se hacía? ¿Por qué el de Merceditas de San Martín era un nombre ignorado por la niñez argentina, cuando debía ser el más familiar de todos en las escuelas del país?

Por lo demás, ¿suele ser tan fácil a los pueblos encontrar estos modelos? Mujeres heroicas se hallan siem-

pre en la historia, y a fe que nosotros también las tenemos; pero ¿cuál de ellas nos ofrecerá, desde pequeña, el interés psicológico de Merceditas y tan puros y bellos rasgos filiales? Era, ciertamente, LA HIJA; *la hija, por antonomasia.*

Huelga señalar lo que significa de por sí, para la formación espiritual de la niñez, la presentación de un modelo de virtud y de gracia, de abnegación y de nobleza, y más si ello puede venir enriquecido con cuadros de época, descripción de costumbres antiguas, paisajes y horizontes históricos, cual en estas páginas se ha hecho; con esto más: que la figura del prócer inmaculado se nos presenta, a su vez, en toda su belleza moral, desde un nuevo ángulo de observación; mirado como si dijéramos por los propios ojos de la INFANTA MENDOCINA.

Llamado al cumplimiento de otros deberes, aquel tan progresista Director General de Escuelas, que con tanta simpatía y calor acogiera mi idea, hubo de dejar el cargo. Me desalentó su pérdida y abandoné la labor.

La obra estaba interrumpida. Si no aparecía en mis caminos un nuevo propulsor, otras tareas estorbarían su terminación. Pero el que hacía falta apareció: Constancio C. Vigil, ese maestro de maestros en el arte de hablar a los niños... y a los grandes. A la verdad, se cumplió como siempre la hermosa ley de que no ocurre nunca en vano el volver a encontrar a un amigo dilecto. El se entusiasmó con mi idea y me estimuló a terminar la obra, al paso que su hijo Carlos — el prestigioso director de Billiken *— se plegó al empeño.*

El libro está terminado, y ahora, finalmente, el Dr. Alfredo J. Vercelli lo acoge en una de las notables colecciones que dirige, con el sello de la Editorial Atlántida.

Queda así reintegrada Merceditas de San Martín al seno de la nacionalidad gracias a estas páginas, que siquiera por la intención que las guía parecerán recomendables. Mucho se ha escrito acerca de San Martín, pero faltaba esta obra. Me colma de patriótica satisfacción haberla escrito.

Buenos Aires, 1944.

Sepa Ud. que desde anteayer soy padre de una infanta mendocina".

(*San Martín al general Tomás Guido en carta del* 31 *de agosto de* 1816).

La Infanta Mendocina

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

UN DIA DE AGOSTO DE 1816

Y la recién nacida?

Quien preguntaba esto una mañana en Mendoza era doña Josefa Alvarez de Delgado, una señora todavía bastante joven, de mantilla, peinetón, traje negro y capa de abrigo, de antemano designada madrina de la criatura. Lo preguntaba en el umbral de la puerta de aquella casa tan grande en que vivía el general San Martín; lo preguntaba, dirigiéndose a un granadero que estaba allí como esperando alguna orden, tomado de la rienda el caballo en que viniera del cuartel.

—¿Y la recién nacida?

—No sabría informarle, señora — respondió el soldado cuadrándose; — pero aquí viene el Jefe.

Y era verdad que venía por el patio el General, de largo capote azul. Le saludó la señora; le besó él ambas

manos, dió una orden al soldado, que sin más demora montó a caballo y partió al galope, y volviéndose a doña Josefa le dijo:

—¿Quiere usted ver a la recién nacida? Pues pase usted.

Y entraron. Entraron por el despacho del General y fueron atravesando varias piezas comunicadas entre sí, todas alfombradas. Aún hacía mucho frío en ese agosto y la noche antes había helado. Cerradas estaban para mayor precaución las habitaciones, y en cada una de ellas un alto brasero cargado de encendidos carbones difundía una agradable tibieza. Por los postigos del todo abiertos entraba, mientras tanto, el sol, iluminando, ya en una, ya en otra alcoba, quizás la esquina de un sofá, tal vez las colgaduras de una cama. Atravesaron estas piezas y penetraron finalmente en un aposento en que los postigos apenas entreabiertos casi no dejaban pasar la luz. Verdad que había una vela ardiendo ante una imagen, pero daba tan tenue claridad que era como si ni la hubiese.

Allá, en un rincón, junto al lecho en que dormía la madre — o sea doña Remedios Escalada de San Martín — se hallaba, cubierta de un ligero tul de mosquitero, la cuna de la criatura.

—Ahí tiene usted — dijo el padre, hablando bajo — a mi infanta mendocina. Así es como yo la llamo.

—No veo nada — murmuró doña Josefa. — ¿Cómo hacer?

—Esperar a que se le acostumbren los ojos — contestó

él, — porque si abriésemos, se despertaría la madre, y conviene que descanse.

Pasaron unos instantes, y gradualmente los ojos fueron viendo más. Levantó entonces la señora el velo de la cuna, e inclinándose cuanto pudo, descubrió al fin la dulce carita de la niña que asomaba entre las blondas de su gorra finísima y las mantas que la abrigaban.

—Es divina — dijo doña Josefa, acariciándole una mejilla con su mano enguantada.

La recién nacida dió un suspiro como en signo de haber comprendido que se trataba de ella.

—¿Así que le ha *gutalo,* mi amita?

La señora se volvió con sorpresa al General.

—¿Quién me habla? Miro y no veo a nadie.

—Difícil es descubrir a una *morena* en la obscuridad — respondió riendo don José — y quien habla es la negrita Jesús.

—¿La negrita Jesús? ¿Y quién es la negrita Jesús?

—Se lo explicaré en seguida.

La negrita Jesús, que allí velaba el sueño de la niñita, había llegado a la casa como regalo que el señor Escalada, abuelo de la recién nacida, le hiciera a su hija Remeditos. Regalo, sí, porque ¡ay! no había sido suprimida aún totalmente la esclavitud y se podía regalar una persona lo mismo que se obsequia con un animal o con una cosa, si bien la Jesús se vió siempre tratada como si fuese libre, dada la bondad de sus amos y el cariño que le fueron tomando por ser la negrita más viva, simpática y conversadora que pudiera darse, aunque habla-

ba un castellano malísimo y casi no había letra que no transformara en ele.

—Bueno — dijo la señora despidiéndose, — hasta la tarde, que volveré a darle un beso a Remeditos y a traerle alguna chuchería a la infanta mendocina.

Y salió.

Conviene que salgamos con ella, para conocer la ciudad.

CAPITULO II

LA CIUDAD DE MERCEDITAS

UNAS pobres calles, unas modestas casas, unas cuantas huertas; una catedral y seis iglesias, y unas verdes campiñas cruzadas por un canal — el Zanjón, — construído, según la fama, por el cacique Guaymallén en los tiempos de la conquista: tal era Mendoza en 1816, la ciudad en que nació Merceditas.

Unos repiques de campanas llamando a misa desde el alba hasta el mediodía; otros, convocando al novenario de la tarde; el golpeteo de los cascos de algún caballo al galope; los largos gritos de los vendedores callejeros; el agrio chirrido de alguna carreta; el son de los cencerros de las recuas de mulas que, o llegaban de la cordillera o partían hacia ella, trayendo o llevando cargas:

esas eran las voces habituales en la casi dormida ciudad.

Padres de Santo Domingo o de San Francisco (éstos con el hábito gris que entonces usaba la orden); clérigos de un reposado andar; honrados comerciantes que iban de sus casas a sus tiendas o de sus tiendas a sus casas, cuando no tenían la casa y la tienda bajo un mismo techo; uno que otro militar; señoras de compras, con sus esclavas; gauchos viejos que se apeaban de sus bien cuidadas cabalgaduras a las puertas de un comercio: tales eran las gentes mendocinas de encontrar en la calle.

Y allá al Oeste, los imponentes Andes con sus crestas nevadas, llenos de grandeza y majestad, elevaban de por sí los espíritus, y lo propio sucedía hacia el Norte de la ciudad, en el campamento del Plumerillo, donde San Martín alistaba sus tropas, ejercitándolas a toda hora para la gran campaña. Así, cuando el viento soplaba de aquella parte, se oía distintamente en Mendoza el toque de los clarines, desde la diana matinal hasta la retreta de la noche (1).

(1) De esta página en que el autor se propuso evocar, con destino a un libro de lectura para escolares, la ciudad de Mendoza en las vísperas mismas de la expedición libertadora, nació luego en su espíritu la idea y plan de la presente obra. Era lo justo, en razón del mencionado antecedente, que dicha página, siquiera modificada como lo está, no faltase en este libro.

CAPITULO III

PADRE FELIZ

Y cómo está de contento el general San Martín, en su casa de Mendoza, con el nacimiento de la que había de ser su única hija, Merceditas, alivio y consuelo de su vida! ¡Cómo contempla el General, con cuánta ternura, a su niñita que duerme en la cuna, sumida en ese profundo sueño de los recién nacidos! Está más contento, a fe, que si hubiese ganado una batalla...

Y llegó el día del bautizo, que lo fué el 31 de agosto de ese año de 1816.

Eran una fiesta en Mendoza los bautizos de los hijos de familias conocidas. Salía el padre en compañía de los padrinos, parientes y amigos íntimos, en dirección de la iglesia. Se juntaban curiosos. Seguían a la familia. Otros esperaban en el templo junto a la pila bautismal.

¡El gentío que se hubiera juntado para ver bautizar nada menos que a la hija del general en jefe del Ejército de los Andes y gobernador intendente de la Provincia de Cuyo! Todos hubieran querido ver a la del bautizo. Y la negrita Jesús, que la habría llevado en brazos, la hubiese ido mostrando por el camino para que todos la mirasen y dijesen: — ¡Qué primor! ¡Qué tesoro!

Pero no fué así. San Martín no gustaba de ofrecerse

en espectáculo, ni quería, como otros, homenajes de ninguna especie. Y así resolvió que la ceremonia del bautismo se celebrase en la propia casa, donde se levantó un altarcito y se colocó una pila de agua bendita.

Como la casa lindaba y se comunicaba por los fondos con la de doña Josefa, la madrina, por allí pasó ésta, cuando el General la mandó llamar. Es fama que por la prisa con que fué llamada, ella, que se entretenía en esos momentos en amasar, llegó con el traje blanco de harina, y así la tomó a la chica para que el sacerdote la acristianara (1).

Y la bautizaron con el nombre de Mercedes Tomasa. Y tanto la madrina, doña Josefa Alvarez de Delgado, como su padrino, el sargento mayor don José Antonio Alvarez de Condarco, le hicieron bonitos regalos y arrojaron moneditas a los niños pobres que se habían entrado al patio para mosquetear. Hubo luego una fiestecita en la casa: y nadie estuvo tan alborotada como la negrita Jesús, que con su lengua bola daba vivas en el patio: vivas a la *senolita Melcele Tomasa de San Maltín y Ecalala* y a la *senola Lemelito,* así como al *Genelal.*

Meses después era un placer en las tardes ya tibias de la primavera acariciar a Merceditas, al pasar por la acera de su casa, donde tomaba el sol en brazos de su niñera y empezaba a interesarse por las cosas del mundo. Cuando pasaba algún soldado, lo señalaba con el dedo y lo seguía con los ojos; y ya al atardecer, cuando veía

(1) El autor recogió esta tradición, en Mendoza, de labios de doña Sara Villanueva Delgado de Arroyo, ya nonagenaria y eco fiel del pasado.

desmontar a su padre frente a la puerta le hacía brazos, como se dice, para que la alzara, y él la tomaba en sus fuertes manos y la levantaba en alto, que era lo que a ella le gustaba más.

CAPITULO IV

LA SEPARACION

Sí. Da gusto ver a San Martín con su pequeñita en brazos, diciéndole mil ternuras del cariño, acariciándole la barbilla, las naricillas graciosas, las rosadas orejitas. ¡Cómo juega con ella! Sacaba su rico cronómetro y se lo dejaba entre las manecitas impacientes. Naturalmente ella quería llevárselo a la boca, pero acababa por aplicárselo al oído, y según el semblante que ponía, aquel tic-tac del reloj la intrigaba muchísimo.

Fué creciendo la criatura y ya iba por los seis meses, con lo que se mostraba cada día más despierta. Y nada parecía agradarle tanto como jugar con su padre. Y ahí se estaba sobre sus rodillas, mientras él se sentaba en su mecedora de la galería; ahí se estaba tironéandole los botones dorados de la chaqueta militar, ladeándole el gorro, queriendo meterse hasta con su espada. San Martín declaraba a sus amigos: —Esta chiquilla me tiene verdaderamente loco...

Debía, sin embargo, dejarla; pues llegando estaba el día de salir para Chile con el Ejército de los Andes. Y aquel día llegó. Pero antes hubo memorables ceremonias, y la solemne jura y bendición de la bandera en la iglesia Matriz el 5 de enero de 1817, que cayó domingo. Los actos se iniciaron con las primeras luces del día: que era madrugadora la gente de antes.

Banderas y gallardetes adornaban desde la víspera la calle de la Cañada por donde desfilarían los regimientos, y se levantaron también unos vistosos cercos de trecho en trecho, recubiertos de follaje, de cintas y flores. Bajo tales arcos y gallardetes desfilaron como a las 10 de la mañana los soldados con uniforme de parada. Iba adelante el Estado Mayor y comandaba las fuerzas Soler. San Martín esperaba en la iglesia de San Francisco. Al paso de las columnas la numerosa concurrencia aplaudía y lanzaba vítores, mientras repicaban a coro todas las campanas de Mendoza. Y es lo bueno del caso que en un balcón de la calle de la Cañada, Merceditas miraba el interminable desfile, en brazos como siempre de la negrita Jesús.

Prosiguió la columna hasta el templo donde San Martín esperaba, y allí hizo alto, mientras el General y su comitiva se le unían acompañando la imagen de la Virgen del Carmen. Siguieron todos — tropa y comitiva — camino de la Matriz, que fué donde se cumplió la bendición de la bandera, mientras la artillería hacía una salva de veintiún cañonazos. En el campo de instrucción, al regreso, se realizó la jura.

Esto fué el 5, y el 24 la partida; pero antes despidió el Héroe a los suyos, rumbo a Buenos Aires, y debió decir adiós a Remeditos su esposa y a Merceditas su hija, sin saber hasta cuándo. Besó y abrazó a la esposa con ternura, y finalmente alzando a Merceditas, la besó muchas veces. ¡Todo lo que en aquellos besos le decía a su niña! Le decía en ellos: — ¡Adiós, hija del alma! Por nada, por nada del mundo te dejaría, que no hay cosa más dulce que jugar contigo. Mas por la Patria te debo dejar. Voy a llevar al otro lado de los Andes leyes de libertad que hagan más felices a los hombres. ¡Sólo Dios sabe si te volveré a ver, tesoro mío! Muchos son los peligros que me aguardan: desde morir de frío en la cordillera hasta caer atravesado por una bala. ¡Cuánto más quisiera quedarme en Mendoza, entre su gente de suave carácter, rompiendo la tierra con el arado! Pero debo partir y dejarte, porque ante todo está la Patria. ¡Adiós, adiós, hija de mi alma! ¡Haga el Todopoderoso que nos volvamos a ver!

Madre e hija se instalaron en el carruaje que las conduciría, y el General, ocultando de seguro una lágrima, montó a caballo, y seguido de su ayudante se dirigió a buen galope al campamento del Plumerillo, donde ya todo estaba listo para iniciar la marcha.

CAPITULO V

DESPUES QUE SALIO EL EJERCITO

Cuando salió el ejército, quedó Mendoza como vacía. Ya no se oían más aquellos tambores batiendo marchas ni aquellos clarines tocando dianas y retretas a que tanto se había acostumbrado la población. Ya no iban tampoco al Plumerillo, ni venían de allí, aquellas mulas, ni aquellas carretas de los abastecedores. Nada, nadie por el camino.

¿Y qué sucedería después? ¿Hallarían la debida recompensa los sacrificios sin tasa que hiciera Mendoza, en hombres, en dinero, en efectos, para constituir, armar, vestir y sustentar aquel gran ejército?

Para mayor soledad, Remeditos, tan querida de todos, había partido a Buenos Aires con su niñita y la Jesús, en una de esas diligencias, también llamadas galeras, o carruajes de posta en que por tales años se viajaba; y una guardia de soldados, bien elegidos, iba escoltando el carruaje a través de las inmensas soledades que mediaban entonces entre los Andes y las primeras poblaciones del litoral.

¡El viaje en galera! Por esas llanuras sin término volaba la diligencia al desbocado correr de los caballos: unos caballos con collares de sonoros cascabeles, que, sa-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

cudidos del galope, no dejaban de resonar en monótono y a veces infernal bullicio. Y no disminuía en todo el trayecto la velocidad de la carrera, porque constantemente hacía silbar el cochero su largo látigo sobre los lomos y las ancas de las buenas caballerías.

A las cansadas se encontraba una posta (que eran las estaciones del camino) donde se mudaban los caballos y se servía algo de comer a los viajeros, o en que, si se llegaba ya oscuro, se pasaba la noche.

¿Y cómo va haciendo el viaje Merceditas? Todavía no hemos dicho nada al respecto, olvidándonos de lo más importante.

Merceditas cuenta apenas unos meses y hay que cuidarla mucho, no sea que se resfríe o padezca algún otro daño. Felizmente el tiempo está benigno, y aunque las noches son frescas, como es verano, nunca llega a hacer frío. En todo caso, Merceditas va bien abrigada en su mantilla y se desviven por atenderla su madre y la negrita. Algunos días, sin embargo, no hay cómo impedir que la niñita trague o aspire tierra, en ciertas partes del camino, donde el viento levanta, al menor soplo, cortinas de polvo.

Y allá iba la diligencia, rodando, rodando, con sus tres tiros de caballos, a todo correr, y dele que dele el cascabeleo ensordecedor de los cencerros.

Así, como medio mes. Hasta que por fin dijo el cochero:

—Mañana, en Buenos Aires.

Y llegaron.

CAPITULO VI

LA LLEGADA DE LA NIETA

ENTRETANTO, los abuelos de Merceditas están ansiosos de que llegue la nieta. Mil veces se han preguntado cómo será la criatura, a quién habrá salido más parecida.

La abuela es una señora sumamente simpática, que se llama doña Tomasa de la Quintana. Por ella le pusieron Tomasa, de segundo nombre, a Merceditas el día que la bautizaron. El abuelo se llama don Antonio José Escalada: hombre muy importante y bien querido de todos.

No ven las horas de que llegue la diligencia, los buenos abuelos. Y mientras pasa el tiempo, la abuela no deja de tejer chaquetitas de lana rosada para la pequeña. En cuanto al abuelo, ha comprado una regular cantidad de muñecas y de sonajeros.

Y no hay día en que no se pregunten: — ¿Hoy llegará? — Hasta que una tarde — ¡por fin! — un ruido particular de cencerros en la calle les hace decir a los dos: — ¡La diligencia de Mendoza!

Y salen todos al zaguán: los abuelos y los criados. Y era cierto. La diligencia de Mendoza acababa de pararse delante de la puerta. ¡Sí! ¡Eran por fin las esperadas viajeras!

Pero ¡pobre galera! Viene blanca de polvo con las

polvaredas del camino. Cuando el postillón (como se llama al ayudante del cochero) levanta la cortina de la portezuela para que bajen Remeditos, la Jesús y la niña, llueve un polvo espeso de la cortina de hule. ¡Hasta la negrita Jesús llegó blanca!

—¡Remeditos! ¡Remeditos! — exclaman a la vez doña Tomasa y don Antonio, cubriendo de besos a su hija.

—Pero ¿y la niña? ¿Y la nieta? ¿Y la infanta mendocina?

La infanta viene en brazos de la negrita, que baja con las mayores precauciones por el doblado estribo. Mas allí se apodera de la niña la abuela y se la lleva casa adentro, devorándola con sus besos.

Minutos después la casa estaba llena de gente que venía a traer sus saludos de bienvenida. Y algo más tarde todo era llegar con regalos de golosinas y dulces para Remeditos y con vestiditos bordados para la hija del General.

CAPITULO VII

LOS TRIUNFOS DEL PADRE

No mucho tiempo llevaba la familia del prócer en Buenos Aires cuando llegó la noticia de la extraordinaria victoria de Chacabuco, alcanzada por el general San



La infanta viene en brazos de la negrita.

Martín del otro lado de los Andes, en "el reino de Chile", como era de uso decir. Y donde sin tardanza se supo la nueva fué en el hogar de Merceditas, traída por un mensajero del Gobierno, el 24 de febrero de 1817 por la mañana. Remeditos se echó a llorar de alegría, y tomando en brazos a su niña, le decía como si pudiera entenderle:

—¡Triunfó tu padre! ¡Triunfó tu padre! ¡Chile es libre!

Y le daba mil besos.

Horas después comenzaban en la ciudad los bullicios propios de los grandes alborozos populares. Y mientras las baterías de la Fortaleza y los cañones de seis buques de guerra hacían salvas de honor, se formaban manifestaciones que recorrían las calles, entonando cantos patrióticos. Y todas estas columnas de pueblo se detenían a cantar especialmente delante de la vieja casa de Escalada.

¡Qué gentío ese día en la casa de Remeditos! No cabía tanta gente en los anchos salones. Se bailó, se cantó, se dijeron versos. Y de todo participó Merceditas como si fuera un personaje. ¡Y qué de caricias y qué de festejos le hacían! Cual si ella misma hubiese dirigido la batalla de Chacabuco. Y es que todos pensaban que era justísimo tributarle tales agasajos, porque sin duda fué el recuerdo de la tierna hija lo que más ánimos le diera al General en la campaña.

Para colmo de bulla y de ruido, esa misma tarde una improvisada banda de vecinos vino a tocar a la puerta, a son de bombo y platillos. Merceditas, muy asombrada

de lo que veía, estuvo mirando y oyendo desde una ventana en brazos de su linda abuelita, que no cabía de placer.

* * *

Por lo demás, era seguro que San Martín vendría a Buenos Aires a reunirse, siquiera por unos días, con su familia. Fué lo que sucedió, en efecto, a los primeros días de abril.

Y ahí tenéis a Merceditas, mirando no poco azorada a su padre, que la estrechaba fuertemente contra su pecho. ¿Se acordaría Merceditas, como en un sueño, de la despedida de Mendoza? La criatura, a decir verdad, contemplaba al guerrero como si algo recordase, o como si adivinara quién era...

No duró mucho el encanto. Pasados unos días, San Martín tomó el camino del regreso para seguir la guerra.

* * *

Y la niña seguía creciendo con buena salud en Buenos Aires, mientras su padre cumplía nuevas hazañas de eterna memoria.

Pero también llegaron malas noticias, como aquella del desastre de Cancha Rayada — que se supo en abril de 1818, — afortunadamente compensada días después por la del formidable triunfo de Maipú. Al igual que cuando la victoria de Chacabuco, San Martín traspuso los Andes y bajó nuevamente a Buenos Aires.

¡Qué fiestas entonces! Desde que se sabe que viene, el Gobierno manda poner arcos triunfales y adornos de banderas y gallardetes en la calle por donde ha de entrar, que es la que se llamaba de Las Torres y hoy lleva el nombre de Rivadavia. Una división de artillería está esperándole, a todo esto, en San José de Flores para hacerle escolta. Sólo que San Martín, tan modesto siempre, entró en la ciudad sin más compañía que la de su ayudante, el día 11 de mayo, a las primeras luces del alba. Y a las 6 de la mañana estaba ya en su casa, pues, como lo decía el diario *La Gaceta*, "había conseguido escapar a las demostraciones que le preparaba el reconocimiento público".

Merceditas — claro está — dormía aún. Mas el bullicio de la casa la fué despertando ese lunes más temprano que de costumbre, y cuando, disipado su sueño, movió los bracitos y entreabrió los ojos, halló que la estaba mirando, sentado junto a ella, aquel mismo señor de la otra vez.

Así era San Martín; ante todo, un hombre sencillo, una persona de su casa, dispuesto siempre a escapar a los homenajes.

El Congreso, sin embargo, en aquella oportunidad lo obligó a aceptar otros altos honores, en sesión memorable. Formaron las tropas con uniforme de gala, y en el recorrido que el Héroe debió hacer desde su casa, acompañado de gobernantes y jefes, una lluvia de flores fué alfombrando su camino. Y no se oía más que esta exclamación: —¡Viva el Héroe de los Andes!

Merceditas contaba en ese entonces un año y ocho meses, y aunque nada entendía de lo que pasaba, parecía que lo entendiera todo muy bien, según estaba de satisfecha.

CAPITULO VIII

¡A MENDOZA, MENDOCINA!

Y tan luego como San Martín hubo dado término a sus asuntos, pensó en volverse al teatro de sus actividades, que, como sabemos, era Chile. Mas no volvería solo sino llevándose mujer e hija.

Y salieron. Allá quedaron desolados los abuelos, echando de menos a la nietecita. Mentira parecía que tan pequeñita infanta ocupase tanto lugar...

Si el viaje de Mendoza a Buenos Aires con Merceditas de meses habíase efectuado en pleno verano, este otro de Buenos Aires a Mendoza se realizaba en pleno invierno. ¡Qué viento fuerte, de día! ¡Qué noches crudas! Llueve, además. No chaparrones, no aguaceros, sino persistente y sostenida lluvia invernal. Los caminos están enlodados. Hay malos pasos, en que se hunden las ruedas de la galera, en que apenas pueden los caballos... En las postas todo es de lo más primitivo. ¿Quién podrá dormir a gusto? Por las rendijas de las puertas se

cuela un viento helado. Se llueven los techos pajizos. El viaje así se vuelve interminable. Pero un día se llega.

Por agosto de ese año de 1818 ya están todos en Mendoza, sin poder seguir a Chile, porque habiendo nevado mucho en la cordillera los pasos se hallaban cerrados; de manera que debieron instalarse al pie de los Andes, en la finca de campo que tanto amaba el General. Todos los días, allá en su chacra, elogiaba la tranquilidad campesina y la pureza del aire, así como el buen carácter de los habitantes de la comarca.

¿Qué edad tiene entonces Merceditas? Merceditas tiene dos años cumplidos; está empezando realmente a vivir, a tener conciencia de lo que hace, a comprender lo que ve. Habla, además, que todo lo quiere decir. No le para el pico. Y va y viene. Y no hay qué no se le ocurra.

La naturaleza es maestra incomparable; ¡y cuánto lo fué para Merceditas la naturaleza mendocina! Allá, en los campos de Mendoza, entre sus viñedos y sus huertas, allá fué abriéndose su almita en capullo a las primeras sensaciones de la vida. Pasará el tiempo y no las olvidará nunca más. La visión de aquellos paisajes y el cuadro de aquellas costumbres vivirán siempre en su memoria. Olvidará muchísimos sucesos de los 4, de los 5, de los 6 años, pero aquellos de sus 2 años no se borrarán jamás de su memoria. De este modo, Mendoza no dejó nunca de vivir en su corazón.

Si sabemos que por agosto de 1818 llegó a su chacra y que hasta abril del año siguiente no regresó a Buenos Aires, encontramos que vió transcurrir más de siete meses

en Mendoza, durante los cuales se le fueron mostrando allí todas las estaciones del año: el invierno y sus escarchas, cuando llegó, o bien a fines de julio o a principios de agosto; la primavera y sus brotes, por septiembre y octubre; el verano y sus ardientes soles en diciembre, enero y febrero; el otoño y la caída de las hojas, a tiempo de regresar.

Hay algo más, muy hermoso: sus primeras amistades, las trabó allí, y con niños humildes, hijos de los peones del lugar. Si cuando llegó era Merceditas, por su acento, una cotorra porteña, antes de un mes era toda una cotorra mendocina por su tonada. Entre sus amistades había un niño sumamente habilidoso que había construído con rústicas tablas un carrito en que cabía muy bien Merceditas. El carro tenía varas, y un perro bien enseñado era puesto en ellas y atado debidamente para que tirase. Tomaba Merceditas las riendas y el perro echaba a trotar sobre el pasto. A veces, en algún mal paso, se atascaban las ruedas, forcejeaba el perro de lado, se tumbaba el carro y allá iba al suelo Merceditas con el carruaje encima. Aunque lloraba y gruñía con el percance, luego volvía a empezar tan sonriente como antes: que tanto le gustaba pasear así.

Vino el verano. Entonces, tras los aguaceros de la estación, Merceditas trabó conocimiento con dos clases de seres enteramente distintos: las mariposas y los sapos. Sin duda, las mariposas le parecieron hermosísimas, y más de una vez se entretuvo en perseguirlas queriendo atrapar alguna en su delantal. Pero si hemos de decir la verdad,

toda su alma se iba en pos de los sapitos... ¡Qué gustarle los sapos! ¡Y cómo le agradaba seguirlos agachadita, con las palmas en las rodillas, imitando sus saltos! Realmente – pudo explicar más tarde – las mariposas le parecían muy bellas: flores con alas, verdaderamente; y sin duda también encontraba muy feos a los sapos... Pero, en cambio, ¡qué simpáticos!

Otras veces la sacaba el padre a caballo, montada adelante sobre el cuello del animal, o salía en carruaje con la madre. También sucedía salir simplemente a pie tomada de la mano de su padre (a quien llamaba tatita), e irse lejos por algún sendero. El General entonces, desde ciertos sitios, le señalaba los altos picachos de la cordillera coronados de nieve perpetua, cuyos resplandecientes cristales se teñían de unos u otros colores según los hiriese el sol.

CAPITULO IX

CANTOS Y GUITARRAS

Como se comprende, gentes de toda condición venían desde la ciudad a la chacra por visitar al General y su familia, quiénes a caballo, quiénes en carruaje; o bien ellos – don José, Remeditos y la niña – a los modestos ranchos del contorno, donde los buenos paisanos los in-

vitaban a sus improvisadas fiestas, de esas con guitarra, canto y baile.

¡Y qué gracia le hacían a Merceditas los giros y zapateos de los bailarines, y cómo los aplaudía con sus manecitas de muñeca, paradita entre sus padres, que también los celebraban!

Allá cantaban los viejos gauchos sencillos versos en honor de la señora Remeditos y la criatura:

Es la señora Remedios
fino adorno de Mendoza
y la niña Merceditas
mejor que botón de rosa.

Otros le dedicaban sus cantos al Héroe. Por ejemplo:

De lejos hemos venido
y aquí llegamos al fin
sólo por verlo de cerca
al general San Martín.

Y a un gaucho viejo que había combatido de mozo con los indios se le oyó cantar también:

En un tiempo fuí fusil
con que tiraban al blanco.
De fusil pasé a baqueta;
de baqueta a sacatrapos.

Y de estribillo:

Por eso es que yo no estuve
en Chacabuco, mi General.

Mas no había de durar mucho tiempo esta vida. A los pocos meses el General salió para Chile, y cuando volvió de allí fué para separarse de nuevo, y ahora por mucho tiempo, pues se tenía que ir a libertar al Perú. Y como doña Remeditos estaba con la salud muy quebrantada, no pudiendo quedarse ni seguir a Chile, se volvió con la niña a Buenos Aires.

Por segunda vez se alejaba de Mendoza, y ya para siempre, la infanta mendocina.

Camino de Buenos Aires, en Rosario, los viajeros encontraron ¿sabéis a quién? al general Belgrano, que les facilitó una escolta por los peligros de las montoneras (pues ya habían comenzado nuestras dolorosas guerras civiles). Belgrano, apenas siguió viaje la galera, se puso a escribir a San Martín, para contarle que se había quedado maravillado con "la preciosa y viva Merceditas".

CAPITULO X

NUEVAMENTE EN BUENOS AIRES

Y volvió la niñita a Buenos Aires, donde la esperaban los abuelos con un sinfín de regalos: trajecitos de lo más elegantes y muñecas de lo más bonitas.

Como doña Remeditos casi no salía a la calle por su poca salud, era doña Tomasa quien andaba por todas

partes con Merceditas como con su secretaria. ¿A dónde no iría con la nietecita? Con ella a las tiendas, con ella a las iglesias, con ella a la Alameda, con ella a los paseos por las quintas. Juntas oían misa, juntas elegían trapos en la Recova, juntas hacían visitas. Y sobre que la infanta mendocina era la más vivaracha criatura que se movía por Buenos Aires, el continuo trato con la gente mayor la hacía aún más despierta y pizpireta.

—Pues, señor — decían todos, — parece una mujerona.

Era, sin embargo, una niñita de muy corta edad, que amaba, como es justo, los juegos de la infancia, ya jugase con la negrita Jesús, ya con las amiguitas del vecindario. Con ellas cantaba en rueda los cantos infantiles de moda, muchos con referencias a su padre, como éste que entonaban en los patios todos los niños de la ciudad:

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!
¡Que viva la Nación!
¡Bin! ¡Bin! ¡Bin!
¡Que viva San Martín!

También se pasaba las horas con la madre y la abuela en las habitaciones, tijeras en mano, cortando papeles o géneros, y cuando no, aprendiendo de memoria los versos que entre las dos le enseñaban, para que los recitase en la sala a la hora de las visitas.

—A ver, Merceditas — le decían entonces, — a ver esos versos que sabes.

Y ella contestaba, ceceosa por la corta edad:

—Voy a dezirles los verzos del diablo. Zon azí:

Un diablo ze cayó a un pozo,
otro diablo lo zacó,
y otro diablo preguntaba:
¿Cómo diablo zucedió?

Y por Navidad:

En Belén acaba
Jesús de nacer.
Vamos, pastorcillas,
vamos a Belén.

También tenía que aprender las composiciones poéticas que le enviaban el día de su cumpleaños, en el estilo de las que se llaman ovillejos, como el que sigue:

¿Quién hoy contento me da?
La Mamá.
¿Quién feliz la hace y la hará?
El Papá.
¿Quién de los dos necesita?
La Hijita.
Ya que a brindar se me invita
brindo porque en larga edad
gocen de felicidad
la Mamá, el Papá y la Hijita.

Y claro que sabía también multitud de estrofas patrió-

ticas, y desde luego las del poeta De Luca, que todavía hoy se repiten:

Sudamericanos,
mirad ya lucir
de la dulce patria
la aurora feliz.
La América toda
se conmueve al fin
y a sus caros hijos
convoca a la lid.
La Patria en cadenas
no vuelva a gemir.
En su auxilio todos
la espada ceñid.
Y el padre a sus hijos
podrá ya decir:
Gozad de derechos
que no conocí.

Era admirable así la gracia de "la preciosa y viva Merceditas", a quien todos aplaudían y celebraban. Y, cosa digna del mayor de los elogios: esta niña mimada, que se veía tratada como una princesa, a título de hija del gran San Martín, seguía siendo una niña sencilla y humilde; probablemente, la niña más sencilla y humilde de Buenos Aires.

CAPITULO XI

OTRAS NOTICIAS

La casa del señor Escalada era de lo más alegre. Aquellos salones en que reinaba Merceditas estaban siempre abiertos para recibir a las muchas amistades. Y como se trataba de una casa ilustre, ilustres eran también las visitas: sacerdotes, militares, políticos, diplomáticos extranjeros, elegantes señoras, hermosas niñas, caballeros de suma distinción. No se pasaba una tarde sin su tertulia. ¿Y quién salía, tanto como los dueños de casa, a recibir a los visitantes, y quién decía más veces *Pase usted... Permítame usted su sombrero... Yo colgaré su capa...* sino la mocosuela de Merceditas, metida a grande?

—¡Vaya! ¿Y cómo se llama este encanto? — preguntaban los que por primera vez la veían.

Y respondían, la abuela o el abuelo:

—Su nombre es Merceditas. Pero le llamamos el Chiche.

—¡Y está muy bien!

Pasaban al zaguán las visitas, cruzaban el patio lleno de plantas y con un pozo de balde al centro, y penetraban en el salón del pianoforte y de los altos sillones tapizados de color granate.

—¡Este es, por cierto, el lugar más agradable de la

ciudad! — exclamaban los extranjeros, agradecidos a tantas gentilezas como en ese hogar disfrutaban.

Y auxiliado por Chiche no se daba descanso el señor Escalada en el atender a todos: aquel respetable anciano que, pasados los setenta años de edad, tenía, sin embargo, la alegría de un muchacho. ¡Y cuán bueno era, además! El había llevado a su casa a la hija de un gobernador intendente español, bella e interesante muchacha de unos 17 años, a quien trataba con paternal afecto.

—¡A bailar! — decía de pronto el señor Escalada, que era el más entusiasta de la casa.

Y puesta una señorita a tocar el piano, apenas sonaban los primeros acordes, daba don Antonio José el ejemplo, bailando con doña Tomasa, su esposa, el primer minué de la serie: aquella fina danza ceremoniosa, de tomarse las manos en alto, girar acompasadamente, saludarse con gentil reverencia y volver a girar con medidos y pausados pasos, que Merceditas imitaba perfectamente con cualquiera de sus primos, cuando por la mañana jugaba a las visitas con los demás chiquillos de la familia.

—Y tú, Remeditos, ¿no bailas? — preguntaban a la esposa de San Martín, a la madre de Merceditas.

—Yo no — contestaba ella. — Tengo hecha una promesa: la de no participar en diversiones mientras mi marido ande expuesto tan lejos a los peligros de la guerra. Bastante hago con salir al salón.

Todos hallaban muy justas sus razones, y no insistían en que bailase. Y ella se quedaba mirando, con el

aire un poco triste y el rostro marchito. Fijándose bien, tenía el aspecto de las personas enfermas o a punto de enfermar. Había adelgazado mucho y estaba pálida y ojerosa.

Días sombríos, muy sombríos días se avecinaban ya.

CAPITULO XII

AÑO TRAGICO

Y fué lo peor que también para la patria venían días tormentosos. Basta decir que estaba llegando el año 20, famoso por tantas y tantas calamidades, como trajo, por culpa de la anarquía y del espíritu de desorden.

Un día se supo que Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y la Banda Oriental se habían alzado en armas contra Buenos Aires, disconformes con la Constitución que allí se dictó, y que se disponían a invadir la provincia.

El miedo se apoderó de la población.

—No quedará títere con cabeza — decían todos — si llegan aquí los caudillos. Nos bañarán en sangre.

El Director Rondeau, que es quien gobierna en Buenos Aires al tiempo de estos acontecimientos, sale con sus tropas a contener al enemigo, en tanto que ordena a San Martín que baje con sus soldados a sostener al Gobierno.

Merceditas, inquieta con las cosas que oye, anda averiguando qué es por fin lo que pasa.

Y no falta quien le conteste:

—Lo que pasa es que nos van a degollar a todos, si no triunfa el general Rondeau.

—¿Y triunfará?

—¡Quién sabe!

Y no tarda en llegar la fatal noticia: Rondeau, como se temía, ha sido derrotado y los caudillos se echan encima.

Las últimas esperanzas están puestas en el general San Martín: que llegue con sus soldados veteranos y aplaste a los anarquistas. Pero no llega. Y un día oye Merceditas que un señor dice a su abuelo en el salón de su casa:

—El general San Martín ha desobedecido al Gobierno. No vendrá. Sigue al Perú.

A Merceditas, que tiene miedo, le parece que su padre ha hecho mal en no venir a defenderla. No comprende, en su corta edad, que la libertad de América está primero que todo.

Luego dice el abuelo:

—Hace bien mi yerno en no venir. Esta es una guerra entre hermanos.

Merceditas se retira confusa.

Se sigue diciendo que en pocos días más llegarán los caudillos y se anuncian saqueos, incendios y muertes.

¡Lo que fué el 3 de febrero, el día en que se supo la derrota de Rondeau! Hombres despavoridos, que cru-

zaban la ciudad a todo el galope de sus caballos, hombres que venían huyendo del campo de batalla, pasaban gritando: — ¡Derrotados! ¡Derrotados!

Apenas si se alcanzaba a conversar con ellos:

—¿Y Rondeau?

—Tal vez muerto.

—¿Y la artillería?

—Perdida.

No era, sin embargo, verdad que todo se hubiera perdido: el general Juan Ramón Balcarce pudo salvar felizmente una división entera y se aprestaba a proteger la ciudad.

¡Pobre Merceditas en esos días, y en tantos otros parecidos a esos como tuvo el año 20! Menos mal que después de tanta anarquía se eligió un gobernante respetado: el general don Martín Rodríguez... Pero no duró muchas semanas el respeto. El 1º de octubre, apenas empezado su gobierno, estalló la más injusta revolución. Y la cosa resultó terrible. Al toque de la campana del Cabildo fué convocado el vecindario. Estaban sublevadas las tropas.

El gobernador Rodríguez debió salir a la campaña en busca de socorros. Se los prestó don Juan Manuel de Rosas con sus ya célebres colorados. Y el 5 de octubre se atacó la ciudad. Los sublevados tenían a su gente acantonada en las azoteas o atrincheradas en las calles. Así las cosas, desde mediodía fué el combate una sola tempestad de balas. ¡Pobre Merceditas! Tan pronto llora como reza. Entretanto, la puerta se ha cerrado con llave

y se le ha puesto un puntal, y la familia se ha refugiado en el sótano del comedor, mientras los hombres de la servidumbre y el anciano don Antonio José tienen las armas listas por lo que pudiere ocurrir.

Se combatió toda la tarde. Después, conforme entraba la noche, iba calmándose el fuego. Apenas si uno que otro tiro sonaba todavía a intervalos: el general Rodríguez acababa de triunfar.

CAPITULO XIII

MADRE ENFERMA

Con el segundo invierno de Buenos Aires (cuenta Merceditas unos cuatro años), la madre sufre nuevos quebrantos de salud. Tose mucho y tiene fiebre. Al caer la tarde — que es la hora en que repican a coro las campanas de todas las torres — se pone muy calenturienta y desfallece, postrada. Los médicos vienen poco después de esa hora; unos médicos de levitón y alto sombrero que van a sus visitas a caballo y que se apean a la puerta de la casa, no sin dejar atadas las riendas al poste que hay para eso en la acera.

—¿Y? ¿Cómo va doña Remeditos? — averiguan.

Y el señor Escalada les da las debidas informaciones,

mientras los va conduciendo a la habitación de la paciente.

La examinan; se consultan entre ellos, y salen de la reunión con el aire preocupado, meneando la cabeza, como diciendo: esto marcha mal.

Merceditas los observa al principio con interés, con curiosidad divertida; les trae papel, pluma y tinta para que escriban las recetas, después arenilla (no se empleaba el papel secante) para secar lo escrito. Le parece todo eso interesante a Merceditas; mas, con los días, se hace cargo de que algo muy serio sucede. Todos andan muy tristes en la casa, y hablan bajo, y miran al suelo. Hasta la negrita Jesús ha perdido el buen humor habitual. Merceditas siente a su alrededor esta tristeza y acaba también por entrar en temores y ponerse cavilosa. La abuela llora a escondidas: Merceditas lo ha descubierto. Al propio abuelo se le llenan muchas veces los ojos de lágrimas.

Una tarde en que los médicos se retiraron más preocupados que de costumbre, la abuela llamó a Merceditas, y besándola mucho, la condujo a su aposento, donde había, colocada bajo un fanal, una imagen de Nuestra Señora del Carmen, patrona del Ejército de los Andes, alumbrada por dos bujías, que dejaban el resto de la alcoba casi a obscuras.

—¿Qué vamos a hacer, Abuelita? — preguntó la niña.

—Vamos a rezar por tu Mamita — respondió gravemente la señora; — vamos a rezar ante la imagen de Nuestra Señora del Carmen. Ella oirá nuestra plegaria. Ella, la patrona del Ejército de los Andes, nos oirá; a

menos — añadió casi sollozando — que sea otra la Divina Voluntad.

Y arrodilladas, lado a lado, la anciana señora y la tierna criatura, imploraron por largo rato el favor de los Cielos. Cuando dejaron el aposento, reinaba la obscuridad en el patio, y en el comedor y en la sala estaban encendidas las luces.

CAPITULO XIV

EN UNA QUINTA DEL SUR

Hubo una tregua en el mal. Pero volvieron los días penosos, de andar todos cabizbajos, pensativos. Merceditas, por su parte, no sabía qué discurrir para ser útil. Y más bien molestaba. Para mayor aflicción, no le permitían siquiera arrimarse demasiado al lecho de la madre doliente, aunque bien le quisiera prodigar la pequeña sus caricias, ya que no sus cuidados: las caricias de sus manecitas en esas mejillas que un mal incurable estaba volviendo flacas y sin color.

—Pero ¿qué es lo que tiene Mamita? — preguntaba a todos la criatura.

Hasta que un día alguien le contestó:

—Una enfermedad muy terrible: tisis.

Debe ser realmente algo muy serio, porque hasta ha-

bía que mudarse de casa. Los médicos dicen un día, en efecto, que sería bueno dejar la ciudad y buscar el buen aire de alguna casa-quinta por las afueras.

—Por ejemplo — dicen, — a la parte del Sur.

Y por donde hoy se extiende la calle que lleva el nombre de Caseros, y que era entonces campo abierto, arriendan una finca como la desean los médicos, y allí se instalan. Y esta vida en la finca le hace recordar vagamente a Merceditas... ¿de qué?... de cosas que solían contarle de su chacra mendocina.

En verdad, la quinta es hermosa, y para mejor, viene el tiempo florido. Hay muchos árboles, frutales y de sombra, higueras y parras, naranjos y guindos, álamos, paraísos y nogales, entre cuyos follajes multitud de pájaros saludan con su trinos la salida y la puesta del sol.

¡Qué de hortalizas, además, para el consumo diario, y cuántas flores!

Como en los primeros meses mejora mucho la enferma, todos recobran la habitual alegría, y Merceditas se siente muy feliz. Conoce allí el encanto de levantarse con el día. La negrita Jesús es quien la despierta cantándole en la pieza:

Ya viene el sol naciendo
dicen las flores,
ya viene el que nos pinta
con sus colores.

Y era un encanto contemplar el cielo todavía pintado

con las tintas de la aurora, mientras asomaba rubio el sol por la parte del río.

Ibase entonces la niña con la Jesús al corral, donde ya estaban ordeñando los peones y sus mujeres, a tomar leche acabadita de ordeñar, servida en unos altos vasos: leche tibia y espumosa en cuyas burbujas se reflejaba la luz del sol naciente.

Como es natural, muchísima gente se trasladaba desde la ciudad en carruaje a preguntar por la enferma. Los domingos era seguro que las señoras llevasen a sus niñas y niños para que acompañaran a Chiche.

Entre los niños, uno había muy simpático que jugaba con ella en un columpio bajo los árboles: se llamaba Mariano Balcarce. Acordémonos de este chico porque lo volveremos a encontrar.

CAPITULO XV

¿QUE NOS DARAS CUANDO SEAS PRINCESA?

MERCEDITAS no se queda todo el tiempo en la quinta. Con frecuencia, alguna familia, sea de la parentela, sea de las relaciones, la invita a pasar el día en la ciudad.

A todo esto, la enfermedad de Remeditos no progresaba, por fortuna, y hasta cabía fundar esperanzas de

que mejorase. Cuando volviese del Perú el general San Martín, tal vez ya estaría sana la enferma. Más no era fácil saber cuándo volvería el General. No faltaba quien dijera que se quedaría allí, y — lo más extraordinario del caso — que lo harían rey...

En fin, el día a que nos vamos a referir, una tía de Merceditas la había invitado a pasar la tarde en su casa; y a la pequeña le encantó la idea, porque sus primas y otras chiquillas y chiquillos de aproximada edad festejarían el santo de una de aquéllas. La propia tía fué en carruaje para traer a la niña. Cuando llegaron, había mucha gente, así grandes como chicos. Se conoce que estaban hablando de nuestra Merceditas o de su padre, porque apenas hubieron saludado, preguntó una señora:

—¿Y Chiche sabrá lo que por ahí se dice?

—¿Qué cosa? — interrogó la pequeña, volviéndose.

—Pues, niña..., que el general San Martín va a coronarse rey de los peruanos...

—¿Tatita qué? — preguntó para acabar de entender.

—Que tu padre va a ser rey del Perú — dice otra dama.

—¡Qué lindo! — exclamaron varias criaturas a la vez.

—¿Y a ti, te gustaría, Chiche? — preguntan varias a la vez.

Ella, sinceramente, contesta:

—No sé.

—Pues sí, hija — dice la que habló primero; — tu padre, rey; y tú, princesa.

—¡Qué lindo! — vuelven a exclamar las criaturas.

—Y entonces — dice otra señora, — cuando tú seas

princesa, la princesa Mercedes, saldrás en una carroza dorada, tirada por cuatro caballos blancos, por las calles de Lima. Y después, cuando seas moza, te casarás con un príncipe y reinarás... ¿Te gusta?

—No sé — repite ella, poniéndose colorada.

—Bueno — concluye la tía, dándole un beso, — cuando sean las fiestas de tu coronación nos invitarás. Mientras tanto, vete a jugar al patio con los demás.

Y sale Merceditas con un grupo de niñas al patio, donde hay una romería de chicos. ¡Qué bien va Merceditas, con su vestido rosa y su gracioso moño del mismo color en el negro cabello, y con cuánto gusto se ve libre de esas preguntas extrañas que le hacían en la sala!...

Pero al patio ha llegado también la noticia de que San Martín sería proclamado rey del Perú, en cuyo caso Merceditas será princesa. Y los niños y niñas, como si se hubieran puesto de acuerdo, se toman de las manos, la rodean, la cercan, y dejándola al medio, saltan en redor, preguntándole en coro:

—¿Qué nos darás cuando seas princesa?

Después paran la danza, y cada uno dice cuál regalo querrá:

—Para mí, una cadena de oro.

—Para mí, tres vestidos de seda.

—Para mí, un pianoforte y un arpa.

Y vuelven a danzar en torno, cantando ahora los versos que ya sabemos:

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!
¡Que viva la Nación!
¡Bin! ¡Bin! ¡Bin!
¡Que viva San Martín!

Y deshecha la rueda se va cada cual por su lado saltando a la pata coja.

* * *

Al hacerse de noche, que es la hora en que tocan las campanas de Buenos Aires, el Abuelo viene a buscar a Merceditas. Suben al carruaje y parten.

Apenas se ve a solas con él le pregunta la niña:

—¿Verdad, abuelito, que Tatita va a ser rey del Perú?

—¡Ah! ¿Ya te han contado esa tontería? ¡Rey tu padre! Podría serlo si lo quisiera. Pero no conoce a tu padre quien suponga que él ha peleado para su provecho personal. No, hijita. Tu padre — añadió con aire solemne — es grande, muy grande, y ha peleado solamente por la libertad de los pueblos.

Andan unas cuadras más.

—Pero ¿querrías tú que tu padre fuese rey? — pregunta el abuelo.

Y ella le contesta después de reflexionar:

—Yo no. Y aunque él fuese rey yo no aceptaría ser princesa.

—Eres digna hija de tu padre — sentencia don Antonio José. — No olvides nunca además — sigue diciendo el abuelo — que has nacido en una patria donde se canta

un himno que dice: *Ved en trono a la noble igualdad.* Y para que haya igualdad preciso es que los generales no se conviertan en reyes.

Y conversando de estas cosas van llegando a la quinta por una larga calle de árboles. Fué la última vez que paseó con el Abuelo. El buen señor no mucho tiempo después fallecía. Exactamente, el 16 de noviembre de 1821.

CAPITULO XVI

LA ENFERMA SE AGRAVA

Pasa otro año. La señora se agrava.

Merceditas vino a saberlo un día que fué a visitarlos el vicealmirante Blanco Encalada. Ella y un tío salieron a recibirlo a la galería. Y oyó entonces lo que conversaban.

—¿Cómo va la salud de Remedios?

—Tan decaída, que más ya no puede ser.

—¿Dan alguna esperanza los médicos?

—Ninguna.

—Hoy pensaba escribirle a San Martín. ¿Nada favorable podré decirle?

—Absolutamente nada.

Merceditas se alejó llorando.

* * *

La situación era tal como había sido presentada en el diálogo. Y de nada servía seguir viviendo en la quinta, tan triste además, especialmente desde que anochece y empieza a oírse a todo rumbo el ladrido de los perros. En invierno la soledad parece mayor. Da mucha pena esa casa entre aquellos grandes árboles de ramas desnudas. Agréguese que la enferma no hace más que llorar. En particular, cuando llegan cartas del general San Martín.

Naturalmente, desde que ella está enferma, las cartas del General son más largas y aún más cariñosas que de costumbre. Primero las escribía desde Lima, donde debió asumir el gobierno como Protector del Perú; después desde Chile, volviendo; luego desde Mendoza, de donde, infortunadamente, no podía salir por diversos motivos.

Y todo era esperarle, sin embargo. La propia Merceditas, que ya sabe escribir, le dirige tiernas cartas, contándole los cuidados que pasan, suplicándole que no tarde en venir.

Entretanto, y visto que la enferma, sobre no mejorar está postrada en un gran abatimiento, se piensa en volver al centro. Un día, los médicos autorizan el traslado. En efecto, dicen, ¡para qué seguir viviendo allí! Reconocen que el sacrificio ya no es necesario.

Vienen unas carretas, alzan los muebles, los lían y sujetan con unos cordeles, y las habitaciones van quedando vacías, una tras otra. También llega un coche para la conducción de la familia. ¡Pero cuán doloroso

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

fué ver salir a Remeditos! Viéndola levantada (si levantada se puede llamar a quien apenas logra tenerse en pie) se comprende que se está acabando. ¡Pobre Remeditos, y tan joven todavía! Avanza con vacilante andar apoyada en los brazos de dos amigas, para tomar el coche, que está ahí a unos pasos, con la portezuela abierta. Al ir llegando, tuvo un acceso de tos. Pareció que se moría. La cara se le puso primero amoratada y después muy pálida. ¡Qué trabajo para continuar la marcha, y luego para subir, para sostenerse en el estribo, para llegar al asiento!

A Merceditas se le hacía un nudo el corazón.

CAPITULO XVII

MADRE MUERTA

A casa de Merceditas siempre iban sacerdotes; sobre todo, clérigos y dominicos. También alguna vez, franciscanos y betlemitas barbudos, que a causa de sus largas barbas llamaban barbones. A ella le gustaban mucho, y deploró, después, chiquita como era, que Rivadavia los hubiera suprimido. Lo cierto es que estos barbones atendían servicios de hospital y sabían cantidad de remedios. En fin, siempre iban sacerdotes a casa de Merceditas: esto es lo que queremos decir. Ocupaban los

sillones de preferencia en la tertulia, y cuando hablaban se les escuchaba en profundo silencio. No sólo a la casa de Buenos Aires iban frailes. Lo mismo, en Mendoza. Merceditas recordaba muy bien, por ejemplo, a fray Juan Manuel Olmos, prior del Convento de Santo Domingo, allá, que solía obsequiarle, siempre que iba de visita, medallitas y estampas nuevas.

Pero nunca habían ido tantos sacerdotes como ahora a la casa de la ciudad, donde hora por hora se agravaba la enfermedad de la madre, en aquel invierno tan frío y tan duro de ese año de 1823.

Un día, hubo mayor alarma que de costumbre. Muy de mañana, apenas en pie, se enteró Merceditas de que nadie se había acostado la noche antes en la casa, salvo ella que había dormido de un tirón, como de ordinario, sin oír cosa alguna. ¿Era posible? ¡Qué vergüenza le daba el haber dormido así, mientras todos, hasta la abuelita, lo habían pasado en vela!

Se asomó al patio. Uno de sus buenos tíos, en esos momentos precisamente, despedía en el zaguán a un sacerdote. ¿Qué había estado haciendo ese padre en la casa tan de mañana? Le explicaron que acababa de confesar a la enferma; que fué llamado porque no quedaba ninguna esperanza. La pobre, al oírlo, se quedó lela, espantada; y ya se le saltaban las lágrimas, cuando una de sus tías vino a decirle que la madre la llamaba para bendecirla, y que era necesario tener la mayor serenidad. Lo prometió Merceditas y la tía la condujo a la triste habitación. Entró la niña, se acercó al lecho de la ma-

dre, y ésta la atrajo contra su pecho con una mano pálida y descarnada, toda huesos. La abrazó así, la besó y la bendijo. Merceditas, a su vez, besó a la madre; la besó sobre la helada mejilla; helada mejilla por donde en ese instante venía resbalando una lágrima. Y hecho esto, la tía se la llevó consigo. Cuando salieron, Merceditas estalló en sollozos. Partía el alma verla llorar.

Entonces vino la abuela y le dijo con suma ternura:

—Es muy justo que llores; pero más grato a Dios será que te portes como una mujercita fuerte. Ven. Ayúdame a arreglar la casa. Todo debe estar limpio y reluciente porque van a traer el Santísimo... El Santo Viático... Arregla tú por allá eso. Además, hay que poner sahumerios para recibir más dignamente al Señor.

Y la señora, a tiempo que decía esto, colocaba pastillas de sahumerio en los pebeteros; los encendía con la llama de una mecha, y poco a poco se difundía por las habitaciones un cabal perfume de iglesia.

—¿Así, abuelita, que van a traer el Santísimo?

—Sí. Creo que ya se oye la campanilla. ¿Oyes?

Se acostumbraba en caso de peligro de muerte, por aquellos años, traer a los enfermos la Comunión con gran solemnidad; y en esta oportunidad, por tratarse nada menos que de la esposa del Libertador, venían trayendo el Viático, en procesión, dos filas de monjes de la comunidad dominica, al son de una campanilla de plata que agitaba adelante un monaguillo, y a cuyo paso todos en la calle se descubrían y muchos se arrodillaban.- Cuando penetraron en la casa, que estaba llena de mujeres,

de parientes, de servidumbre propia y ajena, cuantos en ella estaban, cayeron de rodillas, y Merceditas también, al lado de la abuela, que inclinándose le dijo: — Baja los ojos, y reza conmigo: *Bendito, alabado, sea el Santísimo Sacramento del altar...*

Pasó la procesión por los cuartos de la casa y se detuvo ante el aposento de la moribunda, al cual se adelantó únicamente el que traía la hostia, a tiempo que todos elevaban una plegaria que resonó de un modo extraño entre aquellas paredes. Luego que hubo comulgado la enferma se le aplicó la extremaunción, y continuó por largo rato en la casa el coro de las oraciones acompañado por las roncas voces de los encapuchados frailes. Entretanto, la enferma también oraba, teniendo un cirio en la mano; un cirio verde, que se conocía con el nombre de *vela del buen morir.*

* * *

Aquel mismo día — el 3 de agosto de 1823 — fallecía la buena Remeditos de sólo veintiséis años, sin el consuelo de haber vuelto a ver al esposo tan amado, a su bien querido general San Martín, retenido todavía en Mendoza. En cuanto a Merceditas quedaba de siete años, no cumplidos. Cuatro semanas más, y los cumpliría. Triste cosa sería cumplirlos. No habría fiesta como los otros años, ni la besaría su madre.

A todo esto, la casa se llenó de gente. Siempre recordaría la niña las palabras que entonces oyó en elogio de la madre.

Unos decían:

—¡Qué virtudes!

—¡Insuperables! — contestaban otros.

—Ya lo sabes — le decían a ella, acariciándola; — tienes que parecértele mucho.

Y volvían a los elogios de la muerta:

—¡Amable y virtuosa criatura!

—¡Qué virtuosa!

—¡Qué ángel!

Merceditas no pudo oír más. La condujeron a una habitación de adentro, la vistieron de negro, y una de sus tías se la llevó de la casa.

CAPITULO XVIII

¿QUE SERA DE MERCEDITAS?

Y ahora que ha muerto la dulce madre, ¿qué va a ser de Merceditas? Como el General continúa en Mendoza no se puede saber todavía qué determinará. Sus cartas, llenas de dolor y de consejos para la hija, nada dejan entrever. Merceditas, que no se aparta del lado de su abuela, compañera suya inseparable, y que recibe con ella en el salón todas las visitas de pésame, oye siempre la misma pregunta:

—Y ahora, ¿qué va a ser de Chiche?

—Lo único seguro — responde la Abuela — es que el General no ha de tardar en venir. Según todo lo hace suponer, ha resuelto retirarse a la vida privada.

—Pero ¿se quedará en Buenos Aires?

—No es probable: ¡ama tanto a Mendoza!

—Entonces, ¿de seguro se irá allí?...

—Es lo que creo — contesta doña Tomasa, — aunque también es posible que se vuelva a Chile o al Perú, de donde lo llaman correo tras correo.

Y después de un suspiro, concluye:

—Sea esto o aquello, lo único cierto es que me veré privada de mi nieta... Y que yo no podré vivir sin ella.

Y la Abuela se lleva el pañuelo a los ojos, para secarse el llanto. Merceditas, que está de pie junto a ella, baja la cabeza y mira al suelo con tristeza, exclamando al fin:

—Yo no quiero ir a ninguna parte sin usted. ¡Quiero que nos quedemos todos en Buenos Aires!

—¡Dios dispondrá! — suspira finalmente doña Tomasa; y todos guardan silencio.

Después hablan de los estudios de Chiche. Es preciso también atender a la educación de la niña. Ese año, a causa de la enfermedad de la madre, no había realizado, en verdad, el menor progreso. Y ya tenía siete años. ¿Qué dispondrá su padre? También esto era un secreto del porvenir.

* * *

Días tristes aquellos por las cosas que pasan, y además por la fría llovizna que cae incesantemente de un cielo encapotado y plomizo.

Tampoco hay buenas noticias del general San Martín. Su salud, que nunca fué buena, da mucho que temer. En Santiago de Chile tuvo últimamente vómitos de sangre. ¡Buena escapada fué salvarse! Tal vez su demora en venir a Buenos Aires obedece a que los médicos no se lo permiten por miedo a una recaída. Otros dicen que no es eso, sino algo muy deshonroso para las autoridades: que existe el peligro de que San Martín caiga preso en el camino, ya que los hombres que gobiernan no le perdonan todavía el no venir el año 20 a defenderlos de los caudillos, y lo quieren humillar en venganza.

Y oyendo estas cosas teme dos veces Merceditas por la suerte del padre, amenazado juntamente por la mala salud y por el rencor de sus enemigos.

Hasta oyó decir una tarde en el salón a un caballero de mucha importancia:

—Bien hace en no venir el General. ¿Qué le espera en Buenos Aires? Ingratitudes, tan sólo. Hay gente que le odia. Ya verá usted, si viene, las cosas que le dice *El Argos*, por encargo del Gobierno.

¿*El Argos*? ¿Y quién será *El Argos*? ¿Será una persona, o más bien algún monstruo, algún cuco, algún gigante espantoso como esos de los cuentos? Hay que expli-

carle a Merceditas, para que se tranquilice, que *El Argos* es simplemente un periódico, del cual se teme un artículo descomedido cuando llegue San Martín.

Entre estas dudas y recelos cumplió los siete años la criatura. Al acostarse, después de sus oraciones, se preguntaba ella también: — ¡Señor! ¿Qué será de mí?

CAPITULO XIX

Y... ¿COMO ES TATITA?

Como es natural, no faltaba en la casa de Merceditas ninguno de aquellos grabados que circulaban por América con el retrato de San Martín. Todos estaban allí, naturalmente; y Merceditas se pasaba tiempos mirando esas imágenes, y combinándolas con sus recuerdos tan lejanos e inseguros, de cuando tenía dos años. Después, como sabemos, no había vuelto a verle, y al fin y al cabo, aunque lo hubiese conocido en Mendoza, era como si no conociese a su padre. Sin duda, se acordaba de él, pero vagamente; y más que de su rostro, se acordaba, por ejemplo, de su reloj o de su gorro militar, o de su capote; y más que de su persona misma, de los paseos que hacían juntos por la finca, y de su brioso caballo que ella, en brazos de la negrita Jesús, gustaba de acariciar pasándole las manecitas por el cuello.

Además, como soñaba a menudo con él, y como se lo representaba en sueños siempre de maneras distintas, había terminado por confundir los recuerdos de Mendoza con las ocurrencias de los sueños. Y preguntaba a la Abuela, a sus tíos, a la negrita Jesús:

—Pero... ¿cómo es Tatita? ¿Alto? ¿Bajo?... ¿Como quién?

Una vez le preguntó esto mismo al vicealmirante Blanco Encalada, el cual le respondió así:

—Por de pronto, hija mía, te diré que te pareces muchísimo a él. No puedes negar que eres su hija.

Se va la visita, y entonces la pequeña se pone delante de los espejos, y se aproxima, y se aleja, y se observa, y se compone los cabellos al modo con que los lleva el General, para ver lo que saliera. Pero siempre se queda en las mismas. ¡Son muy lejanos e inseguros sus recuerdos!

Suele preguntarse también: — Vamos a ver; si yo fuese por la calle y me encontrase con mi padre, ¿acertaría a saber que era él? — Y sinceramente se contestaba que no; que no sabría acertar. Sólo quedaba entonces un camino para aproximarse lo más posible a la real imagen de su padre; y era saber quiénes se le parecían más en la ciudad. Y así, cuando iba por esas calles con doña Tomasa, apenas veía algún caballero que a su juicio debía de parecerse a San Martín, averiguaba:

—Abuela... abuela... ¿aquel señor se parece a Tatita?

De este modo, aunque mucho debía temer la criatu-

ra para el día en que volviese su padre, amenazada de que la alejase para siempre de su abuela adorada, era lo cierto que ardía en deseos de conocer al fin a aquel hombre glorioso.

Y un día, como a mediados de noviembre, llegó carta anunciando su venida, para dos o tres semanas después. y Merceditas, ansiosa de verle, empezó a contar los días, las horas. ¡Quién hubiera podido empujar al tiempo y hacerlo andar más aprisa!

CAPITULO XX

EL GENERAL HA LLEGADO

El 4 de diciembre de 1823, cuatro meses y un día después de la muerte de doña Remeditos, volvía San Martín a Buenos Aires y se apeaba delante de la vieja casa de los Escalada. ¡Parecía mentira que no saliese a recibirle la compañera de su hogar! Tampoco saldría a su encuentro para abrazarle su buen suegro don Antonio José: que también murió, como sabemos. Vivía, en cambio, doña Tomasa, y aunque algo envejecida, gozaba de buena salud y mostraba excelente aspecto.

Aquel día de la llegada del Héroe estaba además en la casa uno de sus cuñados, militar, que había peleado bajo sus órdenes en el Ejército de los Andes. E iban ya

por los postres, cuando él llegó. Bajó San Martín, y los mozos de la diligencia fueron entrando el equipaje del viajero: grandes, pesadas y polvorientas petacas. Entretanto, salían todos al patio y le abrazaban conmovidos. De pronto, de una canasta cerrada que entre las petacas venía, salió un ladrido, y cuando se abrió la canasta, saltó un lindo perro de aguas: regalo que le habían hecho al General en Guayaquil y del que ya nunca se separaría. Pero está muy mal habernos referido al perro y no antes al indiecito peruano que también traía San Martín y cuyo nombre era Eusebio.

Pasaron luego al comedor, porque afuera, a esa hora, daba con fuerza el sol del verano.

—¿Y la Chiquita? — preguntó don José, buscando a su hija.

Daba la casualidad que la Chiquita almorzaba ese día en casa del general Balcarce, cuyo hijo Mariano era muy buen amiguito suyo: Mariano Balcarce, nombre, dijimos y lo repetiremos, del que conviene acordarse. Tuvo, pues, que ir la negrita Jesús en busca de Merceditas, mas con encargo de no anticiparle la noticia, para esperarla con la sorpresa. En ese tiempo, preparaban los demás criados el baño del General, subiendo el agua, balde a balde, del viejo pozo del patio. Don José de San Martín, mientras tanto, ocupó una mecedora y los demás lo rodearon. En eso, la Jesús y Merceditas que llegan. Ahí están en el umbral de la puerta de calle; ahí penetran en el zaguán: ahí se muestra Merceditas. San Martín, que está sentado como decimos, se vuelve todo ojos

para mirarla. ¡Allá viene la inteligente criatura con su vestido de luto y un ancho moño negro en el peinado! Es más bien alta para la edad que tiene, y aunque algo pálida, se ve que es sana y fuerte. El General se había propuesto fingirse un señor de afuera por ver qué hacía ella, pero apenas la ve se levanta y avanzando hacia la niña exclama abriéndole los brazos:

—¡Chiquita! ¡Chiquita mía!

Y ella, arriba los brazos también, echa a correr hacia él, a las repetidas voces de:

—¡Tatita! ¡Mi tatita!

¡Y qué largo rato se quedaron abrazados en el patio, bajo el solazo de aquel mediodía de fuego!

* * *

A la tarde, la casa se llena de gente. Y aunque se trata de importantísimos personajes, Merceditas no se separa de su padre. ¡Y qué bonita queda, con el aire un poco serio, vestidita de luto con su ancho moño negro en el peinado, al medio del salón! Lo primero, conforme van llegando las visitas, es hablar de Remeditos. Merceditas se complace en oír elogiar a su madre y se le graban hondamente las respuestas del General.

—¡Mi mejor amiga! — dice a cada vez que se la nombran.

Y agrega con acento de profunda pena:

—Compartió conmigo pocas dulzuras y muchos sinsabores... ¡Suerte funesta!

Después dice:

—He perdido además un verdadero padre en el señor Escalada. ¡Cuánto nos queríamos!

Y entonces le cuenta doña Tomasa cómo en sus últimos días el señor Escalada le recordó muchas veces llamándole hijo, y que precisamente por ese tiempo llegó la noticia que más podía alegrarle: la noticia de la rendición del Callao a las armas de los patriotas.

Después hablan de muchas otras cosas, y no falta quien salga en la tertulia con la misma pregunta de días antes:

—¿Qué dirá *El Argos*, a todo esto? ¡De seguro que lo atacarán, General!

Y al día siguiente se manda a comprar el periódico. Hay que ir a comprarlo en la misma imprenta donde se compone.

Todos están pendientes de lo que dirá *El Argos*, que es el periódico del Gobierno, y enemigo según se dice del general San Martín. Cuando la negrita Jesús vuelve de la imprenta con el periódico bajo el brazo, el cuñado del General se adelanta a tomarlo. Lo toma, lo despliega, y lee en voz alta el artículo tan esperado, el cual, lejos de atacar al vencedor de Maipú, dice tal como sigue:

"Tenemos la satisfacción de anunciar al público el "arribo a esta Capital del general don José de San Mar- "tín. Sin traicionar los deberes del patriota no hay quien "pueda mostrarse indiferente a la presencia de un Héroe "que ha coronado a la nación de tantos laureles. Elevó "nuestra reputación y gloria nacional a un grado fuera "de los cálculos de la esperanza. Que nuestros nobles



Todos están pendientes de lo que dirá *El Argos*.

"ciudadanos le tributen las señales que corresponden al "beneficio..."

No hubo quien no se alegrara y más que todos juntos, Merceditas.

CAPITULO XXI

COMO ES Y DE QUE MODO VIVE EL GENERAL

ENTRETANTO, van pasando los días. Y Merceditas no se cansa de contemplar a su padre. Ahí está él, ni joven ni viejo; más que regular su estatura; elegante, fuerte, recio; el color, moreno, como de hombre tostado a los vientos y al sol. La niña no se cansa de contemplarle. Al principio le chocó — es la verdad — en la fisonomía del prócer aquella su nariz algo grande; nariz *aguileña,* esto es delgada y curva, semejante al pico del *águila.* Después se fué acostumbrando a ese rasgo fisonómico y le pareció que hacía juego o que se disimulaba en el conjunto del rostro agradable, pues todas las demás facciones eran perfectamente armoniosas: la boca, pequeña; la barbilla, de suave línea; los ojos, negros y grandes; las pestañas, largas y hermosas; noble la frente, delicadas las orejas.

Por acercarse más a él, se complacía la criatura en hablarle al oído, con el menor pretexto, y en esos casos

¡qué impulsos le daban de acariciarle la oreja (mas no se atrevía aún) y de pasarle la mano por la cabeza, tan proporcionada y gallarda! Pero se contenía, porque a ella, como a los demás, imponía el General un particular respeto.

Cuando él hablaba, no le interrumpía nadie. ¡Y cuánto le agradaba a ella escucharle! De noche, se quedaba oyéndolo hasta caer dormida sobre la mesa...

Por otra parte, ¡cuánta franqueza la de aquel rostro abierto, sin bigote ni barba, que unas negras patillas, ni muy largas ni muy anchas, tornaban un poco grave! Sus cejas eran negras también y espesas... Terrible debía de ser que las frunciese con enojo... De solamente pensarlo le daba miedo a Merceditas.

¿Y cómo vivía el General?

Con el alba estaba en pie, vestido de una larga bata de entre casa. Y era tan madrugador que nadie se levantaba antes que él, salvo la vieja negra cocinera que hacía lumbre en la cocina y ponía a calentar el agua con que luego él mismo se preparaba su café, para, ya desayunado, ponerse a escribir o a leer en su escritorio; tarea que interrumpía sólo para ir a almorzar sin abusar de plato alguno. ¡Qué de tentaciones, sin embargo, en la mesa! Porque es de saber que a los obsequios que de todas partes le enviaban de postres y manjares exquisitos, se agregaban, conforme iban llegando las mensajerías de Cuyo, los cien regalos de los amigos de Mendoza: que tarros de dulces mendocinos, que cajas de alfajores, que grandes cajones de vino, que canastos de uva...

Naturalmente, como se levanta don José con las primeras luces, necesita dormir después del almuerzo; y es allí en la galería, cerca del parral, que es el sitio más fresco, donde se tiende en un catre y duerme como un niño sus buenas dos horas. Merceditas se aproxima muchas veces en la calurosa siesta, pasito, pasito, lo contempla dormido, y se aleja luego en puntillas de pies para no despertarlo.

Entre lo que más le agrada a Merceditas está el ver fumar a su padre. Saca de su bolsillo la tabaquera de fino cuero, vuelca un poco de tabaco en la palma de la mano derecha, guarda la petaquilla, dispone con la izquierda el papel de liar, y poco a poco va liando su cigarrillo, hasta que terminada la operación lo enciende en una brasa que la propia Merceditas le trae sobre el cóncavo de una cuchara, desde la cocina. Y después, a soltar humo.

También le gustaba verle jugar al ajedrez con algún viejo amigo que llegaba y decía:

—¿Echemos una partidita, don José?

La pequeña no entendía aquel juego paciente y largo, de estarse un cuarto de hora pensando cada jugada, pero figurándose que cada partida era una batalla, la desesperaba imaginar que su padre perdiera.

Pero entre todo y sobre todo, gustaba ella de que él la llevase consigo a sus visitas. En esos casos vestía él su sencillo uniforme, aquel de granadero, con botas de montar, ceñía su corvo sable y colocaba con el mayor

cuidado en su cabeza el tricornio de hule con escarapela argentina que tan bien le sentaba.

En tales salidas, nada frecuentes, ella le preguntaba cosas que quería oír de sus propios labios. Por ejemplo:

—¿Es verdad, tatita, que con sólo cincuenta hombres de caballería atacó usted en San Lorenzo una división de doscientos cincuenta infantes y caballería del enemigo?

—Sí, hijita. Y si no morí entonces fué por el denuedo del sargento Cabral, que perdió su vida por salvar la mía. Acuérdate siempre de él en tus plegarias.

* * *

Una tarde, San Martín le dijo a su niña:

—Corta las más hermosas flores, y ven conmigo.

—¿Adónde, tatita?

—Ya verás.

Cortó la niña las más lozanas flores que había en el jardincillo del patio, y dijo:

—Ya estoy.

Un coche los esperaba a la puerta. Subieron, y el carruaje se puso en marcha.

—Vamos a la Recoleta — dijo el General a su hija — a visitar la tumba de tu santa madre.

Era nuevo el cementerio de la Recoleta, pues hasta poco tiempo atrás se enterraba en las iglesias, cerca de los altares. El sepulcro de Remeditos estaba allí a pocos pasos, entre las escasas sepulturas del lugar.

El padre y la hija se adelantaron hasta la tumba que buscaban.

—Mira — le dijo él, — ésta es la tumba en que descansa la que fué tu madre. Yo he mandado construir este pequeño mausoleo, para honrar su memoria. También yo he mandado grabar la inscripción de esta placa. Léela.

Y la niña, bajando la vista, leyó:

Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del General San Martín.

—Pon ahora las flores encima.

Puso la niña aquellas frescas flores sobre la lápida, y ambos permanecieron largo rato silenciosos.

En ese momento repicaban lentamente las campanas de la vecina iglesia del Pilar.

CAPITULO XXII

TAL VEZ A FRANCIA... QUIZAS A BELGICA... ACASO A INGLATERRA...

SABEMOS que era hombre muy reservado el general San Martín. Así, nada tiene de raro que transcurridas varias semanas desde su llegada no hubiese hablado palabra sobre sus futuros planes. ¿Se quedaría en Buenos Aires? ¿Se volvería a Mendoza? ¿Cruzaría de

nuevo la cordillera? ¿Tomaría otra ruta? Y, caso de marcharse, ¿qué dispondría respecto de Merceditas? El había llegado, como sabemos, el 4 de diciembre, y ya iba corriendo enero sin que se supiese aún cuál sería su determinación.

Pero por esos días le preguntó un amigo en el salón, hallándose presentes doña Tomasa y la pequeña:

—Y... ¿se quedará usted en Buenos Aires, señor general?

A lo que él respondió:

—¿Quedarme en Buenos Aires? De ninguna manera. Ya he figurado demasiado en los sucesos de América. Debo partir, y lejos.

—¿A Europa?

—Sí, mi amigo.

—¿Y a qué país, si es que se puede saber?

—Tal vez a Francia..., quizás a Bélgica..., acaso a Inglaterra... ¡Allá veremos!

—¿Y se atreve a viajar solo? Aunque fuerte — reflexiona el amigo, — suele usted sufrir algunos achaques...

—En ese caso — respondió sonriendo don José — me cuidará la Chiquita, pues se va conmigo.

—¡Qué! — exclamó doña Tomasa como si hubiera oído estallar un petardo. — ¿Me quita usted a la nieta?

—Es necesario, señora.

Merceditas lo oía todo, cariacontecida.

—¿Quieres irte con tu padre? — preguntóle entonces la Abuela.

—Yo quiero que él se quede con nosotras — contestó la criatura.

—¿Lo ve usted, hijo mío? — observó la Abuela. — Chiche no quiere separarse de mí.

—Señora — replicó el General, con voz firme, — no se trata de lo que ella quiera o no, porque no tiene edad para tomar resoluciones; se trata de lo que se debe hacer, de lo que es necesario. Y como está resuelto el viaje...

—¿Para cuándo? — interrogó el amigo.

—El capitán del buque cuenta salir en los primeros días de febrero...

—¡Pero yo no quiero que me saquen de mi casa! — insistió Merceditas.

—Hijita — le respondió San Martín, que odiaba la indisciplina, — esta noche te quedarás sin postre por impertinente.

La niña dobló un bracito, escondió en él la cabeza, y aunque con pocas ganas de llorar, soltó el llanto y se alejó llorando. Con ella salió la Abuela, diciéndole mil ternezas. Merceditas creyó del caso duplicar la fuerza del llanto.

—¿Qué le parece todo esto? — dijo entonces San Martín de pie ante el amigo. — ¿Es o no necesario educar a la criatura? La Abuela es una amable señora, bastante débil, que se lo tolera todo. Y Merceditas a causa de tanto mimo está un poco resabiada, como dicen los paisanos. Y... no estoy satisfecho.

Ahora bien: Merceditas era buena, sin duda; dulce y cariñosa con todos, y en particular con los pobres. Aunque con tantos motivos para haberse vuelto orgullosa, era, según ya lo hemos dicho, modesta como la más sencilla de las niñas. Pero los mimos de la Abuela y el lugar de muchacha grande que tan antes de tiempo se le había dado no dejaron de perjudicarla. Le daba por opinar acerca de cualquier asunto y se había hecho realmente caprichosa; o, como decía su padre, un verdadero diablotín. Ese era su único defecto, ciertamente, porque en todo lo demás era buena; pero San Martín quería hacer de su hija algo más que una niña buena; San Martín quería hacer de su hija una criatura perfecta, que pudiera servir de modelo a todas las niñas argentinas.

* * *

Digamos ahora lo que pasó después. Llegó la hora de comer y cuando Merceditas se vió efectivamente privada del postre, se echó de nuevo a llorar, esta vez con mucho más sentimiento que por la tarde. La niña no reparó ni en que había personas de afuera en la mesa, aquella noche. La Abuela, que estaba nerviosísima, sacó finalmente del comedor a su nieta, que lloraba a todo llorar. Mas, casi apenas salieron, se fué calmando aquel llanto y hasta paró del todo. Se conocía muy bien que la Señora allá dentro le había dado a la criatura alguna rica golosina para consolarla. San Martín lo com-

prendió por cierto cabalmente, sólo que no dijo nada. En cuanto a Merceditas, estaba tan consciente de su picardía que no volvió al comedor, y aquella noche se acostó sin besar a su padre ni pedirle, al besarlo, la bendición.

CAPITULO XXIII

DIAS DESPUES

DESDE el día siguiente, la conducta de Merceditas varió de un modo completo. Asustada de lo que había hecho, se mostraba dócil, servicial, cariñosa. Pidió perdón a su padre por sus repetidas faltas, él se lo otorgó, y ella se quedó un largo rato paradita a su lado, por si el padre le sacaba la conversación del viaje. Hubiera querido que él le preguntase algo, cualquier cosa, la más insignificante respecto de ello, para contestarle que estaba muy contenta con la idea de embarcarse. Porque esa era la pura verdad. Pero el general San Martín no le preguntó cosa alguna y ella se quedó con su declaración en el cuerpo.

Y era lo cierto que Merceditas lloró la tarde anterior sólo por quedar bien con la Abuela; porque su primer movimiento, cuando oyó la noticia, fué contestar *¡Qué gusto!*; mas la Abuela le ganó el tirón con aquello que

dijo: *¡Qué! ¿Me quita usted a la nieta?* Entonces la nieta soltó lo que creyó más oportuno para agradar a ambos (aquello de *Yo quiero que él se quede con nosotras*) y cuando su padre la reprendió, el llanto vino solo, pues — digámoslo también — estaba acostumbrada a llorar por todo para salirse con la suya... Ahora bien; ¡qué más se quería Merceditas que viajar! ¡Irse en un buque con su padre, a través de los mares! Había tempestades, sin duda; pero al lado del General ella no temía a nada ni a nadie. Irse a conocer otras tierras... ¡Claro que lo quería! Ahora estaba pidiendo al Cielo que no se arrepentiese el General de la primera idea de llevarla.

Sin embargo, no era totalmente feliz al pensar en la ausencia, porque amaba a la Abuela; a esa doña Tomasa, en quien veía, a pesar de las distintas edades, una compañera como de sus mismos años. Dormían en la misma pieza, y a menudo en la misma cama; salían juntas de compras y de visitas; oían la misma misa. Le dolía, pues, sobremanera dejarla. Otra gran amiga suya era la negrita Jesús, ya moza al tiempo a que nos referimos, y hasta de novia con un gallardo negro de la banda de un regimiento, que cuando tocaba el clarín hinchaba los carrillos como para reventar... ¡Ah! si pudiera llevarse consigo a doña Tomasa y a la Jesús ¡cuán dichosa sería!

Pero estaba por verse todavía si el General la llevaba o no, ya que no se había vuelto a hablar del asunto. Días después, sin embargo, se disiparon las dudas. Merceditas vió llorando a la Abuela, que acababa de con-

versar con San Martín, y comprendió, a la vez, que la llevaba y que el día de partir estaba muy próximo.

Así las cosas, se activan los preparativos del viaje, se compran algunas prendas de abrigo en previsión de que haga frío, ya del lado europeo, se preparan las petacas, y una tarde llegan unos peones que se llevan los baúles al barco.

Al otro día es la partida. ¿En qué barco? En *La Josephine*, con rumbo al puerto francés de El Havre (1).

CAPITULO XXIV

¡A NAVEGAR!

Y el 10 de febrero de 1824, el padre de cuarenta y seis años y la hija de siete, se embarcaron. Mas, ¡cuán pintoresca la manera de hacerlo en aquellos tiempos! Al presente, ya se sabe, los barcos atracan en el muelle y el pasajero no tiene más que pasar de un sitio a otro. No era así entonces. En aquellos años no había muelle ni nada parecido. Los buques fondeaban en lo que se llama la rada, río afuera, por falta de suficiente hondura más cerca de la costa. De modo que siempre quedaban lejos y había que llegar hasta ellos en bote.

(1) *"La Josephine", y no "Le Bayonnais", como se lee en la obra de Otero. Obtuve el dato en los registros de navegación que se guardan en el Archivo General de la Nación.*

Pero como tampoco podían llegar las simples lanchas a la orilla para recoger al pasajero, a causa del mucho barro y de la poca agua, era preciso ante todo penetrar en el río en un carretón tirado por buena yunta de caballos. Penetraba así el carretón en el río, entre los destemplados gritos y los fieros latigazos de un carrero brutal, como cosa de dos cuadras, hasta encontrar la lancha, en la cual debía hacerse un trecho todavía mayor para alcanzar al fin el buque.

De modo que San Martín y Merceditas, lo primero que hicieron, al dejar el carruaje que los condujo hasta el Bajo, fué subir a la carreta. Subieron con ellos otros pasajeros, y el indiecito, que iba llevando en una canasta a propósito el perro de aguas de Guayaquil; llegó también un representante del Gobierno para despedir con los debidos honores al General, y cuando todos estuvieron en su puesto, empezó a tirar la yunta y a rodar la carreta. Los caballos, debido al mucho lodo, marchaban con suma dificultad y aquella agua sucia salpicaba a menudo a los viajeros. Por fin llegaron a la lancha. Un forzudo marinero recibió en sus brazos a Merceditas, otro la canasta del perro de Guayaquil, e instalados los demás por sí mismos, se pusieron al remo los remeros, y puestos a remar de firme, el bote fué avanzando en la dirección de *La Josephine,* que esperaba allá fuera, y cuyo nombre se leía ya sin dificultad, en altas letras, sobre el costado de la embarcación. San Martín aprovechó para dar a su niña la primera lección de fran-

cés del camino, explicándole cómo debía pronunciarse ese nombre.

Llegaron al dicho costado de la embarcación, y allá debieron subir por una escalerilla de cuerda hasta el puente de la nave. Merceditas lo hizo sin la menor dificultad y aun diremos con el aire más resuelto que imaginarse puede. Subieron todos, finalmente, y como había que esperar otras lanchas con otros pasajeros o equipajes, *La Josephine* demoró aún bastante tiempo en la rada. Pero llegado que hubo la última lancha, sonó un clarín a bordo, y cuantos estaban allí para despedir a nuestros viajeros (el representante del Gobierno, los tres tíos militares de Merceditas y otros más) fueron invitados a bajar. Las lanchas o chalupas tomaron el camino de la ribera y los que en ellas iban agitaban sus pañuelos en signo de adiós. San Martín y Merceditas respondían agitando incesantemente los suyos. El indiecito peruano, por su parte, echaba besos con las puntas de los dedos.

Resonó otro toque de clarín y empezando la maniobra de la partida, la marinería se puso a preparar las velas.

Merceditas miró hacia la ciudad que tenía enfrente, y le pareció extrañísima y muy bella la vista que Buenos Aires presentaba con sus torres, miradores y cúpulas, y su blanco caserío esparcido entre verdes arboledas. Nunca más olvidaría aquella visión de la ciudad del Plata, con el Fuerte y la Recova adelante, y las quintas en el límite.

—Mira con el catalejo — le dijo San Martín, dándole su anteojo de larga vista.

—¡Qué bien se ve así! — exclamó la criatura.

Pero en vano trataba de distinguir a la gente que se movía en la orilla, pues ya era imposible reconocer a nadie. Soplaba viento favorable, y la nave se alejaba con portentosa rapidez. La costa se iba separando más y más, como si la empujaran, y pronto fué harto difícil distinguir, entre la multitud que aún se movía en la ribera, a un militar de un paisano, o siquiera a una mujer de un hombre.

Seguía soplando favorable viento. Tres horas después sólo se veía cielo y agua.

CAPITULO XXV

EN MONTEVIDEO

Como se comprende, el primer puerto que tocaron, al cabo de casi dos días de navegación, fué Montevideo, que por esa época se hallaba todavía invadido militarmente por los portugueses; lo que tenía que traer tarde o temprano una guerra entre la Argentina y el Brasil, como en efecto la trajo apenas dos años después.

—¡El Cerro a la vista! — anunció un viajero mirando con el catalejo.

Y todos salieron a la cubierta para mirar.

Sí. Era el Cerro tan famoso, y a su pie y en su falda la ciudad, así como también a la orilla de la amplia bahía, en cuyas aguas había muchos buques anclados, tanto de guerra como puramente mercantes. Y conforme *La Josephine* se aproximaba a la costa, más y más se mostraba la capital uruguaya con sus casas rosadas y sus verdes quintas.

Fondeó el bergantín y bajaron a tierra los viajeros. ¡Ay, daba pena la ciudad! Con las guerras casi continuas que venía soportando desde las invasiones inglesas, ofrecía un aspecto calamitoso: las murallas de sus antiguas defensas, convertidas en escombros; las calles, abandonadas y sucias; la gente, pobre y triste; y entre esa gente negros esclavos vestidos con trajes de colores fuertes, y monjes de diversas congregaciones pidiendo limosna por el amor de Dios para los enfermos sin recursos. San Martín, como buen soldado, se fijaba en todo para darse cuenta de la situación efectiva de aquel pueblo oprimido, y prestaba especial atención en los militares portugueses — en su mayoría generales y coroneles — que pasaban con un aire arrogante.

Por fortuna, el velero se hizo a la mar apenas cargó en el puerto cueros vacunos y plumas de avestruz, y dió rumbo al Janeiro.

Montevideo fué quedando allá lejos y pronto no se le vió más. Pero aún no estaban en pleno océano. Tenían que pasar primero por la isla de Flores, y por la de Lobos, así llamada esta última por la gran cantidad

de focas o lobos de mar que la habitaban. Pasaba tan cerca la nave, que se gozaba totalmente aquel extraño espectáculo. En cuanto a las focas, parecía por momentos que quisieran enderezarse para conversar con los viajeros.

—¡Parecen personas! — exclamaba Merceditas, y soltaba la risa.

No creáis, sin embargo, que fuese muy contenta la niña, ni de muy buen humor.

CAPITULO XXVI

DIAS MALOS

Pronto comenzó a dar trabajo la pequeña. Todo la aburría, todo la fastidiaba, todo la hacía dar gritos y llamar a grandes voces y llanto a la abuelita Tomasa. Merceditas se puso realmente insoportable. Merceditas volvió a ser verdaderamente "un diablotín declarado", como dijera don José en Buenos Aires. Todo lo quería arreglar llorando o con pataditas en el suelo.

—¡Caramba, la niña! — exclamaba el padre sin saber todavía qué hacer.

Claro está que a la pobre la desconcertaban muchas cosas: el nuevo género de vida a bordo; el no viajar otros niños de su edad con quienes entretenerse, el oír

hablar en un idioma que no entendía. A más de esto, la inmensidad del mar la abrumaba, y aquellas olas que se movían sin cesar y que a veces balanceaban demasiado al buque solían darle miedo. Se sentía abrumada y lo hacía sentir. Hasta llegó a declarar, en una rabieta, que quería volverse a Buenos Aires aunque fuese sola y nadando... Otro día se puso a gritar durante una hora: — ¡No quiero, no quiero, no quiero ir a Francia! — Se veía muy claro que los excesivos mimos de la abuelita la habían hecho demasiado malcriada.

Para peor, rechazaba someterse a los ejercicios que San Martín le tenía ordenados; verbigracia, escribir o dibujar por la mañana en unos cuadernos especiales que le trajo del Perú. Y no es que Merceditas no tuviese dónde hacerlo, pues había un saloncillo muy a propósito en el barco, y en este saloncillo un bonito escritorio, y en este bonito escritorio, pluma, papel y tinta para escribir o dibujar a gusto. Si ella no lo hacía era porque no se le daba la gana obedecer. En nada quería ocuparse. Ni siquiera en visitar y llevarle algún bocado al pobrecito *Guayaquil*, que iba a proa.

Tampoco quería alimentarse, porque según decía la comida era feísima; o pedía algo que de seguro no había, después de haber pensado largo rato un imposible. En una palabra, estaba sublevada, y no quedaba otro camino que el de hacerla entrar en razón mediante algún apropiado castigo. Fué lo que hizo San Martín con motivo de un nuevo estallido de la niñita. Al punto, la tomó de una mano, la condujo al camarote y la dejó *arres-*

tada; penitencia que poco después fué necesario repetir. Se le ponía la comida necesaria: agua en un botellón y cuanto pudiera hacerle falta. Hecho esto, su propio padre daba llave a la puerta, y la criatura se quedaba sola, sin más compañía que su reflexión. Ella lloraba y gruñía hasta enronquecer, a los gritos de ¡Abuelita! ¡Abuelita!, como si doña Tomasa pudiera escucharla; pero al fin se cansaba de tanto grito inútil, y solita se empezaba a calmar. Así fué comprendiendo que debía cambiar de carácter.

Hubo otro motivo, además. La tarde en que cumplía su segundo "arresto" tuvo un recuerdo que la hizo meditar muy cuerdamente: el recuerdo del amargo relato que le hiciera cierto día la negrita sobre lo que fué su viaje de Africa a Buenos Aires. Era como si de nuevo la oyese; cual si de nuevo le contase la historia de su vida y en especial la de aquel viaje suyo desde una costa africana hasta la capital del Plata, en calidad de esclava, cuando pequeña aún la robaron los traficantes de negros para venderla después en un mercado, como se vende un animal. ¡Qué diferencia entre viaje y viaje! Ella, Merceditas, iba allí servida al pensamiento por los camareros, con destino a Europa, en busca de los mejores maestros, mientras la pobrecita Jesús...

Se quedó pensativa. ¿Por qué, pues, protestaba? Teniendo tantos motivos para bendecir su suerte, ¿era justo que se comportase como lo hacía? Fresco estaba en su

memoria el relato de la negrita Jesús, como una lección muy seria.

¿Queréis conocerla? He aquí la historia de *la* Jesús:

CAPITULO XXVII

ESCLAVITUD

Mi historia es muy triste, amita Chiche – había comenzado diciendo la Jesús una tarde, en Buenos Aires, – pero ya que quiere saberla, y por si no volvemos a vernos, se la contaré.

Y le empezó a contar que había nacido bajo el sol del Africa, en una miserable aldea de negros, perdida entre ásperas selvas y matorrales. Bien recordaba ella haber oído, desde pequeña, a los viejos de la tribu: *¡Cuidado con los blancos!* Cuando se sabía que alguna partida de europeos andaba cerca, las familias huían de sus caseríos, y penetrando en el interior del país buscaban escondite, fuese en alguna cueva, fuese en las barrancas de los ríos. ¡Qué menos podían hacer que huir! ¡Ay del que no huía! Para aquellos blancos, los desgraciados negros no eran personas como las demás sino seres inferiores, nacidos para sufrir como esclavos el furor de unos amos brutales.

Y estos blancos, dedicados a la persecución y cace-

ría del negro, andaban siempre desembarcando por las costas, y explorando los campos en busca de presa. Preferían niños y gente joven. Una vez que los atrapaban los conducían a sus buques, donde los encadenaban. Otras veces en lugar de cazar a la gente, entraban en tratos y la compraban.

—Así — continuó diciendo *la* Jesús, — un día llegaron unos hombres rubios hasta nuestro rancho. No parecían tan malos como los otros. Eran de los que preferían comprar. Por eso, en lugar de apuntarnos con las armas, propusieron cambiarme por un barril de aguardiente.

—¿Cómo? — le interrumpió Merceditas. — ¿Y te cambió tu madre por un barril de alcohol?

—Sí, amita. ¡Y qué quiere usted que hiciera! El alcohol gusta mucho en Africa. Todos los viejos de la familia amaban el alcohol y querían el barril. Además, si mi madre hubiese dicho que no, ¿qué habría sacado? Entonces me hubieran llevado de balde, y a ella y a todos les hubieran cortado las manos o la lengua en castigo. ¿Comprende, amita?

—Bueno. ¿Y qué pasó?

—Como le digo, aquellos hombres no eran de los más malos. Dieron el barril de aguardiente y todavía le regalaron a mi madre un género de colores que todos encontraron muy hermoso y que a ella también le gustó.

—¿Y de ahí?

—Terminado todo esto me llevaron al buque. Eramos muchos, muchos; y la bodega en que nos arrojaron ape-

nas nos podía contener. Casi no se podía respirar. Y ahí estábamos todos, encadenados de a dos, mano con mano o pie con pie, para que nadie pudiese huir. Al fin partimos. Yo no había navegado nunca y me mareaba. Pero me fuí acostumbrando... Si reinaba buen tiempo nos hacían subir al puente para que bailásemos. Eran los únicos momentos en que nos quitaban las cadenas. Después que se divertían con nuestras danzas nos ataban de nuevo, y a la bodega otra vez. En cuanto a la comida, nos daban solamente un poco de batata y agua dos veces al día. Esa era nuestra vida a bordo. Pero aún no he contado lo peor.

Y la buena negra Jesús continuó de esta manera su historia:

—Lo más terrible sucedió una noche de tormenta. Nuestras camas consistían en unas tablas puestas unas encima de otras como los estantes de un ropero, en las cuales tablas dormíamos atados, como ya sabe, de a dos, mano con mano, o pie con pie. Esa noche que le digo parecía que el buque se iba a hundir con la fuerza de la tempestad. Una ola inmensa pasó sobre el buque y se inundó la bodega donde hacíamos el viaje. Con los balanceos del buque, muchos infelices rodaron de las tablas al suelo, y por efecto de las cadenas con que estaban atados, no les fué posible enderezarse, porque otros caían, como en racimos, y los aplastaban allí. Así perecieron ahogados en la bodega aquella noche no menos de veinte infelices... Perdone, amita Chiche, que llore. Pero cuando me acuerdo de aquel espanto se me sal-

tan las lágrimas.

Y mientras Merceditas lloraba también compasivamente, *la* Jesús terminó de este modo el relato:

—Largo, muy largo fué el viaje, y muy duro. Pero cuando supimos que nos traían al Río de la Plata nos alegramos mucho, porque según decían todos, era muy buena la gente de Buenos Aires, no como la de otros países en que el amo es tan cruel que entre sus negros siempre hay alguno a quien le cortó una oreja, le sacó los ojos o le quemó un brazo... En fin, llegamos a Buenos Aires, nos llevaron al mercado, y allí fué donde una tarde me compró el amito señor Escalada... Después supe que estaba nada menos que en casa del Libertador San Martín. ¡Por eso, aunque me compraron para esclava, yo nunca lo fuí! Esta es mi historia, amita Chiche; no la olvide, y cuando vaya de viaje con su tatita, en un buque lindo y grande, no le dé por quejarse; es malo ser ingrato con la suerte. O quéjese, si quiere, pero antes acuérdese de mí... que aunque negra, soy también hija de Dios.

CAPITULO XXVIII

RIO DE JANEIRO

Muy bien sentóle a Merceditas el recuerdo de *la* Jesús, y tan cambiada salió de la segunda penitencia, que parecía otra. En adelante, se portaría como una

niña grande; como una niña grande que va viajando a Europa. Empezó a comer con agrado las platos que le servían, y en pocos días llenó un cuaderno entero de deberes. Hasta el simpático perro *Guayaquil* tuvo motivo para alegrarse con el cambio de la criatura, que desde ese día comenzó a visitarlo, siempre con el obsequio de algún buen bocado.

—Así me gusta — le dijo el General; — y en premio por tu buena conducta te llevaré a pasear por todas partes conmigo cuando lleguemos a Río de Janeiro.

—¿Pero cuándo llegaremos? — averiguó la niña, impaciente ya por pasear con su padre.

—Dice el capitán que mañana muy temprano, si el viento sigue ayudándonos, estaremos allí.

—¡Ay, qué lindo, qué lindo! — exclamó Chiche.

Entretanto, el barco navegaba a toda vela y con la brisa a favor. Daba placer navegar en esa forma. Lástima solamente el calor que reinaba. Mas no podía ser de otro modo, en pleno febrero y en aquella región tropical. En todo caso, de noche refrescaba lo bastante para dormir a gusto.

* * *

Y al día siguiente, como lo había dicho el capitán, la ciudad a la vista.

Nada más hermoso. El velero iba entrando por entre islas de intenso verdor a la bahía de aguas azules en que tantos y tantos buques se balanceaban, mientras a gol-

pes de remo avanzaban del lado del puerto unos extraños botes con techos de paja, verdaderas chozas flotantes cargadas de frutas, que tripulaban negros semidesnudos sin más ropa que un calzón.

El velero, ya auxiliado por los remolcadores, se acercaba más y más a la costa. ¡Cuántas casas blancas, y en torno, cuántas verdes arboledas y jardines! Más allá la montaña y sus bosques; y subiendo las cuestas, pintorescos grupos de casitas vistosas y alegres.

Algo más adelantó en el golfo el velero, y al fin ancló. Se veía muy bien allá enfrente el desembarcadero con sus galpones de depósito, y las filas de negros que iban y venían cargando fardos. A una señal que mandó hacer con unas banderas el capitán, se vió venir un bote de la parte del puerto. Era un bote espacioso, también con un techo de paja y también tripulado por negros, que se puso al costado del bergantín y en el cual fueron a tierra los pasajeros. El barco quedaría bastante tiempo allá en Río; de modo que todos bajaron con algún equipaje.

Hizo el bote su camino y desembarcaron todos. Desembarcaron, y echaron a caminar por las callejas del puerto. Llenaba el aire un fuerte y penetrante olor a sardinas fritas, de los puestos o merenderos que allí abundaban. Entonces pudieron ver de cerca las filas de los esclavos cargados, sudando a mares, inclinados bajo sus pesados fardos, y sin otro alivio que cantar alguna canción para distraer la fatiga. Los había jóvenes, viejos, de toda edad, y a un lado de la fila marchaba un capataz,

armado de terrible látigo que, a la menor vacilación de los infelices, caía sobre sus desnudas espaldas. No había uno que no tuviera las huellas del látigo sobre sus flacos lomos.

El General hizo un gesto de repugnancia y apretó el paso para dejar lo antes posible aquellos tristes lugares. En cuanto a Merceditas, le daba miedo esa gente, y caminaba bien prendida de la mano de su padre. Marchaban adelante de ellos unos marineros conduciéndoles el equipaje de mano, que según costumbre, fué abierto y revisado en la aduana; terminado lo cual tomaron al fin el General y la niñita un carruaje tirado por mulas, para dirigirse al hotel en que se habían de hospedar. El indiecito se encaramó de un salto en el pescante al lado mismo del cochero.

CAPITULO XXIX

PASEOS POR LA CIUDAD

A la tarde de ese día, padre e hija paseaban por la ciudad. ¡Qué interesantes y qué curiosas las calles! Casi todas angostas, muy angostas. Como en el puerto, negros y más negros. En Buenos Aires también los había, ya lo sabemos, mas no en ese elevado número y pro-

porción. Según las cuentas que sacaban, iban hallando, por cada blanco, cuatro o cinco hombres de color.

Entraron en varios comercios, y todo les pareció lo más distinto de Buenos Aires: los locales y los comerciantes, las mercaderías y los clientes. Por lo demás, Merceditas no entendía palabra de las conversaciones, sostenidas, como es natural, en portugués, idioma que ella oía por la primera vez en su vida.

Siguieron la marcha. El General, mientras tanto, le explicaba que el Brasil era el único imperio de América; y su emperador, don Pedro Primero, un monarca por desgracia demasiado ambicioso, que a causa de su ambición estaba por encender la guerra en el Plata. Y le hizo la historia del conflicto que el Brasil tenía pendiente con las Provincias Unidas, es decir con la Argentina, por haber invadido aquél la Banda Oriental.

—¿Y muy pronto será esa guerra, tatita? — preguntó la niña.

—Me parece que sí. No hay manera de evitarla.

—¿Y quién la va a ganar?

—Nosotros — contestó con firmeza el general San Martín.

En eso, y a tiempo que llegaban ellos a una ancha plaza, pasó a caballo un señor de grandes bigotes y muy bien vestido, a quien todos saludaban con reverencias, acompañado de una señora también a caballo, vestida con traje de amazona, rubia y blanca como las alemanas. San Martín saludó como los demás, a su paso, adivinando quiénes eran.

—¿Sabes quiénes son, Chiquita? El Emperador y la Emperatriz.

Merceditas se quedó con tamaños ojos, mirando.

A cierta distancia de los monarcas, unos caballeros de la nobleza los seguían muy bien montados y vestidos como a los nobles corresponde. Y en esto y en todo se notaba que estaban en una corte. Por eso era que se encontraba tanta gente de etiqueta: sombrero alto, chaqueta negra, camisa bordada de encajes, calzón corto, media blanca de seda y zapatos con hebillas de oro.

Pero Merceditas no dejaba de pensar en la guerra que según su tatita había de encenderse, día más, día menos, entre el Brasil y las Provincias Unidas; de manera que volviendo a ese tema, dijo:

—¿Así que los brasileros son enemigos nuestros?

—¡Eso no! — contestó el padre. — Brasileros y argentinos son pueblos hermanos; de manera que apenas desaparezcan del Brasil los monarcas europeos que lo gobiernan se afianzará para siempre la amistad entre la Argentina y el Brasil.

CAPITULO XXX

LOS ULTIMOS PASEOS

Como por esos días quedó resuelto cambiar de buque para la continuación del viaje, el equipaje tuvo que ser transportado del bergantín *La Josephine* a la fragata *Le*

Bayonnais; y el que más salió ganando con esto fué *Guayaquil,* el lindo perro de aguas del General, que con tal motivo fué trasladado a tierra. ¡Qué gusto el de todos! Daba brincos *Guayaquil,* palmoteaba Merceditas, se reía don José, y no le faltaba más al animalito que el don de hablar para mejor dar las gracias. Pero ¡vaya si ladraba!

Desde ese día, el perro de aguas participó de cuantos paseos hicieron, y para que se hallase más a gusto — ya que hacía un calor insoportable, y él tan lanudo de por sí andaba como quien dice vestido de invierno, — Merceditas le daba antes de salir un buen remojón en una tina. Alguien propuso tusarlo y hasta trajo las tijeras; pero no era posible hacerlo, estando de viaje, pues de ahí en pocas semanas, apenas dejase el barco la región tropical, sentirían los recios fríos del otro hemisferio, y entonces sí que le haría falta a *Guayaquil* su abundante ropa de lana.

Salían, pues, los tres de paseo — padre, niña y perro, — unas veces a recorrer los jardines de la costa de Botafogo, otras por el Pan de Azúcar, cuando al ponerse el sol la temperatura se hacía más tolerable. Pero faltaba aún el mejor paseo: penetrar un poco siquiera por la selva virgen. El General buscó un guía, y partieron. La tarde felizmente se estaba nublando y soplaba una dulce brisa del mar.

¡Qué hermosura la de aquellos lugares! El General, que tanto amaba la pintura y que no pocas veces había demostrado ser tan buen pintor, sobre todo de marinas,

contemplaba con encanto aquellos paisajes, diciendo: —¡Quién pudiera tener aquí un caballete, lienzo, pinceles y colores para ponerse a pintar!

Avanzar era maravillarse más aún del espectáculo incomparable de la naturaleza. ¡Qué de flores y cuánto verdor! Acá, largas calles de altas palmeras; allá, gigantescos helechos. Por el otro lado, subiendo la montaña, y ya bosque adentro, tupidas enredaderas echadas sobre los árboles a manera de inmensos mantos fragantes...

Era como para no acordarse de nada. Había que acordarse, sin embargo, de las serpientes, y el guía no dejaba de repetirlo, poniendo sus cinco sentidos en observar el sendero por donde iban de uno en uno.

—Ahora volvamos — dijo el guía, — que la sombra es peligrosa por aquí.

Y emprendieron el camino de vuelta.

Se ponía el sol. Pero ¡cómo se ponía! Entre unas nubes de fuego y de oro, maravillosas de ver. ¡Y qué divina visión la que ofrecían el mar, el bosque y la montaña a esa hora! Hasta *Guayaquil* se quedaba mirando como asombrado. Para mayor hechizo, pronto se pobló el aire de vistosos insectos y pintadas mariposas, que danzaban como en una fiesta.

—Son como flores con alas — dijo Merceditas, y maravillada se propuso, valiéndose de su capota, atrapar alguna. Y perseguía mariposas que se le escapaban siempre, y tras ella se iba *Guayaquil* dando saltos y ladridos.

Obscureció más todavía. En esto se oyó un aullido.

Guayaquil se volvió a escudriñar la selva, meneando la cola.

—¿Y ese grito? — preguntó don José.

—Son los macacos — respondió el guía.

Eran los macacos, en efecto: monos pequeños y muy elásticos que decían de ese modo su adiós a la tarde y su miedo a la noche.

—Apretemos el paso — manifestó el guía, viendo que anochecía.

Y padre, niña, guía y perro acabaron de salir de la espesura. Se encendían a lo lejos los faroles de la ciudad, y las débiles lucecitas en las viviendas de la montaña, mientras del lado de la selva empezaban a brillar sobre el velo de la sombra innumerables luciérnagas y otros mil insectos luminosos.

Tan hermoso era aquello, tan fantástico y tan raro, que Merceditas miraba, miraba... y creía que estaba soñando.

CAPITULO XXXI

¡A EUROPA!

Le *Bayonnais* era mejor que *La Josephine.* Basta decir que *La Josephine,* siendo bergantín, sólo tenía dos velas con sus palos respectivos, y *Le Bayonnais,* sien-

do fragata, tres hermosas y grandes lonas, tan bien combinadas que al menor soplo de viento la nave corría cortando el mar.

En todo esto se fijó Merceditas y aun se hizo explicar muchas cosas. El caso es que ya no daba trabajo, que iba muy sana, y que de veras le gustaba navegar. Se levantaba bien temprano, y era su mayor entretenimiento seguir las maniobras de los marineros con las velas, que ora las recogían, ora las desplegaban, según la dirección y fuerza de las brisas. El resto de su tiempo se distribuía en comer, en bañarse, en escribir, en dibujar, en conversar con su padre, sin olvidarse de visitar a *Guayaquil*, en compañía del indiecito.

Sólo la entristecía la noche, cuando se apagaban en el cielo las rojas llamas de la tarde, y la obscuridad llenaba el mar de melancolía. Entonces pensaba en Buenos Aires, en su abuelita, en todo lo que había dejado, en tantas cosas que acaso nunca más volvería a ver.

Sonaba una campana, después se oía un toque de clarín, y a esta segunda señal bajaban los pasajeros a comer. Después subían de nuevo a la cubierta del buque. Ya estaba el cielo todo estrellado. El General, el capitán, los oficiales y algunos otros caballeros indicaban, con los ojos fijos en el firmamento, las estrellas que conocían. Levantaban el dedo índice y decían el nombre del astro que señalaban.

Merceditas no entiende nada de todo esto; pero sabe distinguir muy bien la Cruz del Sur con sus cuatro estrellas refulgentes; la Cruz del Sur que, según le ex-

plican, se dejará de ver en pocas noches más. Y ella, por esto mismo, la busca, siempre en el cielo, y ve que cada noche está más baja en el horizonte, hasta que ya parece que se está por hundir en el mar, y finalmente desaparece del todo.

¡Pobre Merceditas! Entonces sí que le da la impresión de estar muy lejos, pero muy lejos de la patria, y de América, y de todo lo suyo — ¡hasta de la Cruz del Sur!, — y le da vago temor verse allí sobre esas tablas endebles del buque en la negrura y soledad del océano y de la noche. ¿Cómo los demás no tienen miedo como ella? Le asombra que los hombres puedan charlar, bromear, reírse a carcajadas en medio de aquellas tinieblas. A su juicio, de noche, en el mar, navegando tan lejos de todo y de todos, sólo una cosa debería hacer la gente: rezar. Y era lo que ella hacía noche a noche fervorosamente antes de acostarse a dormir.

CAPITULO XXXII

CUENTEME, TATITA...

La navegación es larga y hay tiempo sobrado para conversar. Merceditas lo aprovecha muy bien para hablar con su padre, para que le cuente cosas de sus campañas militares, de sus lances de guerra, de sus tiempos

de Santiago de Chile y de Lima. ¡Santiago! ¡Lima! ¡Cómo le hubiera gustado conocer esas ciudades tan renombradas! Lima en especial, esa Lima donde ella, acaso, hubiera podido ser princesa...

Y un día en que el General está de codos sobre la borda mirando el mar, y ella a su lado, recuerda Chiche aquello precisamente que le pasó una tarde en casa de una de sus tías, cuando niñas y niños le hicieron rueda en el patio preguntándole a coro: *¿Qué nos darás cuando seas princesa?* ¿Sería verdad, como se lo dijeron, que los peruanos quisieron hacer rey a San Martín?

Y allá se lo pregunta ella:

—¿Verdad, tatita, que a usted lo quisieron hacer rey?

—Verdad.

—¿Y cómo fué?

—Muy sencillo: que muchos querían verme ceñir la corona y andaban coleccionando firmas para pedírmelo. Eran los más activos propagandistas don José Félix Fedrón, un caballero don José Ignacio de Avila y dos capellanes del Hospital Santa Ana... ¿Quieres tú saber ahora qué hice cuando lo supe? Pues te lo voy a decir: hacerlos poner presos inmediatamente como a enemigos de América. Yo los metí en la cárcel.

—Y ellos, ¿qué hicieron?

—Pues... no volvieron a decir chus ni mus.

Todo le gustó en el caso a la criatura: que su padre no quisiera ser rey, que pusiera presos a los de la idea como a enemigos de América, y finalmente eso del *chus*

ni mus, que oía por primera vez y que le pareció tan bonito.

Hubieran seguido conversando la tarde entera, pero los interrumpió la llegada de varios marineros que venían a poner banderitas y gallardetes para la *fiesta de la Línea,* la cual se celebraría al día siguiente con motivo del paso del ecuador.

Fué como un carnaval en el buque aquella graciosa fiesta. ¡Y cómo se rió Merceditas! Por la parte de popa se vió descender al dios del mar, Neptuno, con unas largas barbas blancas, seguido de un gran cortejo. Creyó al principio la niña que se trataba realmente de seres sobrenaturales, y entonces — claro — se atemorizó; pero al comprender que, tanto el dios como los de su cortejo, eran solamente camareros disfrazados, le entró la mayor confianza y hasta se permitió tirarle de la barba al dios.

A todo esto, decía una especie de angelote:

—¡Todo aquel que por primera vez atraviese estas regiones ha de ser bautizado con agua de mar en aquel tinajón que allá se ve, a menos que pague el correspondiente precio!

Y si alguno había que no pagara, pronto se veía sumergido en la tinaja entre las carcajadas y palmoteos de los demás, que reían y palmoteaban con todas sus ganas, aunque nadie tanto ni tan fuerte como Merceditas.

CAPITULO XXXIII

LA FAMILIA PATERNA

Otras veces hablaban padre e hija de la familia de aquél.

—Tatita, ¿cuántos hermanos son ustedes? ¿Los vamos a ver? Cuénteme muchas cosas de su familia de Europa.

Y el General le contaba... Le contaba, primero, de sus padres, que ya habían muerto.

—¿Cómo se llamaba mi abuelito? — interrumpió ella aquel día.

—Don Juan de San Martín, y fué militar como yo.

—¿Hace mucho tiempo que murió?

—¡Oh! Como treinta años. Yo era apenas mozo.

—¿Y mi abuelita, se llamaba Gregoria, no es verdad?

—Gregoria. Doña Gregoria Matorras.

—¿Murió hace muchos años también?

—En 1813. Diez años se van a cumplir.

—Tatita, ¿yo me parezco a ella?

—Algo. Pero más a María Elena... a tu tía María Elena, la única hermana que tengo.

—Pero, hermanos son muchos, ¿no es cierto?

—Cuatro conmigo.

—¿Y todos militares, verdad?

—Los cuatro.

—Cuénteme cómo se llaman y dónde están.

Y él entonces le habló de sus hermanos: de Manuel Tadeo, el mayor de la familia, de Juan Fermín, de Justo Rufino; todos al servicio del rey de España.

—¿Y dónde está mi tío Manuel Tadeo?

—En Madrid.

—¿Y mi tío Juan Fermín?

—Juan Fermín — contestó don José suspirando — anda muy lejos... muy lejos... en el ejército de Manila, allá cerca del Imperio Chino, en el Asia, donde España posee las Islas Filipinas. Manila es su capital.

—¿Entonces, el que nos espera en Francia es tío Justo Rufino?...

—Justo Rufino, teniente coronel graduado, muy valeroso. Está ahora con licencia de Su Majestad.

—Y ¿es casado? ¿Y tiene chicas como yo?

—Es soltero. Mejor dicho, solterón. De mis hermanos el único casado es Juan Fermín, el que anda por Manila. María Elena, que vive en Madrid, ella sí tiene una niña, Petronila, más o menos de tus mismos años.

—¡Ay! ¡Quién la pudiera conocer!...

Y seguían hablando de tanta cosa, mientras la nave se deslizaba sobre el mar tranquilo a impulsos del viento favorable, aproximándolos más y más, día por día y hora por hora, a las playas europeas.

CAPITULO XXXIV

¿SON ESPAÑOLES SUS HERMANOS, TATITA?

Al día siguiente – que fué muy caluroso, – Mercedítas buscó de nuevo la compañía de su padre. Estaba él leyendo, recostado en una de esas largas sillas que se usan en los barcos, cuando ella vino a hacerle cariños. Dejó el libro el General, besó a la niña, la invitó a sentarse junto a él, ella lo hizo, y poco después dialogaban de este modo:

–¿Son españoles sus hermanos, tatita?

–No – contestó él; – americanos como yo; criollos como yo; unos nacieron en Misiones, otros en Buenos Aires.

–Entonces – replicó la niña, – ¿por qué se quedaron sirviendo al rey de España? ¿Por qué no se vinieron como usted para pelear por la tierra en que nacieron?

–Hija mía – respondió el General: – fíjate bien en lo que te voy a ir diciendo. ¿Nunca te has levantado muy al alba, cuando ni se ha ido del todo la noche ni ha acabado de llegar la mañana?

–Sí, varias veces.

–¿Y no es cierto que a esa hora es muy fácil equivocarse, y que las cosas y los seres y todos los bultos que se ven, tanto parecen una cosa como otra?

–La pura verdad.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

—Pues así también sucedió cuando empezó el nuevo día de América. A causa de la confusión propia de toda alba, mis hermanos miraron las cosas de un modo y yo de otro. Y tenemos que perdonarnos todos. Ni yo puedo decir que ellos traicionaron a la patria, ni ellos podrían decir que yo traicioné a España y al rey. ¡Bien que la serví, criatura, exponiendo cien veces mi vida por ella cuando fuí soldado suyo!... ¿Me entiendes, hijita?

Ella contestó que sí. Pero el General, deseoso de que entendiera mejor, continuó diciendo.

—Te lo explicaré de otro modo. Escucha. Podría decirse que todos los americanos estábamos dormidos en la noche colonial bajo el dominio de España, cuando la Patria se despertó en Buenos Aires el 25 de Mayo y llamó a sus hijos. ¿Qué pasó entonces? Entonces pasó que hubo quienes oyeron el llamado y quienes no. Yo fuí de los que oyeron su grito. Mis hermanos de los que no lo oyeron. ¿Entiendes, niñita? Eso ha sido todo.

—Sí, tatita. Comprendo muy bien.

—Quiere decir — terminó el padre — que cada uno cumplió con su deber de acuerdo con su conciencia. Por lo demás, ninguno de mis hermanos combatió contra América; y estoy seguro que antes de hacerlo hubieran roto sus espadas. ¿Estás contenta ahora?

—Ahora sí.

Y no hablaron más de esto, ni hubieran podido hacerlo, pues en ese momento venía un marinero con tamaña bandeja de refrescos entre las manos, preguntando: — ¿Cerveza o jarabe? — El General dijo: — Cerveza.

—Merceditas: —Jarabe. —Les sirvió el mozo en esta conformidad, y ambos bebieron frente al mar con sumo agrado: que era aquél un día pesado y caluroso, día verdaderamente tropical.

Después arrimáronse varios pasajeros y también el capitán del buque, el cual venía a invitar a San Martín para jugar una partida de ajedrez.

—¿En la salita?

—En la salita.

—¿No hace mucho calor?

—Llega una brisa muy agradable.

—Entonces, vamos.

Y allá se fueron.

CAPITULO XXXV

MERCEDITAS OYE UNA EXTRAÑA HISTORIA

En el mar se oyen muchas historias de naufragios y de peligros. Siempre hay alguno que las cuenta. Y no tiene nada de agradable oírlas en la soledad del océano. Es bueno, sin embargo, escucharlas alguna vez, porque sirven muchas de ellas para cuidarse más. Así que Merceditas las oía con suma atención, por más que luego se quedase con tanto, con tantísimo miedo.

Un día de mar no muy tranquilo había subido ella a

una especie de mirador a castillete del buque, bastante mal protegido por unas cuerdas atadas en unos postes; se había sentado en una banqueta con un libro de láminas entre las manos, y por efecto del calor fué adormilándose y cabeceaba.

Fué entonces cuando un pasajero que acaso iba pasando por allí, la despertó diciéndole:

—Cuidado, niñita. Malo es dormirse en estos sitios altos del buque. Más de uno, en un mal movimiento, ha rodado, ha caído y se ha perdido en el mar. Aun a los marineros les pasa. El mar es además muy traicionero. Oye lo que te voy a contar: pasó en un buque inglés, frente a las costas de Galicia. El mar estaba muy alborotado cuando, no sabiendo qué hacer de tan aburridos como estábamos, subimos yo y un amigo al castillo de proa, donde un marinero dormía como tú ahora. Se despertó al sentirnos. *¡Qué extraño!*, dijo. *Estaba soñando que venía el capitán y me ordenaba subir a la gavia; que me daba un vértigo, que me caía al mar y que me ahogaba.* En esto el capitán que llega y que le ordena subir al mástil. El marinero se cuadra, y obedece. Trepa por las cuerdas. Sube. Ya está arriba, en el tope. De pronto, una ráfaga muy recia hace girar la antena, ésta golpea al marinero, y ¡hombre al agua! Estaba cumplido su sueño; no se le pudo salvar. Así es el mar, Merceditas. ¡Imagínate si te da por soñar que te caes, y te caes de verdad!

Más que aprisa bajó la criatura, y como hallara a su padre en la cubierta tomando fresco, se apresuró a preguntarle:

—¿Falta mucho todavía, tatita, para llegar a Francia?

—Dice el capitán que cosa de dos semanas. Como por el 20 de este mes de abril llegaremos.

—Que sea pronto, pronto. Me da cuidado el mar... No quiero que me pase como al pobre marinero que soñó que se caía...

—Pero ¿por qué te cuentan esas historias? — protestó el General. Y para cambiarle el ánimo, empezó a referirle cosas de Europa, curiosas y entretenidas.

Lástima solamente que, a la noche, Merceditas soñó con el marinero del cuento y se despertó llorando.

CAPITULO XXXVI

LLEGANDO

Contados uno por uno los días desde que salieron de Buenos Aires los viajeros, setenta y dos veces se había levantado el sol... Pero ahí se veían, por fin, frente a El Havre. Era el 23 de abril, estaba ya bien asentada la primavera, y se respiraba un aire dulce, tibio y fragante.

¡Qué Merceditas! Con la imaginación encendida y el corazón embarullado, aquella última noche de la travesía no durmió, o si lo hizo, se despertó tan seguido que fué como no dormir. ¡Y qué de sueños desatinados!... Pero, despierta o dormida, soñando o no, siempre la mis-

ma preocupación llenándole el pensamiento: ¿Cómo sería Europa, esa Europa tan mentada?

Se levantó tempranísimo, y comenzó a arreglar y a desarreglar mil cosas, con la ayuda del indiecito Eusebio. Y tanto hacía y deshacía Merceditas y tanto iba y venía, que San Martín le dijo, riendo:

¿Para qué vas y vienes
vienes y vas,
si otros con andar menos
consiguen más?

Entretanto, se hicieron las últimas maniobras con las velas y aprovechando debidamente la brisa, *Le Bayonnais* fué entrando en la rada del puerto, y a cierta distancia del desembarcadero (al cual sólo podía llegarse en bote) plegó las lonas y fondeó.

—Bueno, Merceditas — vino a decirle el padre; — ya está *Le Bayonnais* frente a El Havre. Sólo falta ahora que lleguen los médicos de la sanidad, verifiquen que no hay enfermos a bordo y permitan desembarcar.

—¡Ojalá lleguen pronto los tales médicos!

—¿Ves aquel bote que se aproxima con aquellos oficiales? Allá vienen.

Llegaron, subieron al buque por una escalerilla, revisaron lo que debían revisar, y en señal de que podían llegar las lanchas del puerto para conducir a los que desembarcaban, se hizo ondear una bandera. Al punto se

dirigieron al buque, como para tomarlo por asalto, multitud de barquichuelos.

Ya vienen diez, quince, treinta botes para llevar pasajeros y equipajes. ¿En cuál vendría don Justo? ¿O sería que se quedó en la costa?

San Martín, mientras de este modo se interroga, mira atentamente hacia el mar, por ver si en alguno de esos botes divisa a su hermano. Años y años hace que no le ve. ¿Le reconocerá? Más bien él a ellos podrá reconocerlos, pues sabe que el General viene con su hija y no ignora la edad de ésta. Por consiguiente, apenas descubra desde el bote a un señor con una niña vestida de negro, comprenderá que se trata de San Martín y Merceditas.

Reflexionando estaban así padre e hija, cuando ésta y aquél pudieron ver a un caballero que puesto de pie en una lancha y la mirada hacia ellos, agitaba el sombrero en una mano, a tiempo que daba las voces de ¡José! ¡José!

—¡Es mi hermano! — exclamó entonces el General, respondiéndole con los brazos abiertos. — ¡Justo! ¡Justo! — mientras Merceditas le tiraba besos con las puntas de los dedos.

Acabó de llegar la barcaza; bajaron a ella padre e hija, y allí se abrazaron derramando lágrimas los hermanos. ¡Después de tantos años y de tantas cosas, se abrazaban allí! Merceditas, de ver llorar padre y tío, tenía un nudo en la garganta y lloraba también.

Después don Justo empezó a acariciar a la criatura, declarando que se parecía mucho a su tía Elena, la espa-

ñola, de lo que mucho se alegró Merceditas, sabedora de que su tía era hermosa.

Y decía don Justo, acariciándola:

—¿Así que ésta es la sobrina? ¿Esta la infanta? ¿Esta la que viene a hacerse mujer de provecho en Europa? ¡Pues que así sea con la ayuda de Dios!

A todo esto, peones y marineros bajaron los baúles de viajero y viajera, y descendió finalmente el muchacho Eusebio con el perro de aguas en brazos, tan azorado éste que en su asombro no se atrevía a ladrar ni por broma.

—Tatita — acabó por preguntar la criatura, — ¿por qué será que está mudo *Guayaquil?*

Y le contestó el General con este chiste:

—Porque todavía no sabe ladrar en francés.

Rieron todos, y los remeros, que eran fuertes y diestros, empezaron a remar tan vivamente que en obra de un cuarto de hora todos estuvieron en tierra.

CAPITULO XXXVII

EN EL HAVRE

Fué terrible la llegada a tierra. Hubo que sufrir un verdadero asalto de empleados de hotel, cada uno con su tarjeta de propaganda en la mano, que parecían quererlas meter por los ojos, mientras daban voces en un

sólo griterío y escándalo, para recomendación de sus negocios. En el infierno de semejante vocerío nadie oía nada; y como todo era atropellarse y estrujarse, y cerrar el paso, únicamente a empujones se conseguía caminar. Buenos los tuvieron que dar el General y su hermano para ir saliendo y salvar a Merceditas que miraba atónita aquello, como preguntándose: *¿Y esto es Europa?* Por lo demás, era inútil decir a aquellas desaforadas gentes que ya tenían alojamiento (el que don Justo les había dispuesto), porque insistían en vociferar como locos.

—Ni en Cancha Rayada — decía después don José recordando el caso — lo he pasado tan mal, me parece, como en este maldito desembarcadero.

Y eso que le faltaba lo peor: conseguir que la aduana le despachase su equipaje. Pero nosotros no hablaremos de esto, por no correspondernos hacerlo, y nos reuniremos con el General y los suyos algunos días después para salir a pasear con ellos por las calles y alrededores de la ciudad de El Havre.

* * *

¡El Havre! ¡Qué seria la ciudad y qué secos sus habitantes! Las casas de colores oscuros y de una arquitectura sin alegría. En cambio, mucho movimiento. Gran cantidad de tiendas y comercios. Y muy altos los edificios.

—Bueno. Llévanos a dar un paseo por la ciudad, tú que la conoces ya — dijo don José a su hermano.

—Muy bien — contestó don Justo. — Andando. Voy a

mostraros las mejores cosas de El Havre. Comenzaremos por la calle de París.

Y allá se fueron a caminar. Sí. Era una hermosa calle la de París, y tenían sus tiendas escaparates que daba gusto quedar mirando. Calle de mucho tránsito y todo en ella enteramente distinto de Buenos Aires. Hasta el aire parecía diferente...

—Conoceréis ahora — anunció después don Justo — la muy bonita, larga y animada calle de Ingouville, que conduce a la colina de los recreos, donde reservo una sorpresa a mi sobrina.

—¿Qué sorpresa? ¿Qué sorpresa? — se desesperó por saber Merceditas.

—A su tiempo lo verás.

—Dígame ahora, ahora...

Hubo que anticiparle noticias.

—Pues mira: en una feria de la colina de Ingouville, en la feria de San Miguel, hay una exhibición de animales feroces: leones, serpientes, tigres...

Llegaron. En un local apropiado se veían, en jaulas de hierro, aquellas fieras y seres temibles, que la niñita contemplaba por primera vez. Admirable le pareció el león; extrañísima la serpiente; maravilloso el tigre, y no salía de su asombro viendo al negro domador entrar en las jaulas y jugar con sus prisioneros. ¿Quién hubiera dicho, además, que, valiéndose de una flauta, haría bailar a la serpiente, la cual se enderezó en los aires arqueándose de diversa manera, tal como en una danza?

Pero lo que más le agradó a la infanta mendocina fué el cocodrilo del Egipto. ¡Cuánta gracia le hizo el personaje, y cómo rió la pequeña de verle respirar, ya hinchándose hasta la cola, ya desinflándose como un globo de goma!...

* * *

Otro día recorrieron los edificios públicos más notables: el viejo Palacio Real, la Torre de Francisco Primero, la Casa Municipal. También los templos: el de Nuestra Señora, el de San Francisco, el de San Miguel; y en la colina de Ingouville, la vieja iglesia donde se adora a la Virgen del Buen Socorro.

Y mientras más cosas iba conociendo Merceditas, más distinto le parecía todo de la Buenos Aires que dejó, y muy difícil... ¡muy difícil!... poderse acostumbrar...

Un día preguntó:

—¿Aquí es donde yo debo quedarme?

—No. En Bruselas.

—¿Dónde?

—En un colegio.

—¿En Bruselas se habla español?

—No: francés.

—¿Y yo podré hablarlo?

—Como una francesa.

—Así que en un colegio, en Bruselas... ¿Interna?...

—Interna, claro está.

—¿Y usted irá a visitarme, tatita?

—Viviré en la misma ciudad, y te visitaré, naturalmente.

—¿Podré salir los domingos?

—Todos, si andas bien en los estudios. Yo mismo iré a sacarte.

—¿Y tío Justo?

—Vivirá conmigo en Bruselas. El también cuidará de ti. Pero ¿qué te pasa, que estás por llorar?

—Nada. Es que, por momentos, no me animo, tatita.

Y se echó a llorar... ¡Si al menos estuviera la Abuelita a su lado!...

El General la sentó sobre sus rodillas, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, y le explicó que se trataba de su bien solamente, y de hacer de ella una gran argentina, para honor de la Patria.

—¿Comprendes, Chiche?

—Sí, tatita.

Sólo que no se podía calmar. Sollozaba, y las lágrimas corrían y corrían por su carita triste.

—Pero ¿cómo? — preguntó el General, acariciándola, — ¿no quieres ser una gran argentina?

—Sí, tatita.

—Entonces ¿por qué lloras?

—Ya no lloro, ya no — contestó ella, dominándose. — Al contrario. Me alegro, y mucho. Yo sabré cumplir con mi deber.

—No hay satisfacción mayor en la tierra — la interrumpió, besándola, el general San Martín.

* * *

Y aquí termina la Primera Parte de esta historia de la infanta mendocina.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

EN UN COLEGIO DE BRUSELAS

EMPIEZA el año de 1825. Después de un grato viaje por Inglaterra, ya está en Bruselas, Merceditas, en la hermosa capital de Bélgica. Allí debe continuar sus estudios de la lengua inglesa. Y aunque está en tierra donde se habla francés, todo lo ha de aprender en aquella otra lengua: la aritmética, la geografía, la gramática. Hasta la religión le es ahora enseñada en inglés. A menudo le ocurre que no entiende jota. Para mayor complicación, mientras las clases son en lengua inglesa, en el recreo y en la calle, cuando la sacan de paseo, debe hablar en francés. Y se le hacen a la pobre unas confusiones terribles...

Debe estudiar mucho, muchísimo, sin otro alivio que el de los domingos. Los domingos, muy de mañana, una

maestra conduce a las niñas en fila, a la próxima iglesia — la de Santa Gúdula, — para que oigan misa. Es de ver entonces a la infanta mendocina, arrodillada, rezando por su abuelita y amigas de Buenos Aires.

Ella, sin embargo, prefiere los sábados a los domingos, porque es, por día sábado, cuando viene el general San Martín a visitarla. ¡Qué! No sólo a visitarla, sino también a llevársela por la ciudad, si reina buen tiempo. Eso sí: es necesario, para obtener este premio, que la conducta y aplicación de la niña en la escuela hayan sido perfectas.

Es lo primero que pregunta el General a la directora, delante de la niñita:

—¿Ni una falta?

—Ni una.

—¿Todo perfecto?

—Todo perfecto.

—Quiere decir que saldremos en seguida a pasear, y mañana a la tarde también — dice lleno de felicidad el Libertador.

—¡Qué lindo! ¡Qué lindo! — exclama entonces la criatura, batiendo sus manecitas. Sale en busca de su sombrero, vuelve y parte con su padre.

Terrible, era, en cambio, lo que pasaba cuando la directora estaba quejosa. En esos casos, el General se ponía muy serio. Merceditas se le acercaba como a pedir perdón; pero sólo obtenía palabras de reproche.

Y se disponía el General a marcharse.

—¿Me da un beso, tatita? — insinuaba ella, entonces, viéndole ir.

—No — contestaba él, aunque le doliera muchísimo. — Hoy no te besaré, ni vendré tampoco a buscarte para pasear contigo.

—¡Perdón, tatita!

—No debes pedirme perdón...

—¿Y qué debo hacer?

—Corregirte.

La niñita se quedaba pensativa, comprendiendo cuánta razón le asistía a ese maestro admirable que Dios había elegido para ella.

—Así que ya sabes — decía finalmente el General. — No hay perdón. O, mejor dicho, tú misma te lo debes alcanzar, estudiando y portándote bien. Ese es el único perdón a que puede aspirarse: el que uno mismo se conquista. Los perdones de favor, ni valen nada, ni sirven para nada. Hasta el sábado.

Y al otro sábado, como que no había incurrido en ninguna amonestación, la niña esperaba a su padre resplandeciente de felicidad, porque sabía que la directora lo recibiría con la gran noticia:

—Señor general: Ni una falta ni una queja.

—¡Perfectamente!

Y él se iba con su hija, bien fuese a recorrer calles, bien a los parques, bien a algún teatro de títeres.

Caminaban, y el General le decía:

—Tú sabes, hija, que yo aspiro a que seas, desde ahora, una mujercita que honre la nacionalidad argentina. Por

eso exijo que te portes como la mejor alumna del colegio. Y no sólo deseo que sepas bien la geografía y la historia, y que progreses en el piano. Todo eso está muy bien. Pero es necesario, además, que aprendas otras cosas, que son también muy importantes.

—¿Como cuáles, tatita?

—Como zurcir, coser y hacer un buen puchero. ¿No te parece que tengo razón?

Y la niña contestaba, convencida:

—Sí, tatita. Pero, en Bruselas, créame que nadie sabe hacer puchero... Tendremos que volvernos a Buenos Aires, si usted quiere que aprenda...

Ambos echaron a reír.

CAPITULO II

NOSTALGIA

La nostalgia es un sentimiento penosísimo que abate y entristece el ánimo de los que se hallan lejos de su patria y afectos. Merceditas conoció esta pena que tanto duele. Cuando por algún viaje que hiciera el general San Martín a Inglaterra u otro país cercano, o cuando sábado y domingo caían en tiempo desfavorable para las excursiones habituales; cuando por esos motivos su encierro en el Colegio se prolongaba más de lo co-

rriente, su corazón se llenaba de un dolor en que venían a mezclarse los recuerdos de la patria.

Al fin y al cabo, la infanta mendocina, aunque quisiera mostrarse tan mujer y sobreponerse a todo, apenas si andaba en los nueve años, edad en que otras criaturas juegan a las muñecas. En todo caso, sería mucho mejor estar con la abuelita, rodeada de mimos, haciendo su real voluntad en Buenos Aires, que verse como se veía en un colegio de Bruselas, encerrada, por más que esto último fuese tan conveniente para su formación.

Por esos días, después que se acababa de vestir, se quedaba mirándose en el espejo; mirando su bonita cara en óvalo, sus vivos ojos y su pelo renegrido. Se encontraba muy bien. ¡Lástima solamente ese uniforme suyo, feo y serio!... Ese uniforme abotonado hasta el cuello, en nada parecido a aquellos trajecitos tan monos que le hacían las costureras de allá, por encargo de doña Tomasa.

Momentos había en que ya se soltaba a llorar. Y era que se acordaba de tantas cosas queridas... Se acordaba, por ejemplo, de las misas y funciones religiosas en la iglesia de la Merced... Un sacristán iba y venía por el templo con una bandeja, pidiendo la limosna de los fieles. Su abuela, entonces, sacando una moneda de su bolso, le decía: *—Dale, niñita.* Y ella cumplía la orden de la abuela, no sin suplicar al Cielo que esa limosna valiese para el alma de su madre muerta.

¡Todo, todo tan distinto! Las casas eran muy diferentes de una ciudad a otra. En Bruselas, nada de aque-

llos anchos patios de las casas porteñas. Las piezas, empapeladas, y no pintadas simplemente; las puertas y los postigos, de otro tamaño, forma y color. Los visillos, diferentísimos. Los techos también distintos.

Ninguna costumbre parecida. Las criadas de la servidumbre, con unos vestidos como hábitos y con unas cofias de encaje a la cabeza. ¡En nada semejantes a las negritas de su casa! Las camas, las frazadas, las sillas: todo de otro estilo. Y en la mesa, ni los botellones, ni los vasos, ni los platos, ni nada que se pareciera a los objetos correspondientes de su mesa familiar. Y mucho menos la comida...

¡Qué sabores extraños, y desagradables, además! Ni qué pensar que algún día sirviesen locro, empanadas, o aquellos churrascos a que estaba hecho su paladar... Todo distinto y todo feo. Había que comer, sin embargo, para merecer el domingo salir con su padre a pasear.

En fin: lo cierto es que debía acostumbrarse y que hasta llegaría a gustarle todo eso. Pero, mientras tanto, ¡qué trabajo!

CAPITULO III

SOÑANDO CON BUENOS AIRES

PERO, de pronto, y cuando más parecía estar acostumbrándose al nuevo medio, soñaba con Buenos Aires, con sus amigas, con su abuelita doña Tomasa, con su

habitación, con su barrio... Al otro día se despertaba, y ¿qué venía a resultar?... Que todo había sido un sueño...

—¡Oh! — suspiraba. — ¡Y quién pudiera cantar en el patio de la vieja casa, las canciones de antes! Esas canciones que ahora nadie le sabría entender.

Un día, durante el recreo, les cantó a sus compañeras una canción de las de Buenos Aires, y no le gustó a ninguna. Bien es cierto que a ella tampoco le agradaban las canciones de las otras.

Otra noche soñó con el almacén de don Nicolás Corvalán. Soñó (y parecía la cosa más verdadera) que ya había vuelto con su padre, y que iba con él por la calle de la Esmeralda, donde estaba el comercio, y que le dijo su tatita:

—Entremos, hija, a ver si don Nicolás tiene harina de Mendoza. Si tiene, la haremos amasar a la negrita.

Y entraron. Y todos los que se hallaban en aquel lugar le decían al General:

—Señor Libertador: ¡qué bien ha hecho usted en volverse y en traer nuevamente a Chiche!

Y en eso, en lo mejor de la ilusión, la campana del Colegio, despertándola.

—Pero ¿cómo? — se preguntaba. — ¿Es posible que un cuadro tan real... haya sido solamente un sueño?

Y le volvía la nostalgia, si bien se le pasaba luego con la actividad de la clase: que trabajar siempre es bueno y no hay mejor remedio que el trabajo.

CAPITULO IV

POR LAS CALLES DE BRUSELAS

CLARO está que a Merceditas le gustaba pasear por Bruselas, con su ilustre padre, y a menudo con su tío también; por esas calles de Bruselas, no derechas y cruzadas en ángulo recto por otras, como las de Buenos Aires y las demás ciudades argentinas, sino trazadas en todo sentido; calles de las que doblan, describen líneas curvas o torcidas y se entrecruzan de diversas maneras con otras; calles de una edificación no formada tampoco de casas bajas como las de entonces, en Buenos Aires y Montevideo, sino siempre de edificios de muchos pisos.

¡Y qué rara la gente por esas calles y qué vestimenta más original, la de muchos! Gente que sin duda era muy seria por su edad y por su aspecto, andaba con raros trajes que a ella, francamente, le daban risa. Pero aquí no se reía nadie, y ella tampoco; porque el General le explicó, haciéndoselo entender muy bien, que las modas cambian mucho con los lugares. Ella misma acaso, ¿no había comenzado a vestir de otra manera?

A todo esto, en sus primeros paseos, buscaba algo que se pareciese, por ejemplo, a la Recova, al Paseo de la Alameda o al Fuerte de la ciudad de su infancia. Y con suma sorpresa no hallaba nada semejante.



Otras tardes iban del lado de la Torre Negra.

En cambio, encontró muchos otros edificios notables. Le encantaba pasar por la Plaza Mayor y quedarse un rato mirando el quiosco del centro, para seguir después por esas callecitas que llevaban (y siguen llevando en la actualidad) a un rincón donde se halla una estatuilla o gracioso muñeco, llamado el Menneken Piss, que es al mismo tiempo un surtidor.

También le agradaba a la infanta mendocina visitar iglesias, en que el General y el tío Justo le explicaban cada cosa y el origen e historia del templo. Le hacían contemplar los santos de bulto, los cuadros, los púlpitos hermosamente ornamentados. De este modo la niñita fué aprendiendo a admirar las obras de arte.

Otras tardes iban del lado de la Torre Negra, una construcción alta y puntiaguda, a cuyo tope flameaba una bandera. Esta torre le hacía acordar de un cuento que había oído contar, de una princesa encantada, y estaba segura de que si esto fuese verdad, su padre libertaría inmediatamente a la princesa, como había libertado a Chile y al Perú.

CAPITULO V

OTROS PASEOS

No olvidemos lo que más le gustaba a Merceditas: las jugueterías. ¡Esto sí que era hermoso en Europa! Veía en ellas, pianitos, rebaños de ovejas con sus pasto-

res, buques de la misma hechura de los que navegan, rompecabezas para hacer toda clase de figuras, muñecas muy bien vestidas, casi como personas... Sin embargo, ella se acordaba de una suya de trapo, y tal vez no la cambiaría por ninguna de esas otras que hasta decían *Mamá.*

Nadie pensaba, a todo esto, en comprarle ningún juguete. En el Colegio no hubiera tenido donde jugar. La llevaban tan sólo para que los viese. Por lo demás, ella no había ido a Europa – ya lo sabía – para jugar a las muñecas o a las casitas de pastores, sino para estudiar y hacerse una persona útil; de tal modo que quien la viese tan aprovechada, y al saber que era argentina, formase, a través de ella, la mejor idea de su patria.

Llegó el invierno. El frío es siempre un poco triste, y más cuando se está lejos de la casa. Para mayor tristeza, el frío de Europa se acompaña de nieve y neblinas espesas. Días enteros estaba cayendo nieve, o sucedía que la niebla no dejaba ver el sol. Entonces eran los días como una sola noche, al punto que había necesidad de encender las lámparas. ¿Cuándo había sucedido nada semejante en Buenos Aires?

A pesar de lo dicho, la estación invernal contaba también con no pocas alegrías. Cuando le tocaba salir con su padre, éste la llevaba a las afueras de la ciudad, a los lugares donde ya empieza el campo, y le hacía ver cómo se divertían los muchachos en los terrenos nevados, cómo hacían pelotas de nieve que al rodar se agrandaban, y cómo otros hacían estatuas o bonitas casas de techo de

tijeras, como para que enanitos de esos de las fábulas viviesen allí.

Vino el carnaval, finalmente, que en Europa cae en invierno, ¿y qué tal le pareció? ¡Señor! ¡Qué diferencia entre el carnaval de Bruselas y el porteño! En Buenos Aires se jugaba con agua; en Bruselas, con papel picado... ¡Y qué frío, entretanto! Bien mirado el asunto, los europeos hacían bien, sin duda, en no jugar con agua...

Pasó el carnaval, y a los primeros domingos del invierno, en que ella estrenó un abrigo de pieles que le sentaba divinamente, la llevaron, Tatita y el tío Justo, a la plaza de enfrente del Palacio Real para que presenciara el aparatoso cambio de la guardia, que se hacía entre músicas militares y vivo acompañamiento de tambor.

Y una tarde ¿qué fué lo que pasó? Una tarde lo que pasó fué esto: que Merceditas se dió el gran gusto de ver al rey. Primera vez que veía a un rey en su vida... Era, sí, el propio rey Guillermo, en su carroza de gala, entre soldados de caballería que lo custodiaban y le formaban escolta: el rey, que volvía a su palacio después de haber presidido un acto oficial.

CAPITULO VI

UNA LEYENDA DE LOS ANDES

No por vivir en el extranjero se olvidaba Merceditas, ni un solo día, de su patria. Al contrario: la tenía siempre viva en su corazón, siempre iluminada en su recuerdo. Por eso, cuando salía con el Libertador de paseo, ella prefería que él le hablase de la tierra argentina, de Mendoza, de los Andes...

—Tatita, por favor — le pidió una tarde, — cuénteme ahora ese cuento de la cordillera que una vez me prometió...

—¿Cuál?

—Ese cuento que explica por qué hay en los Andes unas piedras que parecen frailes capuchinos...

—Bueno, niña — consintió él, recordando su promesa, — te contaré esa historia que unos paisanos me contaron en los Andes, a la vista de ciertas piedras, realmente extrañas, que se pueden ver en la ladera de un monte. Piedras de tal forma y proporciones, que parecen, desde el camino, frailes encapuchados que, al ir repechando la cuesta, se hubieran puesto en oración; como, a su vez, otras rocas próximas semejan, por su aspecto y tamaño, baúles o petacas.

—¡Cómo me gustaría verlo! — exclamó la niñita.

—Pues bien — continuó San Martín, — cuentan los paisanos, para explicar este caso maravilloso, que allá en los tiempos de la dominación española, unos monjes capuchinos debieron emprender el paso de la cordillera desde Chile, para fundar un convento de su orden a este otro lado de las montañas. Y, como es natural, traían los viajeros diversos efectos de equipaje, provisiones y también monedas de oro y plata en varias petacas bien rellenas. Penoso fué el viaje y de larga duración. Pero, al verse los cansados peregrinos en las cercanías de Puente del Inca, o sea tan cerca de Mendoza, que era el punto a que se dirigían, comenzaron a cantar victoria, como se dice. Muy malamente lo pasarían, sin embargo, a manos de unos perversos bandidos, que les venían siguiendo las huellas para robarlos...

—¿Y usted, por qué no los socorrió, tatita, a los pobres capuchinos?...

Entonces riéndose, contestó el General:

—¿No te dije, criatura, que esto pasó en el tiempo de los españoles? Cuando dicen que esto sucedió, creo que yo ni había nacido... y ahora sigamos.

—Sí, sí. Los forajidos les venían siguiendo las huellas a los viajeros... ¿y qué pasó?...

—Los forajidos esperaron a que fuese de noche, y cuando todos dormían, cayeron sobre los frailecitos y los asesinaron, sin dejar ni uno con vida. Al otro día, con las primeras luces de la aurora, consumaron el robo, mientras se preguntaban los unos a los otros: — *¿Qué haremos ahora para que no nos prenda la autoridad?...* — Y uno

de los bribones aconsejó: — *Lo mejor será cruzar campo para salir al valle del Tupungato.* — *Perfectamente pensado* — opinó otro de los malhechores. — *Mas, para mayor seguridad, disfracémonos primero con los hábitos de los monjes.*

—¿Y se animaron, tatita?

—La leyenda dice que sí. ¡Así mismo lo verificaron! Estaba límpido el día cuando emprendieron el camino. No era de suponer que de pronto se cerrara el horizonte como se les cerró. Fué lo mismo que si, de repente, se hubiera hecho de noche. Duró no se sabe cuánto tiempo esa obscuridad y al aclarar nuevamente, bandidos y petacas estaban convertidos en piedras... De manera que nada tuvo que hacer la justicia de los hombres, según esta tradición, porque ya lo había hecho todo la justicia de Dios.

Dejó el general San Martín transcurrir buen rato sin agregar palabra, y Merceditas, profundamente conmovida con la narración, tampoco decía nada.

Finalmente, el General habló así:

—Estas leyendas se forman en la imaginación de la gente rústica, porque de algún modo se tienen que explicar ciertos caprichos y extravagancias (por no decir misterios) de la naturaleza. Pero es lo cierto, niña, que el viento y las lluvias son quienes hicieron, por un conjunto de combinaciones, esas semejanzas de monjes y petacas con las rocas...

A todo esto, como la infanta mendocina estaba cada día más suelta de lengua, así en inglés como en francés,

y emprendía relatos en los recreos sobre las cosas de su lejana patria, el lunes siguiente maravilló a sus compañeras con la leyenda de las rocas penitentes, que también repitió en la clase de geografía, con sumo agrado de la señorita maestra.

CAPITULO VII

HABLANDO DE ESPAÑA

Como Merceditas había notado que el General, siempre que hablaba de España (por ejemplo con su hermano don Justo), lo hacía con el acento del mayor cariño, y como, por otra parte, sabía que, siendo militar del ejército español, al igual que sus hermanos, su padre había peleado por España, la niña no entendía bien cómo más tarde había hecho armas contra la misma.

—Contra España, no. Contra el rey de España, que era un tirano, sí — le contestó una vez su tatita. — Un tirano que no tenía razón para seguir dominando en América, porque América había alcanzado ya la mayoría de edad y el derecho de gobernarse a sí misma. De idéntica manera, cuando una persona llega a la mayoría de edad, ya nadie manda en ella.

Después continuó diciendo el Libertador:

—Yo era militar de España cuando la invadió Napo-

león Bonaparte con los ejércitos franceses. Había que defender con las armas en la mano el sagrado derecho de España a su independencia. Después defendí ese mismo sagrado derecho de América.

Hubo un rato de silencio.

—La historia — prosiguió el General — es un tejido muy curioso de hechos. Si España no hubiera sido invadida por el emperador Napoleón, América habría tardado mucho tiempo en ser libre. Pero, ocupada la madre patria por los ejércitos de Francia y cautivo el rey de España, los pueblos de América vieron llegar la hora de la libertad. Entretanto, defendiendo a España bajo las órdenes del general Castaños, aprendí yo el arte de la guerra. El me enseñó también a tener paciencia, a saber esperar la hora justa, a organizar primero y a hacer después. Me enseñó todavía algo más: ¡a pelear con alegría!

El vencedor de Maipú se quedó unos instantes a la vez sonriente y pensativo, como si muchos recuerdos se le ofreciesen a la memoria.

—La guerra del general Castaños contra Napoleón — dijo al fin, — esa guerra en que yo tuve mi escuela de oficial, fué, te repito, una guerra alegre, llena de la alegría del deber gloriosamente cumplido. En el campamento abundaban las guitarras. ¡Cómo se cantaba y se bailaba, criatura!

—¿Bailaban?

—Bailábamos y cantábamos, sí. Así es España, niña. Heroica y sencilla. Heroica, como quien no le da impor-

tancia al heroísmo, como quien hace lo que todos los días...

CAPITULO VIII

DE LA DANZA AL COMBATE

Así, entonces, que en el campamento del general Castaños se lo pasaban de baile... – dijo otra tarde la criatura por sacar aquella misma conversación, referente a los tiempos en que San Martín peleó en España.

–Te diré, niña – aclaró entonces el General. – Bailábamos algunas noches después de los ejercicios.

–Bueno. Muy bien. Y las mujeres para el baile (porque no bailarían solos unos soldados con otros), ¿de dónde las sacaban?

–Venían de las aldeas o caseríos próximos, sin que las llamáramos. Venían al campamento, comprendiendo que, en tiempo de guerra, la misión de la mujer es animar al soldado.

La niña escuchaba feliz.

–Voy a darte ahora otra noticia relacionada conmigo, hija mía – dijo aún San Martín. – ¿Quieres tú saber cómo nos llamaban en España los que en lugar de alzarse contra Napoleón se prosternaron a sus pies? Nos llamaban los *insurgentes*. ¡Tan luego ellos!

—¡Qué gracioso, tatita! Lo mismo que lo llamaron después en América.

—Lo mismo. Mi destino ha sido que me llamen siempre insurgente. ¿Por qué? Por haber defendido siempre la libertad. Desde antes de Bailén, que es el nombre de la primera gran victoria española sobre los franceses, recibo esa denominación...

Hubo un silencio.

—A propósito de Bailén, tatita — habló la infanta mendocina. — ¿Por qué usted cuando hace mucho calor, dice siempre: Esto parece Bailén?

—Pues porque el día de esa batalla fué espantoso. Tal vez no se sintió nunca en la Península un calor tan infernal. ¡Qué horno desde por la mañana! ¡Qué llamarada el aire a mediodía! Si la batalla de Bailén no comienza, como comenzó, con las primeras luces del alba, creo que dejamos la pelea para mejor oportunidad. ¡Qué incendio! ¡Qué quemazón!

—Y a los años... ¡qué frío en los Andes! — reflexionó Merceditas.

—Así es — reconoció él. — Dios ha querido que yo pruebe los más fuertes ardores del sol y las más bajas temperaturas del planeta en mis trabajos por la libertad.

—En premio por tantos afanes — dijo entonces Merceditas, acariciando el rostro de su padre — yo le voy a dar un beso, señor insurgente.

Y a la verdad que con los besos de su hija se sentía inmensamente feliz el vencedor de Chacabuco.

En eso, una nube muy negra se cruzó en el destino de padre e hija. Era que la muerte parecía venir por Merceditas.

CAPITULO IX

AL BORDE DEL SEPULCRO

SABEMOS que Merceditas realizaba notables progresos en su colegio: notables progresos en todas las materias, sin descuidar tampoco las lenguas extranjeras, ni el dibujo, ni la música, ni la pintura al óleo. Así llegamos a marzo de 1827, o sea que han transcurrido ya para esa fecha casi tres años desde la llegada de nuestros amigos.

Ahora bien, ese mes de marzo que dijimos va a ser muy penoso para Merceditas y su padre.

Un día, en el internado de Bruselas donde la niña estudiaba, se dió un caso de escarlatina en una de las educandas. La directora llamó médico sin demora. El médico, haciendo presente que se trataba de una enfermedad de las más contagiosas, dispuso todas las medidas que la ciencia aconsejaba entonces para evitar la propagación del mal. Fueron más sin embargo los temores que las esperanzas.

—Muy difícil ha de ser que no se repitan los casos — manifestó al salir el facultativo.

¿Se correría, pues, el contagio y enfermaría también Merceditas? Por desgracia, así fué.

Y bien. Enfermar en un internado, donde todo es tan serio, es algo muy distinto a caer enferma en la propia casa, rodeada de mimos, para una niña que sólo cuenta diez años. Hay que tomar sin protesta unos remedios feísimos. Hay que obedecer a la enfermera. Hay que renunciar a cualquier capricho.

El general San Martín quedó en aflicción grandísima desde que supo el peligro que corría *su Chiquita, la Chiche de su alma,* que realmente era por encima de todas sus glorias, el mayor bien de su vida.

—¿Y..., doctor? — preguntaba al médico. — ¿Se salvará mi criatura?

—Estoy luchando y lucharé con todos mis recursos — respondía aquél. — Pero... ¡quién sabe!

Y a la verdad que la criatura se agravó tanto que estuvo "a las puertas del sepulcro".

Con aquella fiebre altísima, se le confundían las ideas a la enfermita. Se creía por momentos no en Bruselas sino en Buenos Aires. Daba en suponer que una enfermera de cierta edad que empezó a prestar servicios era su abuelita doña Tomasa. Si éstas eran sus impresiones estando despierta, júzguese lo que debían ser cuando se dormía con la agitación propia de la fiebre y soñaba... Entonces lo veía al General dando batallas, o se figuraba que navegando otra vez en *La Josephine,* pero rumbo a la patria, los tomaba una tempestad horrible.

Pero lo más del tiempo lo pasaba como en un sopor, Merceditas.

Así transcurrió como un mes, hasta que al asentarse con abril la primavera, la criatura comenzó a mejorar. Se diría que las flores, que todos los días le llevaba su padre, la curaban más que los remedios.

Pasó todavía un tiempo más. El doctor declaró un día que la niña podía levantarse y dar unos pasos en el patio. Estaba muy flaquita, de veras muy flaquita, pero tenía ya la sonrisa dichosa de la convalecencia.

Por lo demás, como venía el verano, San Martín llevó consigo a su hija para que pasara con él las vacaciones, y en pocos días más la criatura se robusteció, y, de tan rosada que se puso, daba placer mirarla.

El general San Martín, viéndola tan sana, volvió a conocer la felicidad.

CAPITULO X

LA LOCA DE LA GUARDIA

OIGA, tatita, ¿y el cuento que me prometió?... — exigió un día la niña que aprovechaba el estar cerca de su padre para hacerse relatar por él, que lo hacía tan bien, antiguas historias de la patria. — ¿Y el cuento de la loca de la Guardia?

—Muy bien. Te cumpliré la promesa — le respondió aquél. — Pero no es cuento, niña. Es historia. Es una historia de guerra. Una historia de la guerra de los Andes, de cuando los preparativos de Chacabuco. Así que... atención.

Y la niña se volvió toda oídos para no perder palabra de la narración, que fué como sigue:

—La loca de la Guardia era como un fantasma. Por lo menos, esa fué la primera noticia que de su existencia tuvimos. Era como un fantasma que se aparecía por los desfiladeros, aquella mujer en andrajos, errante por las soledades andinas. Contaría veinte años, lo más. No obstante su juventud, mostraba el rostro marchito, por efecto, sin duda, de un gran dolor. Era más bien hermosa. En cuanto a sus ojos habían tomado esa expresión extraña de los enfermos mentales. Así era.

—Me parece que la estuviera viendo. Siga, tatita.

—Sigo. Palomas y gallinas andaban siempre detrás de ella; palomas y gallinas a las cuales arrojaba, de cuando en cuando, puñados de maíz o migajas de pan. Se figuraba que esas aves eran sus tropas. Decía que bajó del cielo a pelear en la gran guerra de los cóndores contra las serpientes. Llamaba cóndores a los libertadores y serpientes a los opresores y los déspotas. También decía que yo era el cóndor mayor.

—¿Y cómo la llamaban loca cuando decía cosas tan bien dichas? Pero siga, tatita. No lo volveré a interrumpir.

—Como es natural, no daba el nombre de serpientes a

todos los españoles sino a los que directamente oprimían al pueblo y en especial a Zambruno y a sus hombres, porque este Zambruno – jefe español odiadísimo en Chile por sus fechorías – la había hecho víctima de atrocidades horribles. Zambruno y sus hombres le habían asesinado a su marido y degollado al hijo en la cuna. Desde entonces la infeliz, que se llamaba Teresa, enloqueció. Y rugía por los caminos de la cordillera esta maldición, entre sollozos: "¡Miserable Zambruno, serpiente vil! ¡Llegará el día en que me venguen los cóndores!"

–¡Y claro que la vengaron los cóndores! ¿No es cierto?

–Ten un momento de paciencia, y lo sabrás. La loca guardaba la calavera del que fué su marido. "¡Un día serás vengado, Rafael!", le decía. "Y entonces hasta creo que resucitarás..."

–¡Pobre Teresa!

–La verdad es que la loca, en cierto modo, se incorporó al ejército, y llegó a ser la baquiana más segura para nosotros, como que conocía los Andes cueva por cueva y escondrijo por escondrijo, allá por la proximidad de la Guardia Vieja, lugar al que debía su apodo de *la loca de la Guardia*. Ahora bien: la loca gozaba de una libertad completa y podría decirse hasta que tenía sus propios planes militares. Muchas noches se sabía que andaba cerca por el ladrido de los perros. Lo que yo sé decirte es que la patria le debió muy buenos servicios.

–¿Sí?

–¡Ya lo creo! Ella fué la que nos salvó en Chacabuco de una espantosa derrota, que hubiera sido la fatal conse-

cuencia de no haberse cumplido debidamente las órdenes mías. Gracias a ella, que le señaló el camino más corto, pudo el general Soler llegar a tiempo de atacar el flanco enemigo. Sin esta carga, estábamos perdidos... Decía Soler que llevaba entonces la loca una buena cantidad de plumas de cóndor en la cabeza...

—¿Y después de Chacabuco?

—Te diré. Antes y después de Chacabuco, la loca estuvo en más de un tiroteo y combate. Pasada la lucha, desaparecía. Lo que no quiere decir que estuviera inactiva. Ella volvía entonces a su especialidad, que era espiar los movimientos de las tropas enemigas. Cuando sabía algo digno de ser comunicado a los patriotas, ella misma traía la noticia. Siempre, eso sí, como un fantasma. Digo esto, porque su hora de llegar al campamento era la del canto del gallo, noche obscura todavía, antes del toque de diana.

—Tatita... ¿y se curó la loca cuando por fin los cóndores vencieron a las serpientes de Zambruno?

—Sí, querida niña. Se curó. Y hasta volvió a ser bonita. Se casó otra vez y fué, dicen, muy feliz.

CAPITULO XI

AQUELLAS VACACIONES

En las afueras de Bruselas, a cosa de tres cuadras de toda edificación, tenía San Martín la casita de campo en que vivía con su hermano Justo. Allá fué donde Merceditas vino a pasar sus vacaciones, ya completamente recobrada su salud.

¡Qué gusto el de la niña esos días de descanso, al ver a su padre tan contento, desde las primeras luces, cultivando su jardín, o dedicado a la carpintería, que tanto le agradaba, en el tallercito de que para su entretenimiento disponía!

Merceditas era quien le servía el desayuno al General, que después se entregaba, al promediar la mañana, a leer y contestar las cartas de América, poniendo semblante serio o plácido, según las noticias que las cartas trajesen.

Un día de esos oyó Merceditas que su padre soltaba una ruidosa carcajada. Entró corriendo en el despacho, atraída por la risa.

—¿Qué pasa, tatita? ¿De qué se ríe?

—De esta carta, niña. De las tonterías que corren acerca de mí en nuestra patria. Mira lo que me dice aquí desde Mendoza un viejo amigo.

—A ver...

—Toma...

Y leyó la niña:

"Por acá se anuncia con certeza que usted se ha ca-
"sado con la hija de un lord de Inglaterra; otros dicen
"que con una joven de la familia de Borbón..."

Merceditas se echó a reír también de muy buena gana.

San Martín era feliz en esos días. Además, se llamaba el hombre más poderoso de la tierra.

—¿Cómo dice, tatita? — le interrogó la infanta mendocina, al oír esto, una tarde.

—Lo que oyes, hijita. Soy el hombre más poderoso de la tierra, porque no teniendo caprichos y viviendo con esta sencillez, me sobra con lo que tengo.

Una mañana que Merceditas se levantó más temprano que de costumbre, halló a su padre dibujando.

Le preguntó:

—¿Qué hace, tatita?

—Ahora — respondió él — hago el croquis de la batalla de Maipú. Esos otros que están sobre aquella mesa, son los de San Lorenzo y Chacabuco.

—¿Y para qué los hace?

—Los hago para el general Miller, que escribirá un libro sobre aquellos hechos. Y lo escribirá porque esos hechos son de los que se llaman faustos, es decir gratos, especialmente gratos, a la humanidad. ¿Sabes por qué? Porque sirvieron para libertar a los hombres.

—Tatita — preguntó la niña, — y de Cancha Rayada, ¿qué va a decir el general Miller?

—Tendrá que decir que esa sorpresa en medio de la

noche no sirvió para nada al enemigo. "Está bien", dijimos todos, a pesar del desastre. "Algo más tienen ahora que perder nuestros adversarios: sus nuevas esperanzas".

Así pasaba sus vacaciones con el Héroe, Merceditas de San Martín.

CAPITULO XII

¿Y CUANDO VOLVEREMOS A LA PATRIA?

Soy feliz – expresaba el prócer, como sabemos. Pero añadía:

–Lástima que no nos hallemos todos, inclusive Justo, en mi finca de Mendoza. ¡Allá sí que me sentiría en el paraíso!

–¿Y por qué no nos vamos, entonces?

Ante la pregunta de la niña que denotaba un vivo anhelo de su alma, el General se explicó. Eran necesarios dos años más para que Merceditas completase sus estudios. También convenía que viajase un poco más por Europa. Que conociese París... Y hecho esto ¡a Buenos Aires! La niña volvería entonces a ver a su abuelita, a sus parientes, a sus amigas que ¡cómo estarían de grandes!, en tanto que el General, cuando no debiera permanecer en Buenos Aires, lo pasaría en su chacra de Mendoza, tan querida.

—Todo esto a condición — ponía muy en claro el General — de que para ese tiempo las Provincias Unidas se hallen unidas de verdad y no incendiadas por la guerra civil...

—¡Quiera Dios! — suspiraban entonces Merceditas y Eusebio.

¿Y Eusebio? Sí: Eusebio, el indiecito Eusebio que viajó con San Martín y le servía mate a bordo; el excelente indiecito que continuaba sirviendo al prócer, y que se alegraba tanto como el que más a la idea de volver, porque en ese país de Bélgica se hallaba muy poco a gusto. Apenas si había logrado aprender unas pocas palabras de francés..., y está dicho todo.

Mas no sólo Merceditas y Eusebio se alborozaban con la idea del regreso. El que también daba señales de sumo agrado, como si entendiera, apenas se hablaba de volver a América, era otro amigo nuestro que bastante olvidado hemos tenido: *Guayaquil*, el famoso perro de aguas. En esas ocasiones, el inteligente *Guayaquil* iba, venía, saltaba a todos, salía corriendo y ladrando a la carretera, como para contar el caso a los otros perros de la vecindad.

Poco tiempo más disfrutó Merceditas junto a su padre. Acabadas las vacaciones, debió reanudar su vida de colegio. Y lo hizo con placer. Ya tenía hondos cariños en esa casa donde todos la amaban.

En cuanto al General, dejó la quinta de las afueras, y se mudó al propio centro de la ciudad. La nueva casa estaba en la *Rue de la Fiancée* (calle de la Novia) 1422.

Le hizo gracia el nombre de la calle a Merceditas, que aún no había conseguido acostumbrarse a las rarezas de ese estilo en que abundan las ciudades europeas.

CAPITULO XIII

MALAS NOTICIAS

San Martín vivía muy atento a que su niña estuviera siempre al tanto de los sucesos de América, y en particular, informada de los acontecimientos del Plata.

Allá como a mediados de 1826 llegaron malas nuevas. El viejo conflicto entre las Provincias Unidas y el imperio del Brasil por la posesión de la Banda Oriental del Uruguay, que el dicho imperio se había anexado, dándole el nombre de Provincia Cisplatina, desembocaba en la guerra. El Brasil no era todavía una república gobernada por sus hijos. Era una monarquía, y el monarca, un europeo. Por eso hubo guerra. De haber sido, en cambio, ya entonces el Brasil una república gobernada por un ciudadano brasilero, de seguro que se evita el choque armado, triunfando así la hermandad americana.

Merceditas recordaba que en Río de Janeiro, cuando pasaron rumbo a Europa, el General le había explicado que la situación era muy grave.

Se acordaba muy bien de la conversación con su padre.

—¿Muy pronto será esa guerra, tatita? — preguntó ella.

—Me parece que sí. No hay manera de evitarla — respondió él.

—¿Y quién la va a ganar? — volvió a preguntar ella.

A lo que respondió él, con seguridad y firmeza:

—Nosotros.

Ahora se cumplían las palabras de San Martín. La guerra estallaba, y por desgracia él se encontraba muy lejos, sin posibilidad de servir, por el momento a lo menos, a su patria en peligro.

Poco después llegaron noticias de otro orden, también malas, en una carta de Mendoza. Su mayordomo, según le escribían, quedaba tan enfermo que estaba a punto de fallecer. Era urgente que el General volviese al país, para que resolviera lo más ventajoso respecto de su chacra mendocina y de su casa porteña.

Entonces decidió embarcarse. Pero tenía que hacerlo solo, dejando a Merceditas, cuyos estudios no quería en forma alguna interrumpir. Por fortuna, la niñita se sentía muy dueña de sí, aunque apenas anduviera por los doce años. Por otra parte, no quedaría desamparada, tampoco. Don Justo de San Martín, su tío, estaría muy cerca de ella; y hallaría asimismo protección y consuelo en las muchas amistades que ya había formado y en el cariño que su directora y maestras le profesaban.

Sin embargo, cuando su padre le comunicó que partiría, Merceditas, que tanto se había ido apegando a su

padre, a quien con toda el alma adoraba, se echó a llorar. Y con razón. Como que no es juguete separarse del ser más querido por mucho tiempo quizás, a tan tierna edad, y quedarse en un internado a 2.500 leguas del suelo de la patria, con todo el océano al medio...

Pensando en todo eso se echó a llorar, Merceditas. En cuanto a San Martín lloraba por dentro, como se dice.

Pero había que partir. Por ese tiempo se empleaban dos clases de barcos para cruzar el Atlántico: los llamados *paquetes de pasajeros,* donde se daba muy buen trato y se viajaba con relativa rapidez, y los simples barcos mercantes, que tenían fama de pésimos. Para conseguir camarote en un paquete, el General se trasladó a Londres, y allá se embarcó en el *Chichester,* uno de los mejores destinados a Buenos Aires. No dió su nombre de José de San Martín, tan conocido y glorioso. Por pasar inadvertido dió por apellido el materno, de modo que figuró en el viaje como José Matorras. No iba solo. Le acompañaba Eusebio, a quien no seguiremos llamando el indiecito, porque ya estaba hecho todo un mozo, sino que nombraremos con todo su nombre, que era el de Eusebio Soto.

Ahora bien. Antes de salir de Bruselas, tuvo San Martín con su hija una conversación que debemos conocer. La referiremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV

LAS MAXIMAS PARA LA HIJA

De un largo viaje se vuelve o no se vuelve. En un largo viaje se puede uno morir. Además, el mar es siempre la imponente imagen de un ilimitado peligro y la navegación se ofrece dudosa en todos los tiempos por las tormentas y borrascas en que abunda el océano. Si aún hoy, con tanta seguridad como presentan los buques, ocurre así, pensemos lo que allá por 1828 sería.

San Martín, como es natural, se puso en todos los casos. Podía suceder — ¿por qué no? — hasta que no volviera. Estando como estaba en guerra su país, cabía en lo posible que le tocase cumplir deberes militares; y bien sabido es que en las batallas San Martín se lanzaba a lo peor de la pelea, allí adonde era más brava, exponiéndose a morir al frente de sus escuadrones. Podía suceder, por consiguiente, que no volviese...

Por otra parte, ya no estaba tan joven. Por lo menos, sentía disminuir los bríos. Hacia fines de abril de ese año le había empezado un fuerte ataque de reuma a la pierna izquierda. Debió caminar con bastón, varias semanas, como un anciano. Queriendo llamarse achacoso, dió en decir que no era raro que enfermase, puesto que en casa vieja todas son goteras...

Mejorada su salud y resuelto el viaje, como dijimos, el General, por despedirse de su hija, fué al colegio, la pidió para llevarla con él de compras, y por final de jornada, la sacó a pasear en coche por las más hermosas calles de la ciudad.

Durante el paseo, el General le habló así:

—Niñita mía, nadie es dueño de su vida y menos cuando viaja por mar y cabe todavía en lo posible tener que cumplir deberes de guerra. En consecuencia, hija mía, y para el caso de que Dios hubiera dispuesto que nunca más nos veamos...

—¡Oh, no! ¡Eso no, tatita! — le interrumpió ella con la voz sofocada por un sollozo.

—Para ese caso, digo — prosiguió él, después de besarla muchas veces, — quiero dejarte unas máximas, es decir unos consejos, en cuyo cumplimiento estricto creo firmemente que hallarás la felicidad. No basta que mis hermanos y la señorita directora velen por ti en mi ausencia. Es preciso, además, que tú misma veles por tu dicha. Quiero darte ahora, conversando, esas máximas, que también te dejaré por escrito. Préstame atención.

Y la niña, con toda su alma puesta en el deseo de no perderle palabra a su padre, respondió:

—Ya lo escucho, tatita.

CAPITULO XV

LAS RECOMENDACIONES DEL HEROE

Y entonces dijo el Héroe:

—He aquí mis recomendaciones, hija mía. La primera: que sea siempre dulce tu carácter, nunca irascible, jamás violento. Que te muestres sensible aun para con los insectos. ¡Qué criatura tan dulce! Eso quiero que todos digan de ti. ¿Harás cuanto puedas por conseguirlo?

—Sí, tatita.

—Segunda recomendación: que ames la verdad, que la ames tanto como odies la mentira. Porque no basta inclinarse a la verdad sino que debe desterrarse por completo la propensión a la falsía. ¿Amarás, pues, la verdad, sin hacer ninguna concesión a la mentira?

—Sí, tatita.

—De ello te vendrán muchos bienes. Siempre te hallarás cómoda y honrada, porque amar la verdad es el verdadero principio de la honradez.

Hizo una pausa.

—Tercera recomendación: que seas buena amiga. ¿En qué forma?, me preguntarás. Sabiendo unir siempre la confianza al respeto. Toda falta de respeto en la amistad es una falta muy grave. Si el amigo no recibe de otro

amigo el aprecio, ¿de quién lo recibirá? Creo que te das cuenta clara de lo que digo.

—Sí, tatita.

—Cuarta recomendación: que si llegas a merecer la confianza de una amiga — o de un amigo, — sepas guardar los secretos que en el seno de la amistad se te confíen. Nada existe más sagrado para un alma honrada que el secreto ajeno. Nada tan bello como saberlo guardar. ¿Comprendes bien todo esto y lo sabrás cumplir?

—Sí, tatita.

—Quinta recomendación: que seas caritativa. Hay mucho dolor en el mundo. Sin demora debemos socorrer al prójimo en su aflicción: con dinero, con actos, con palabras de consuelo, en todas las formas que el espíritu de caridad nos aconseje en cada caso. Sé que eres caritativa, que siempre lo has sido, que siempre lo serás. ¿No es cierto, hija?

—Sí, tatita.

—Sexta recomendación (en ocasiones muy difícil de poner en práctica): que seas tolerante con las ideas ajenas... Porque igual derecho que el tuyo, por ejemplo, a ser republicana, como sin duda lo eres, deberás reconocer en otro a ser monárquico. El que otro no piense como uno, ¿es motivo para que le odiemos? ¿Debemos romper la amistad con el que antes estimábamos y queríamos por un simple cambio de opinión? Francamente, hija, proceder así es cosa horrible. Que seas tú de las personas tolerantes...

—Sí, tatita.

—Séptima recomendación: que seas suave, suavísima, en el trato con los criados, con los necesitados, con los ancianos. La dureza para con aquellos cuya existencia es ya muy dura me parece realmente una mala acción. Una mala acción en que tú nunca incurrirás. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, tatita.

—Octava recomendación: que no te dejes nunca seducir por el lujo. Ama el aseo y la natural compostura: esto sí. Pero desprecia el lujo. Si te rindieras a él, entonces rodarían por tierra mis recomendaciones anteriores, porque la persona vanidosa que vive para la ostentación, ni es buena amiga, ni sabe guardar un secreto, ni piensa en socorrer al pobre, ni puede vivir seriamente para la virtud. ¿Admitido?

—Sí, tatita.

—Novena recomendación: que seas formal en la mesa. La hora de comer debe ser siempre, de algún modo, la hora de agradecer a la divinidad el sustento. De ahí que, mientras toda alegría sana debe aceptarse, toda jarana indigna debe ser entonces rechazada. ¿No es verdad?

—Sí, tatita.

—Décima recomendación: que no hables mucho, que no te derrames en palabras. Por el contrario: que hables poco y lo preciso. Así pensarás bien lo que digas. El gran negocio de la vida es oír, no es hablar. Oyendo, cuando sabemos elegir las amistades, aprendemos siempre. Hablando, dejamos de aprender. Que tú seas, niña, de las que no hablan mucho. ¿Prometido?

—Sí, tatita.

Todas estas perfecciones quería para su hija San Martín y para toda niña argentina

CAPITULO XVI

EL VIAJE

El viaje que hizo San Martín a la patria no debe contarse entre los viajes felices. Llegó a la propia rada de la histórica ciudad argentina. Volvió a contemplar desde el río la hermosa vista que Buenos Aires presentaba. Mas no bajó. No bajó, porque la guerra civil había estallado de nuevo en las Provincias *Unidas* del Sur... El coronel Dorrego había sido depuesto del cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires, por un golpe militar que encabezó Lavalle, con las tropas que traía procedentes de la recién acabada guerra con el Brasil. Depuso a Dorrego, éste se corrió a la campaña en procura de fuerzas, dió batalla, fué vencido, y Lavalle, por la más sombría de las equivocaciones, ordenó su fusilamiento.

Pues bien. A una tierra empapada en sangre de hermanos, a una tierra donde todo eran pasiones desbocadas, no bajaría el general San Martín. El mismo lo ha contado en una carta: "Supe en Río de Janeiro — expresa-

"ba – de la revolución encabezada por Lavalle; en Mon-"tevideo, el fusilamiento de Dorrego... Entonces me de-"cidí a permanecer en el paquete y por nada desembar-"car. Mi sable... no... jamás se desenvainará en gue-"rras civiles". Dejaba de atender sus intereses, pero continuaba fiel a sí mismo.

En Montevideo sí bajó, como si el destino hubiera querido que asistiese, para impartirle su bendición, al nacimiento de la nueva nación uruguaya como pueblo independiente.

San Martín recordaba siempre con gratitud esas semanas.

—Los orientales – decía – me colmaron de atenciones, comedimientos y cortesías. El Gobierno, para honrarme especialmente, me señaló un alto jefe como ayudante militar. ¡Qué no hicieron en mi obsequio los uruguayos! Me brindaron dinero, comodidades, fiestas, y hasta celebraron con un baile el día de San José, para festejarme el Santo...

Tuvo otra satisfacción el prócer (satisfacción de americano) en la ciudad que fundó Zabala: fué la de verificar que, a pesar de tantas dificultades, revoluciones y guerras, algo progresaban esos pueblos del Plata, como lo probaba el hecho de que Montevideo acabase de inaugurar un faro.

Resuelto a no quedarse en tierras de América, el General emprendió el regreso a Europa en el mismo barco que lo había traído. Pero, ya en suelo inglés, debía sufrir otra dura prueba. En marcha a Londres para diver-

sos asuntos de importancia, volcó la diligencia en que viajaba. Iba él con el brazo izquierdo apoyado en una de las ventanillas del coche, y al producirse el percance, un grueso trozo de vidrio, que se rompió, vino a abrirle una profunda herida en dicho brazo. Profunda y dolorosísima herida que apenas si podía atender en la constante premura de continuar el viaje.

Así, con el brazo en cabestrillo, dejó Inglaterra el General, siguió a París, pasó a Bruselas, y allí, por fin, se halló de nuevo con su hija.

CAPITULO XVII

¿TE ACUERDAS, NIÑA, DE MARIANO BALCARCE?

En medio de sus muchos padecimientos físicos y morales, provenientes aquéllos del dolor de su brazo lastimado y éstos de las tristes circunstancias que enlutaban a la patria, San Martín halló un consuelo: el de los cuidados que le prodigó la hija, la cual, que ya había terminado sus estudios, se fué a vivir bajo el paterno techo. "Hace tres meses que no he salido de mi habita-"ción – le escribía San Martín a O'Higgins, – en razón "de mi herida; y en esta situación he llegado a apreciar

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

"lo que valen los consuelos que me ha proporcionado "mi tierna hija".

A todo esto, Merceditas había ya terminado sus estudios, como dijimos, y de reinar la paz en el Plata, sólo correspondería efectuar el ansiado regreso. Pero bien sabemos que la paz no reinaba en el Plata. Había, pues, que permanecer en Europa, donde la niña completaría su cultura realizando viajes, leyendo obras maestras, visitando museos.

Una mañana, mientras Eusebio Soto cebaba el acostumbrado mate, se acordó el General, haciendo memoria de su paso por Londres, del más atento joven que se hubiera podido encontrar: don Mariano Balcarce, agregado a la legación argentina. Era hijo de un camarada de armas de San Martín: hijo del general don Antonio Balcarce. Y aunque todos los miembros de esta ilustre familia tenían por característica ser muy estirados, secos y graves, Mariano agregaba a todas sus buenas condiciones, la más viva simpatía en sus maneras y trato. A ese joven fué a quien San Martín encargó el más escrupuloso cuidado con las cartas que por intermedio de la legación argentina en Londres (que era el camino más corto, por la afluencia de buques) pudiesen llegar para su hija Merceditas. A lo que el joven contestó que pondría suma atención en el cumplimiento de ese encargo, tanto más cuanto que Chiche era su amiga de la infancia.

—Y tú, ¿te acuerdas de él? — preguntó el Libertador. Entonces no pudo menos de sonreír con picardía Mer-



El joven Mariano Balcarce fué a Bruselas a entregar las cartas a Merceditas en propia mano.

ceditas. Porque es lo cierto que, apenas llegaron a Londres cartas para la niña, el joven Mariano Balcarce emprendió viaje a Bruselas para entregárselas en propia mano. Tenía por ese tiempo la niña poco menos de catorce años, pero ya era muy vivaracha y mujercita. Empezaron a hablar en la salita del internado, salieron juntos otra tarde con el tío Justo, y recordando muchos graciosos casos de cuando eran niños, se fueron dando cuenta entre palabra y palabra de que nacía entre ellos una gran simpatía, como cuando dos van a ser novios...

¡Y le preguntaba ahora el padre a la hija si se acordaba de Mariano Balcarce!

—Mas... ¿por qué sonríes, infanta mendocina, con ese aire picarón? — acabó de interrogar San Martín a su niña.

—Es que...

Y entonces la infanta, con la cara encendida por el rubor, le contó, como pudo, lo que entre ellos pasaba. De lo que San Martín recibió sumo agrado, pues por uno de esos misterios del corazón paternal, fué ver a Mariano Balcarce en Londres y adivinar que sería su yerno: ¡qué hasta en ese orden de cosas era genial San Martín!

Por el momento, sin embargo, el General ocultó su alegría y cambió de conversación.

CAPITULO XVIII

REVOLUCION EN BRUSELAS

De memoria de vivientes — si hemos de decirlo con palabras de San Martín, — no se recordaban fríos más horrorosos que los de ese febrero de 1830, que coincidieron, para peor, con las penosas curaciones que su brazo herido exigía. Pero fué entonces también, como sabemos, cuando el Libertador pudo escribir a su amigo el insigne general O'Higgins estas palabras henchidas de íntima satisfacción: "En esta situación he llegado a apreciar lo que valen los consuelos que me ha proporcionado mi tierna hija".

Los fríos y las hambres, cuando azotan con inclemencia a los pobres, suelen traer revoluciones consigo. Fué lo que sucedió en la ciudad del Sena y el Escalda.

—¡Qué! ¿Revolución en Bruselas? — se preguntaban todos con sorpresa en Europa, acostumbrados a la sufrida serenidad de los belgas.

Sin embargo, toda una revolución había estallado en la capital de Bélgica y hasta una guerra civil se preparaba. Los belgas, que venían formando parte del reino de los Países Bajos, proclamaban el 24 de agosto de ese dicho año su decisión de separarse.

Sí. Había revolución en la pacífica Bruselas. Se com-

batió en muchos barrios; resonó la fusilería; tronó el cañón. Se hablaba de muchos muertos y considerable cantidad de heridos. Pocos días después, los revolucionarios adoptaban disposiciones para emprender la guerra de su independencia nacional.

San Martín comprendió que debía dejar la ciudad con su hija. Y en los preparativos correspondientes estaba, cuando una tarde ve Merceditas, llena de extrañeza, que señores con el aspecto de personas muy importantes llegan a la puerta de su casa (allá en la calle de la Novia, 1422), preguntando por el *general* San Martín.

¿Por el *general* San Martín? ¿Y cómo sabían esos señores que San Martín era general, si éste, con su habitual modestia, nunca hacía valer su título ni su nombradía? No obstante, esos señores sabían perfectamente de quién se trataba. Méritos y glorias de significación tan vasta como los de un héroe libertador de naciones no se esconden por mucho empeño que se ponga en lograrlo.

—¿Está el señor general? — preguntaron.

A Merceditas, a la verdad, le entró recelo, por las circunstancias presentes. ¿Qué podía ser lo que esos señores deseaban? ¿Qué podían querer con su padre esos caballeros?

Merceditas los hizo pasar. Minutos después los recibía San Martín en la sala.

Mientras dura la conferencia, la buena hija está pendiente de lo que allí sucede; pero como ha sido educada en el régimen de la dignidad, no será ella quien ponga

el oído para enterarse de la conversación. Oye solamente las voces, sin distinguir las palabras. Se da cuenta así de que primero hablan ellos, como también de que a todos los escucha con atención su padre, el cual, después de oído el último, les expresa su parecer con una voz reposada y firme.

Luego hablan un poco más y al fin se van los visitantes. San Martín tiene un semblante satisfecho. Y no es para menos. Esos caballeros acaban de brindarle el mayor de los honores. Han venido por él en nombre del pueblo en armas. Necesitados de un jefe y conociendo la genial capacidad militar del vencedor de Maipú, han venido a ofrecerle el mando de las tropas.

Sin duda se trataba de una santa guerra, como lo son todas las que se relacionan con la independencia de los pueblos, y en tal virtud contaba el movimiento armado de los belgas con toda la simpatía del capitán de los Andes. Pero no podía aceptar la misión de comandar esas fuerzas. El era extranjero y no se reconocía ningún derecho para intervenir en esa guerra. Renunciaba, pues, a dirigir sus operaciones, aunque iba a laureles seguros.

—¡Ay! ¡Qué lástima! — debió pensar Merceditas. — ¡Hubiera sido tan hermoso verlo de general de los belgas, conquistándoles la libertad que desean!

—Yo soy extranjero, niña — le explicó también a ella San Martín. — Y como extranjero no tengo derecho a mezclarme en los asuntos nacionales del país.

—¿Y si otra nación los atacase?

Entonces sí desenvainaría su sable el general San Martín, en defensa de este pueblo nobilísimo. ¡Entonces, sí!

CAPITULO XIX

A PARIS

San Martín, su niña, don Justo y Eusebio Soto con ellos: todos debieron dejar a Bruselas. La revolución les obligaba a ausentarse de una ciudad donde años tan felices habían pasado. Pero de todo hubo — incendios, saqueos, matanzas — y como la intranquilidad continuaba, con amago de guerra tal vez larga, no era prudente permanecer allí.

El adiós a Bruselas fué triste. Allí Merceditas estudió, allí formó amistades, allí recibió las primeras impresiones artísticas en los notables salones de pintura de la hermosa y hasta ayer pacífica ciudad. Allí — repitámoslo — el general San Martín, que llegaba cargado de fatigas y desconsuelos, pudo disfrutar de una vida simple y sencilla en la muy grata compañía de un hermano querido. Era como para decir al marcharse:

—¡Adiós, Bruselas, y que Dios te bendiga, capital hermosa de un noble país, poblado de una gente honrada, trabajadora y buena! ¡Dios te bendiga, Bruselas!

Y salieron. ¿A dónde ir? El lugar elegido por San Martín fué París; el escogido por don Justo, Madrid. Debieron, pues, separarse. Y sería para siempre.

París, entretanto, era el mayor foco de cultura del mundo; verdaderamente la Ciudad-Luz de Europa y la más atrayente de todas por sus encantos y progreso, por sus magníficos monumentos, por sus bellezas arquitectónicas, por sus regias calles centrales, por sus grandes bulevares, por sus admirables arcos de triunfo, por sus maravillosos jardines y parques.

Bibliotecas, museos, templos, teatros: todo ofrecía el mayor interés al viajero. Y nada se diga del Jardín Botánico y de ese otro de Luxemburgo, deliciosos rincones de florido verdor.

¡Y qué palacios y edificios públicos los de París! ¡Y qué movimiento y alegre bullicio en sus calles! ¡Qué ir y venir de carruajes, de ómnibus, de vehículos de toda clase por sus dichas tumultuosas calles, y cuántos barcos y barquichuelos, trayendo y llevando cargas y pasajeros por las aguas del Sena; apacible río de sereno curso, de trecho en trecho cruzado por bellos y graciosos puentes!

¡Y qué plazas! ¡Y cuántos recuerdos históricos en las mismas, algunos terribles, como los de las célebres ejecuciones del Rey y de la Reina cuando la formidable Revolución Francesa! ¡Y qué alrededores tan gratos para salir a pasear los domingos!

Lástima, solamente, que tan luego a tiempo de instalarse en París no fuesen nada satisfactorias las condiciones económicas en que San Martín se encontraba...

Tarde o nunca le llegaban sus sueldos militares del Perú, y en cuanto a los alquileres de la casa que en Buenos Aires tenía, el encargado de cobrarlos se había quedado con el dinero...

Realmente era muy triste vivir en esa constante incertidumbre del mañana. Pero la Providencia velaba. Y un día el encuentro de un viejo amigo, español, compañero suyo de regimiento, años atrás, en España, se presentó en su camino: era don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas del Guadalquivir. Se presentaba en su vida como un enviado de la madre patria. Gracias a este enviado providencial podría en adelante el general San Martín vivir con la merecida holgura.

Como don Alejandro Aguado y Ramírez fué un excepcional amigo del héroe americano, tendrá capítulo aparte en este libro. Y como urge hablar de tan noble varón, será el siguiente.

CAPITULO XX

EL MARQUES DE LAS MARISMAS

Era rico, muy rico, y hombre de cuidada elegancia, don Alejandro Aguado, a quien siempre se ha de llamar el mejor amigo de San Martín en el destierro. Vivía en Francia don Alejandro desde hacía años. Su actuación

era la de un ilustre caballero al par que la de un hombre de negocios que había llegado a formar inmensa fortuna; más no para ser uno de esos ricachos que se pasan la mezquina vida contando el dinero acumulado, sino, al contrario, uno de esos hombres generosos que gustan de ayudar a los artistas y a los sabios y no cesan de promover obras útiles.

Vivía don Alejandro Aguado en suntuoso palacio, en el propio centro de París, rodeado de cuadros espléndidos y notables esculturas, y poseía, además, cerca de la capital francesa, en Grand-Bourg, un hermoso castillo.

—¿Sabes a quién he encontrado hoy, Merceditas? A un viejo amigo y compañero del regimiento de Campo Mayor, camarada de armas de los tiempos de mis servicios a España. ¡Nos hemos dado un buen abrazo!

—Y él... ¿es español?

—Sí. Español.

—Y... ¿no está resentido con usted por la guerra de la independencia?

—Claro que no, hija mía. Hechos como ese de la independencia americana... los dispone Dios. Los realizan los hombres, sin duda, siguiendo las más puras inspiraciones (que es un modo de estar en comunicación con el Cielo); pero son hechos tan grandes que nunca se podrían llevar a término sin la directa protección del Señor.

—Sin embargo, tatita, he conocido españoles que todavía ahora se duelen... y que no han de quererlo mucho a usted.

—Será porque no comprenden las cosas o porque no las quieren comprender. Yo, como americano, me debía a América, que había llegado a la edad de ser libre. Todo hombre honrado lo entiende muy bien. Y el marqués de las Marismas es un hombre honrado... Lejos de alentar ese resentimiento que temes, abriga patriótica gratitud por mis servicios a España. No olvides que yo soy de los de Bailén...

Era sevillano Aguado y de noble cuna: hijo del conde de Montelirios. Se le sabía hombre valiente y sereno, de los que se ganan los grados militares en el peligro. Después, retirado del ejército, demostró una habilidad extrema para los negocios. Así fué como se hizo rico, mejor dicho, riquísimo. Y tanto se fué vinculando a Francia, que tomó la ciudadanía francesa. Como ciudadano francés, llegó a desempeñar cargos honrosos, como cuando le tocó ser intendente de Evry. No hubo entonces obra de progreso que no hallase su apoyo. En los límites de Evry, precisamente, se levantaba su fastuosa residencia denominada castillo de Grand-Bourg, en cuya vecindad había de adquirir el general San Martín una finca que fué para él tan agradable refugio, como lo fuera, en los alrededores de Bruselas, aquella quinta en que, capítulos atrás, le encontramos.

Pues bien. No había de suceder que Aguado, tan señor en todas sus cosas, viese a San Martín pasar necesidades y no le tendiese la mano. Cómo y en qué precisa forma lo hizo, se ignora. Se sabe, en cambio, que San Martín le llamó siempre *su mejor amigo* y que en carta

dirigida a un personaje chileno se refirió puntualmente a "los infinitos títulos de reconocimiento" que lo unían a don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas del Guadalquivir.

Sea eterno también el reconocimiento de todo corazón argentino.

CAPITULO XXI

SAN MARTIN VISTO DE CERCA

Aunque nunca ignoró la grandeza de su padre – ni de pequeñita, – ahora que es niña formal. Merceditas admira con mayor razón a ese hombre tan metódico, tan sencillo, en quien no se descubre nunca un signo de vanidad o de soberbia.

¡Pensar que tantos que no han hecho nada en la vida andan que parecen unos emperadores por la importancia que se dan, mientras todo un libertador de pueblos a nadie hacía notar su valer!

–Tatita, el rey de Francia, según he oído, ha manifestado deseos de conocer a usted. Y usted irá, seguramente. ¿Por qué no me lleva?

–El rey de Francia, en efecto, ha manifestado deseos de conocerme. Pero yo no iré, salvo que me mande a lla-

mar expresamente. ¡Para qué pisar alfombras de palacios reales!

Y ella se quedaba mirándolo, maravillada.

Cierto. No parecía sino un hombre de tantos, un buen señor como hay a montones. No muy alto, más bien delgado, de un aspecto bondadoso, aunque de un aire reservado, inspiraba respeto, un respeto cariñoso que nacía del fondo del alma. Nunca llevaba uniforme de militar, como que estaba en el extranjero; mas apenas se le oía hablar, con aquella su voz gruesa y tan varonil, cualquiera adivinaba al soldado, pues algo había siempre en su acento de aquella firmeza de la voz de mando.

Llena de una estremecida ternura llegaba por las mañanas la buena hija a saludar a su padre, a quien hallaba leyendo o hamacándose en su mecedora. Entonces le enlazaba un brazo al cuello o le acariciaba la cabeza jugando con sus cabellos que no cesaban de encanecer, como cuando nieva más y más en un monte.

—Encanecen mis cabellos — reconocía él, — pero los conservo a todos. Tu padre, niña, no va a ser nunca un viejo calvo.

Y la miraba de frente, que era su modo de mirar, franca y dulce a la vez la expresión de sus ojos, vivaces bajo las negras cejas.

—¿Quiere que salgamos de paseo, tatita?

—Bueno, niña.

Y se encargaba ella misma de traerle las prendas de salir.

—Tatita, su chaleco de seda.

—Bien, niña.

—Su corbata.

—Perfectamente.

—Ahora, su levita. Y listos.

—Andando.

Y se iban por esas calles de París, ella orgullosa de él y él orgulloso de ella.

Era tan personal en sus cosas el Libertador, que él mismo se cuidaba la ropa, cosiéndose lo descosido o pegando el botón que se aflojaba o caía, para todo lo cual servíase de un costurero muy bien provisto de hilo blanco y negro, agujas, dedal, hormillas y botones; cuidado personal aprendido en las filas del ejército desde los años de cadete y que sólo abandonó cuando ya muy anciano las cataratas lo dejaron punto menos que ciego.

Merceditas no sacaba nada con protestar y ofrecerse. El General la rechazaba siempre.

—¡Quita allá, niña! ¿Por qué pretendes, vamos a ver, que yo suprima mis buenos hábitos?

Y entre sus buenos hábitos — ha llegado el momento de decirlo — figuraba el de no malgastar el dinero (aunque era generoso para lo que uno debe serlo) ni desperdiciar cosa alguna. Virtud de aprovechar bien las cosas que desde temprano inculcó a su hija, recordándole a este fin el cuento de la monja.

—Nunca se te olvide — le decía — lo que se cuenta de cierta monja que estuvo no sé cuántos años en el Purgatorio por quince lentejas que desperdició al tiempo de

limpiarlas. No, no te rías, que desperdiciar es darle provecho al diablo...

El General no cambiaría en Francia sus costumbres de Bélgica, que no eran sino las de América y de siempre. Se levantaba con el alba, a menudo se hacía por su mano el desayuno y luego se ponía a trabajar en su jardín. Algunos días — también como en Bruselas — quedaban destinados para limpiar sus viejas, sus muy queridas, sus ya históricas armas. Pero el mayor entretenimiento de San Martín (y contaba para esto con una completa caja de colores) era iluminar retratos y paisajes. En estos casos, cerca de él mirando como si entendiese, dejábase estar, muy sentado sobre sus patas traseras, el buen perro *Guayaquil*.

Y esta es la hora de saber que cuando estaba de humor el General, lo hacía alcanzar hasta para jugar con el perro. *Guayaquil* cometía adrede alguna bribonada que lo colocaba fuera de la ley. San Martín entonces ordenaba a Eusebio Soto la prisión del delincuente, diligencia que cumplía sin tardanza el muchacho, tras lo cual *Guayaquil* era objeto de un prolijo sumario que daba por resultado su condena a muerte. Sirviéndose del bastón como de un fusil, San Martín le apuntaba, hacía ¡pum! y *Guayaquil*, como un consumado actor, se dejaba caer sin vida. Después de suficiente rato, resucitaba, y todos contentos.

Salir a caballo por los risueños contornos de la finca de Grand-Bourg era otro placer para el Libertador. Y nada se diga de su amor a los libros, que cultivó en todas

las épocas. Metódico y ordenado como el que más, no le faltó nunca tiempo para leer, ni para atender su correspondencia. O sea que nunca fué de los que se quedan sin contestar las cartas. Y conste que en esas cartas de próceres y para próceres, con frecuencia se hablaba de Merceditas.

He aquí el final de una de San Martín para O'Higgins:

"Un millón de recuerdos..., no haciéndolo de parte "de mi hija, que ya vive en mi compañía, porque me ha "pedido poner a usted un párrafo al pie de ésta".

Y he aquí ahora el párrafo:

"Mi querido señor: Como sé que usted es el mejor "amigo de mi tatita, yo le he suplicado me permita to- "marme la libertad de ponerle estos renglones con el solo "fin de saludarlo, como igualmente a su señora madre "y hermana, a las que deseo vivamente conocer. Se ofre- "ce a su disposición su atenta servidora *Mercedes*".

Llano, sencillo, claro y puro: así era el general San Martín. Y si él era así, ¿cómo no había de ser una perfección Merceditas?

CAPITULO XXII

EL DOLOR POR LA PATRIA

Y su salud, General?
—Muy decaída.

Y era cierto. Parecía que un soplo lo podía vencer de tan débil que se quedaba en algunas temporadas. Era fuerte, sin embargo. En todo caso, a los pocos días de un malestar de esos que tanto lo agobiaban, era de verlo como nuevo; y sano o como sano, dispuesto a trabajar en su escritorio, donde relucía de tan limpio y bruñido su famoso tintero de plata, que trajo de Lima; sano y bueno, sí, y pidiendo tabaco, que él mismo picaba.

Pero al poco o al mucho tiempo, vuelta a hablar de sus enfermedades, y otra vez muy postrado, o con vómitos de sangre, o con reuma.

¿Qué hacer? El médico, que bien estudiado tenía el organismo del ilustre enfermo, terminaba recetando cambio de clima y baños de aguas termales en alguna célebre fuente. Entonces el General emprendía viaje, asistido por Eusebio. Y a no olvidarse del estuche de matear, con yesquera, braserito, mate y bombilla.

¿Cómo se explicaba tan mala salud en tan fuerte naturaleza? Merceditas, de observación en observación, había llegado a comprender mejor que los médicos el origen de los quebrantos de salud que a su padre aqueja-

ban. Aquél no era otro que las malas noticias que de la patria y América provenían. En tales ocasiones se apoderaba de él la tristeza, y por esa sombría puerta se le entraban las enfermedades luego.

De todo género eran las lamentables nuevas. Noticias de increíbles ingratitudes que le dolían muchísimo, noticias de que tardarían tanto o cuanto tiempo en liquidarle su pensión del Perú, o bien la de Chile; noticias muy semejantes acerca de los alquileres de su casa y finca argentinas; contratiempos que lo sumían en cavilaciones amargas, pues — conviene repetirlo — lejos estaba San Martín de ser hombre rico, y en verdad no contaba sino con muy pocos e inseguros recursos para vivir con algún decoro, él, que había dado la libertad a medio continente.

No eran, sin embargo, las mezquindades e ingratitudes para con él causa de sus más largas preocupaciones. Sabía olvidar y despreciar esas miserias. Los dolores de la patria anarquizada: eso sí lo entristecía de muerte.

—¿Qué tiene, tatita? — preguntaba ella.

Y él respondía:

—¡Qué quieres que tenga! La patria en eterna guerra civil y anarquía es lo que me hace sufrir. ¡Ay, hija mía! "Cuando uno considera que tanta sangre y sacrificio no han sido empleados sino para perpetuar el desorden... se llena el alma del más cruel desconsuelo". ¿No ves ahora mismo lo que sucede con nuestro pobre pueblo? Las referencias que me llegan de Buenos Aires "no dejan la menor esperanza de arreglo entre federales y unitarios y la cuestión debe decidirse con ríos de sangre..." Así

nunca podré volver a la patria. Porque jamás iré para comprometerme en esas malditas guerras entre hermanos.

Bien lo comprendía Merceditas, mejor que los médicos. Las dolencias de San Martín no tenían otro origen que sus aflicciones por la patria.

CAPITULO XXIII

COLERA MORBUS

¡Cólera *en Londres!... ¡Cólera en Londres!... ¡Cólera en Londres!...*

Esto era, tan luego esto, lo que, de un día para otro, comenzaron a consignar los periódicos parisienses, dando cuenta de los estragos de esa peste en aquella corte.

—¿Cólera en Londres? Pues no tardaremos en tenerla aquí — opinó inmediatamente el General, — porque no hay cordón sanitario capaz de impedir su invasión. Estamos tan cerca de Inglaterra y son tantas las comunicaciones con sus puertos, que el contagio se propagará inevitablemente.

El cólera, el cólera morbo, nada menos, que dejaba miles y miles de muertos en cada aparición epidémica, era el espectro que se presentaba a Francia, y por consiguiente a nuestros amigos, en la primavera de 1832.

Por ese tiempo se cambiaron cartas San Martín y

O'Higgins, con su habitual afecto de hermanos de armas. "Sobre todas las calamidades que me dice usted "trabajan a ese viejo continente — escribía el héroe chi- "leno al prócer argentino, — lo del cólera morbus es "lo que agita más mis cuidados y mi sensibilidad. Mis "cuidados se aumentan por la suerte de usted y la de su "tierna hija. Recuerdo la epidemia de Cádiz..."

Como lo temió San Martín, el cólera saltó el Canal de la Mancha y se instaló en Francia. Asimismo, se corrió por Irlanda, Holanda y Bélgica.

Y empezaron en suelo francés los estragos de esa enfermedad espantosa, verdadera maldición del Asia.

¿Entraría también la peste en la casa del General? Casa donde el mal entraba, ya podía considerarse de duelo. Días más, días menos, el carro fúnebre municipal se paraba a su puerta. Como para que nadie se forjase ninguna vana esperanza, desde un principio se habló de centenares de víctimas, sin distinción de edades ni de clases sociales. La infección estaba en el agua, en el aire, en los alimentos; la traían y difundían las moscas, los animales domésticos y las personas mismas. El mal estaba en todas partes y prácticamente no había defensa. De seguro que el cólera morbo penetraría, como en tantos otros hogares, en el hogar campestre del general San Martín...

Como en los cincuenta años andaba el Libertador; en los dieciséis, Merceditas. ¿Caerían enfermos también? Eusebio Soto no estaba con ellos. Tampoco don Justo Rufino. No tenían para su atención más que una criada. Si

uno de los dos caía enfermo, lo cuidaría el otro. Pero... ¿si caían los dos?... ¿Se daría abasto una sola pobre mujer, que estaba lejos de ser una enfermera? Si caían los dos, sería seguramente para morir alguno. ¿Y qué haría entonces San Martín, perdiendo a su hija que era todo su amor? ¿Y qué ella, en medio de la terrible peste, sin su padre?

Por desgracia enfermaron los dos: la niña primero, el General poco más tarde. Se lo cuenta a don Bernardo O'Higgins. Enterémonos: "El cólera nos invadió en fi-"nes de marzo, y mi hija fué atacada del modo más te-"rrible; yo caí enfermo de la misma epidemia tres días "después. Figúrese cuál sería nuestra situación, no te-"niendo por toda compañía más que una criada..."

Desde los primeros instantes del mal, comprendió San Martín que era el cólera lo que postraba a su hija, acaso para dar con ella en la sepultura. Tampoco la niña se engañó; y ciertamente la idea de morir le resultaba horrorosa, mucho más que por sus propias ilusiones de jovencita, ante el solo pensamiento de la soledad tristísima en que su padre quedaría.

Entretanto veía que también el General daba signos de ir a enfermar. Esa pesadez de cabeza que ya se manifestaba en él, como días atrás en ella, y ese cansancio tan grande, eran los anuncios del daño.

Al tercer día no pudo más consigo: también el cólera había hecho presa de él.

Pero volvamos a la carta para O'Higgins: "Figúrese "cuál sería nuestra situación, no teniendo por toda com-

"pañía más que una criada. Afortunadamente, el día an-
"tes de la enfermedad de Mercedes, el hijo mayor de
"nuestro amigo el difunto general Balcarce había llega-
"do de Londres... y paraba en nuestra casa de campo
"en que estábamos a dos leguas y media de la capital...
"Este fué nuestro redentor..."

Por dicha, Mariano venía de Londres, aleccionado por la experiencia. Pero ¡qué lucha! Merceditas estuvo gravísima desde el comienzo del ataque. Tenía la voz tan lejana y débil que parecía hablar de ultratumba. El rostro se le ponía cadavérico, la respiración, fatigada. Su inapetencia era total. Su sed, insaciable. Pero con el último sorbo de agua, ¡qué sequedad en la lengua! El rostro, dijimos, se le ponía cadavérico, mientras se le hundían los ojos. Nunca se le había visto tan demacrada, ni cuando la escarlatina. Y de pronto ¡qué atroces calambres en las piernas, en una o en otra pantorrilla!

Vino después el período que se llama álgido, o sea del enfriamiento. La temperatura bajó, bajó... Descendió tanto, que la niña llegó a tener la frialdad de las estatuas. Y yacía como sin pulso, de tan torpemente que circulaba en sus arterias la sangre. Menos mal que no se le había endurecido la mirada y que movía las pupilas. El médico expresó que ése era anuncio de que viviría la enferma.

Sigamos ahora con la carta de San Martín:

"Sin los esmeros de Mariano, ambos hubiéramos su-
"cumbido. Mercedes se repuso al mes; pero yo, atacado
"al principio de la convalecencia de una enfermedad gás-

"trica..., he sufrido inexplicables padecimientos por el "espacio de siete meses".

Quedaron más de cien mil muertos de la epidemia en Francia. Entre estas cien mil víctimas, gracias a Mariano Balcarce, no se contaron ni Merceditas ni San Martín.

CAPITULO XXIV

LOS NOVIOS

Ya sabemos que el joven Balcarce, agregado a nuestra legación en Londres, joven cuya edad frisaba en los 24 años, amaba a Merceditas y era correspondido por ella: esto con vivo agrado del General, que cinco años atrás, como adivinando esa futura simpatía, formó el proyecto de unirlos en matrimonio.

En la misma carta de que entresacamos los párrafos que sobre el cólera transcribimos en el capítulo anterior, encontramos el retrato moral del novio. Y a fe que el General se muestra muy satisfecho por las prendas de carácter del que va a ser su yerno. Allá leemos: "Su juiciosidad no guarda proporción con su edad de 24 años; amable, instruído y aplicado, ha sabido hacerse amar y respetar de cuantos lo han tratado". ¿Y no lo habían visto ellos, durante la peste, lleno de abnegación y espíritu de sacrificio, convertido en un verdadero ángel custodio?

Veamos ahora: ¿era rico Balcarce? No. Ni falta que hacía. No estimaba los bienes materiales San Martín sino en la justa medida de la legítima necesidad de cada uno. "No posee más bienes de fortuna — continúa la "carta — que una honradez a toda prueba". O sea, la mayor riqueza del mundo. "He aquí todo lo que he deseado "para hacer la felicidad de Mercedes", terminaba el padre feliz.

Pero hay otra carta que también debemos conocer: aquélla, preciosa, que el día del compromiso *de los chicos* le escribe el General a la señora madre de Mariano, doña Dominga Buchardo de Balcarce.

"Antes del nacimiento de mi hija Mercedes — escribe "el General — mis votos eran por que fuese un varón. "Contrariado en mis deseos, mis esperanzas se dirigieron a "que algún día se uniese a un americano, hombre de bien, "y si era posible, hijo de un militar que hubiese presta- "do servicios a la independencia de nuestra patria".

"Dios ha escuchado mis votos..."

No sólo encontraba reunidas aquellas condiciones en el virtuoso joven don Mariano, sino que las superaba al ser hijo de un amigo y compañero de armas.

"Si como espero — prosigue — este enlace es de la "aprobación de usted, será para mí la más completa sa- "tisfacción."

Faltaba decir algo respecto de la novia. Estas son las palabras del General:

"La educación que Mercedes ha recibido bajo mi vis- "ta no ha tenido por objeto formar de ella lo que se lla-

"ma una dama de gran tono, sino el de hacer una tier-
"na madre y buena esposa... Podemos prometernos que
"estos jóvenes sean felices".

Bajo estos augurios se casaron Mariano Balcarce y Merceditas de San Martín y Escalada, el 13 de diciembre de 1832, en una linda iglesia de París.

CAPITULO XXV

LA BENDICION DE SAN MARTIN

Y en aquella linda iglesia de París, mientras el sacerdote unía en nombre de Dios a Mariano y Merceditas delante de los padrinos y de la corta concurrencia de amigos y compatriotas invitados, don José de San Martín, generalísimo de la República del Perú y fundador de su libertad, capitán general de la de Chile y brigadier general de la Confederación Argentina, tenía húmedos los ojos de las lágrimas que le querían brotar con la emoción del acto, y mirando a los novios a través de ese velo de lágrimas, los bendecía con el pensamiento. Después, en la casa, cuando, pasados los brindis por la felicidad de la pareja, los recién casados se dispusieron a partir, San Martín, como antes en la iglesia, los miraba y los bendecía desde lo profundo del corazón. Mas, en la segunda vez, vino a ser como si el novio y la novia

no fuesen ya para él solamente su yerno y su hija, sino algo así como la imagen de todo argentino y de toda argentina.

Y bien creemos que su bendición fué ésta — una bendición llena de encargos, — que pudiera valer para todos los tiempos:

—Muchacho: lo primero, que en ti pueda alabarse siempre el buen juicio y que tu honradez acrisolada sea lo mejor de tu fortuna, honradez que aun siendo pobre te hará rico. Que descendiente de un soldado de la independencia (o como si lo fueses, cuando no lo seas, pues has de serlo por el espíritu ya que no por la sangre), no eches nunca en olvido las viejas y sagradas glorias de la patria, y la razón de ser y el porqué de la misma patria, es decir, los motivos que le dieron vida; o sea que la hicimos independiente para que en ella gozasen de libertad los hombres. Sí, para eso. Y así nunca reniegues del principio de libertad, pues sería tanto como renegar de la propia razón de ser de la patria. Yo te lo digo, porque lo sé desde las primeras mañanas de la nacionalidad. No nos separamos de España por falta de amor (que la seguimos llamando la madre patria), sino porque la casta que la gobernaba dió tristemente en odiar a la libertad, sin la cual entendimos y entenderemos siempre que no puede cumplir el hombre su destino. Muchacho: que seas trabajador, emprendedor, progresista. Pero cuidado con lo que derribes y mucha atención con lo que en su sitio levantes. Hay monumentos de la antigüedad que dan y darán por los siglos su bienhechora

sombra a la humanidad. Otra cosa, muchacho. Amigo como el que más de la libertad y enemigo jurado del espíritu de tiranía, no por eso te cuentes entre los agentes del desorden. Hay un buen orden que todos debemos amar. De este nombre de Buen Orden suele llamarse alguna calle de las ciudades nuestras. Y no está mal. Pero ¿qué proclamaremos como *buen orden*? ¿Cualquier orden? No, argentino. Solamente el que reposa sobre la justicia, no jamás el que se funda en la violencia. Algo más todavía, muchacho. Me gusta que corras mundo y propongas, de vuelta a la patria, lo mejor que hayas visto. Mas no caigas de rodillas ante lo extranjero tan sólo porque lo sea, ni vivas creyendo que todo lo tuyo es malo. Ello es tan pernicioso como vivir creyendo, a la inversa, que todo lo propio es bueno.

Fijando luego los ojos en Merceditas — imagen para él, en ese momento, de toda niña argentina — dijo:

—Niña: tu bendición es la dulzura. Que seas dulce esposa, y mañana tierna madre como fuiste hija excelente: he ahí el grande honor de tu vida, mayor que cualesquiera otros honores que alcanzares. Que todo en torno tuyo sea dulzura. Para con los criados. Para con los pobres. Para con los viejos. Dulzura también para con aquellos que no piensen como tú en cualquier materia que sea. Otra cosa te diré: que vivas en el amor a la verdad, y en el odio a la mentira. En el odio a toda mentira y a toda falsa apariencia, como, por ejemplo, el lujo. Por esos caminos te honrarás y honrarás a la patria; y como ciertas mendocinas que yo sé, tú serás, cuan-

do llegue el día de la prueba, de las que donan sus joyas para la patria en armas y le bordan su bandera de combate.

Después dijo mirando a los dos, el prócer:

—Sed felices, y dadle hijos a la patria, muchos hijos, tantos como quiera Dios. Por mi gusto, yo hubiera presidido una mesa larga en un gran comedor: que si todo argentino tiene el deber de dar soldados a la patria, mayormente lo tiene el que lleva espada al cinto. Que cuando ordene ¡a la carga! frente al enemigo no lo haga solamente con los hijos de los otros... Sed felices, os decía; y viviendo con modestia, será como si fueseis ricos. Por mi parte, gobernándome así, nunca debí nada a nadie. Sed felices en el bien, y en torno a esa repetida dicha será dichosa la patria.

Así bendijo para todos los tiempos San Martín, a todo argentino y a toda argentina.

Vivamos de modo que se cumpla siempre su bendición.

EPILOGO

Los novios emprendieron viaje a la patria, y en Buenos Aires, donde permanecieron una buena temporada, nació la primera nieta de San Martín, bautizada con el nombre de María Mercedes. Fué la madrina doña Tomasa de la Quintana de Escalada, la excelente aunque demasiado tolerante abuela de Merceditas, y padrino lo fué el teniente coronel don Mariano Moreno, hijo único del secretario de la Primera Junta.

Poco tiempo después, Merceditas volvía a Europa con su marido y su niña para ya nunca más separarse de su padre. La casa de Grand-Bourg, finca próxima a París donde San Martín residía, pronto se convirtió en una especie de santuario que todos los argentinos de paso por Francia visitaban. Allí los recibía el Héroe con sencillez ejemplar, ayudado por Merceditas, que cumplía los deberes de la hospitalidad como una gran señora.

Años más tarde San Martín se trasladó con los suyos a Boulogne-sur-Mer, que en castellano se dice Bolonia del Mar. En esa época se vió amenazado de perder la vista por el progreso de las cataratas que en ambos

ojos le habían aparecido. Pero se sentía feliz en medio de estos males. Merceditas seguía siendo su ángel guardián. *Ella ha hecho mi vejez dichosa,* repetía siempre el General, y hasta lo dejó estampado en su testamento. En cuanto a sus nietas, que eran dos — María Mercedes y Josefa Balcarce, — alegraban también su ancianidad. A ninguna parte iba sin ellas. Puede decirse que por los ojos de las nietas miraba el ilustre abuelo.

Concluyamos. Merceditas de San Martín y Escalada, *la infanta mendocina,* fué siempre una hija modelo. Bendiciéndola murió el héroe de los Andes, aquel 17 de agosto de 1850, en que Dios le llamó a su seno.

Ayer la bendecía su padre; hoy la bendice la historia.

INDICE

PÁG.

Noticia previa 7

PRIMERA PARTE

I. Un día de agosto de 1816 11
II. La ciudad de Merceditas 14
III. Padre feliz 16
IV. La separación 18
V. Después que salió el ejército 21
VI. La llegada de la nieta 23
VII. Los triunfos del padre 24
VIII. ¡A Mendoza, mendocina! 28
IX. Cantos y guitarras 31
X. Nuevamente en Buenos Aires 33
XI. Otras noticias 37
XII. Año trágico 39
XIII. Madre enferma 42
XIV. En una quinta del Sur 44
XV. ¿Qué nos darás cuando seas princesa? 46
XVI. La enferma se agrava 50
XVII. Madre muerta 52
XVIII. ¿Qué será de Merceditas? 56
XIX. Y... ¿cómo es Tatita? 59
XX. El General ha llegado 61
XXI. Cómo es y de qué modo vive el General 65
XXII. Tal vez a Francia... quizás a Bélgica... acaso a Inglaterra 69
XXIII. Días después 73
XXIV. ¡A navegar! 75
XXV. En Montevideo 78
XXVI. Días malos 80
XXVII. Esclavitud 83
XXVIII. Río de Janeiro 86
XXIX. Paseos por la ciudad 89
XXX. Los últimos paseos 91

PÁG.

XXXI. ¡A Europa! 94
XXXII. Cuénteme, tatita... 96
XXXIII. La familia paterna 99
XXXIV. ¿Son españoles sus hermanos, tatita? 101
XXXV. Merceditas oye una extraña historia 103
XXXVI. Llegando 105
XXXVII. En El Havre 108

SEGUNDA PARTE

I. En un colegio de Bruselas 113
II. Nostalgia 116
III. Soñando con Buenos Aires 118
IV. Por las calles de Bruselas 120
V. Otros paseos 121
VI. Una leyenda de los Andes 124
VII. Hablando de España 127
VIII. De la danza al combate 129
IX. Al borde del sepulcro 131
X. La loca de la Guardia 133
XI. Aquellas vacaciones 137
XII. ¿Y cuándo volveremos a la patria? 139
XIII. Malas noticias 141
XIV. Las máximas para la hija 144
XV. Las recomendaciones del Héroe 146
XVI. El viaje 149
XVII. ¿Te acuerdas, niña, de Mariano Balcarce? 151
XVIII. Revolución en Bruselas 154
XIX. A París 157
XX. El marqués de las Marismas 159
XXI. San Martín visto de cerca 162
XXII. El dolor por la patria 167
XXIII. Cólera morbus 169
XXIV. Los novios 173
XXV. La bendición de San Martín 175
Epílogo 179

BIOGRAFIAS

(Publicadas en la Biblioteca Billiken)

GRANDES MUSICOS	A. Larrán de Vere
GRANDES PINTORES	Celso Cruz
GRANDES INVENTORES	Celso Cruz
GRANDES POETAS	A. Serrano Plaja
INFANCIA DE GRANDES HOMBRES	E. Carrió
LEONARDO DE VINCI	L. Alvarez de Toledo
SANTA TERESA	Lauro Palma
SAN FRANCISCO DE ASIS	A. Larrán de Vere
SAN IGNACIO DE LOYOLA	José Barbanza
GRANDES FIGURAS DE GRECIA	A. Serrano Plaja
GRANDES FIGURAS DE ROMA	A. Serrano Plaja
VIAJES DE MARCO POLO	Juan Caramiñas
CRISTOBAL COLON	Lauro Palma
CABEZA DE VACA	Clemente Cimorra
HERNAN CORTES	Carmen Pomés
MAGALLANES	Lauro Palma
LIVINGSTONE	Lauro Palma
SANTA JUANA DE ARCO	José Barbanza
MARIA CURIE	Jaime Espinar
PASTEUR	Celso Cruz
CARLOS V	Edmundo Bianchi
NAPOLEON	Pablo Miranda
CROMWELL	Mariano Perla
LINCOLN	Lauro Palma
SAN MARTIN	A. Larrán de Vere
SIMON BOLIVAR	Lauro Palma
JUAREZ	Alfredo Monte
BUCHARDO	E. Nicola Siri
LINIERS	A. Larrán de Vere
FRANKLIN	A. Larrán de Vere
MIRANDA	Lauro Palma
BELGRANO	A. Larrán de Vere
SARMIENTO	A. Larrán de Vere

OBRAS DE VIGIL PARA LOS NIÑOS

MARTA Y JORGE. — 18ª edición con 150 preciosas ilustraciones en colores de Federico Ribas: $ 2.

VIDA ESPIRITUAL. — Forman la obra cinco artísticos tomitos, independientes entre sí, con preciosas láminas a seis colores y oro. Precio de cada librito: $ 1.80.

CARTAS A GENTE MENUDA. — 2ª edición en gran formato, con tapa de cartón: $ 2.

LA ESCUELA DE LA SEÑORITA SUSANA. — Con sus artísticos dibujos, es un libro ideal cuyo desarrollo y lenguaje se adaptan admirablemente a los lectorcitos más pequeños. 8ª edición en colores: $ 2.

MANGOCHO. — A través de estos recuerdos de infancia los niños verán en el autor un camarada más. 7ª edición ilustrada por Federico Ribas, con grabados en colores: $ 2.

¡UPA! — Libro con método original del autor para aprender a leer. Edición en colores: $ 2.

COMPAÑERO. — Lecturas para niños de 8 a 10 años. 7ª edición en colores: $ 2.

ALMA NUEVA. — Muy adecuadas lecturas para la niñez y la juventud. 6ª edición en colores: $ 2.

CUENTOS. — Todos los cuentos de Constancio C. Vigil, tan ávidamente leídos por los niños de América Española, están editados en 24 volúmenes que forman la Biblioteca Infantil Atlántida. Precio de cada volumen: $ 2.